

LOS GRANDES AUTORES CONTEMPORANEOS

---

EL  
SILENCIO

NOVELA

POR

EDUARDO ROD

Con un estudio acerca del autor y sus obras

POR

E. PARDO BAZÁN

---

Precio: TRES PESETAS

---

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta de Santo Domingo: 16

Ayuntamiento de Madrid





**C**  
30988



# EL SILENCIO







C  
30988

LOS GRANDES AUTORES CONTEMPORANEOS

---

EL  
SILENCIO

NOVELA

POR

EDUARDO ROD

CON UN ESTUDIO ACERCA DEL AUTOR

POR

E. PARDO BAZÁN

---

MADRID  
LA ESPAÑA MODERNA  
Cuesta de Santo Domingo, 16

Ayuntamiento de Madrid



R/18721

ES PROPIEDAD



---

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE IDAMOR MORENO,  
*Calle Blasco de Garay, 9.*

Ayuntamiento de Madrid



# EL SILENCIO

---

## I

### Una conversación.

Érase la sobremesa de uno de esos almuerzos donde periódicamente se reúnen hombres de profesiones diversas, antiguos condiscípulos separados por la vida, entre los cuales persiste, no obstante, el vínculo de los recuerdos de la juventud, y que vuelven á verse con gusto. Tomaban el café, fumando. Después de tocar varios asuntos, la conversación habíase detenido por un instante en una noticia harto curiosa: un hombre de buena sociedad, llamado, según creo, M. de Préfontaine, había hecho que una noche le llevasen á su casa con una cuchillada en el vientre; después de tres días de agonía, expiró sin haber dicho ni una sola palabra, aunque estaba con cabal conocimiento y un hábil juez de instrucción se esforzó en vano para hacerle hablar. Al principio, cada cual juzgó según su temperamento una obstinación tan enérgica. Algunos la admiraban, otros la tenían por demasiado heroica.

—Yo, en su lugar—exclamó un novelista célebre—lo hubiera dicho todo.

—¿Para qué?—preguntó alguien.—El hablar no le hubiese salvado.



—¡Pero le habría aliviado!—concluyó el novelista, exagerando su acento meridional.

Tras de esto, aventuráronse conjeturas acerca del secreto guardado por ese trágico silencio. Luego, conformes en que se trataba de una venganza conyugal, llegamos á discutir el derecho á la venganza. Este vulgar tema nos aburrió muy pronto. Entonces afinóse la conversación, confiscada por los más sutiles de entre nosotros; quienes se pusieron á discutir, si así puede decirse, respecto á la esencia de las relaciones amorosas irregulares.

Un primer punto quedó asentado, sin promover formales disentimientos: que el matrimonio es una institución defectuosa, insuficiente por completo para encauzar las relaciones sexuales. Se propuso suprimirlo; pero buscando el medio de realizar esta reforma, vióse que siendo el matrimonio la clave de bóveda del edificio social, no podía destruirse sin arruinar toda la organización del mundo, familia, propiedad, etc.; y los más atrevidos convinieron en que tal revolución presentaba dificultades prácticas capaces de contener por muchísimo tiempo la buena voluntad de los poderes legislativos. La conversación estuvo á punto de acabarse con este descubrimiento, que por un instante nos convenció de la inutilidad de nuestros propósitos. Sin embargo, volvió á animarse cual suele acontecer á veces entre personas que, sin tener nada que decirse, tienen absoluto empeño en charlar. Y uno de nosotros soltó la siguiente paradoja:

—Sólo pueden aceptar y respetar el matrimonio los corazones secos, los indiferentes, los tibios, que viven sin necesidad de amor y por ende ignoran el desprendimiento, el olvido de sí mismo, la exaltación; en una palabra, todos los sentimientos extremados con que puede ennoblecerse el alma. Sólo es un estado normal para los egoístas y aficionados al puchero; ellos son quienes, por constituir la mayoría numérica, han concluído por imponer su mate concepto de la vida y su fría canalización del amor aun á los demás, á los mejores, los cua-



les han tenido la debilidad de conformarse. De suerte que hoy se cree cumplir con sus deberes renunciando al amor, que es lo ideal, en favor del matrimonio, que es su negación.

Estas afirmaciones, recalcadas con un tono semiburlesco, fueron algún tanto bien acogidas. Pero una voz grave respondió:

—No, los más nobles no son aquellos que se eximen de este yugo legal del matrimonio para dar campo libre á sus instintos, sino los que, habiendo reconocido su insuficiencia, lo aceptan, sin embargo, no por debilidad ni aridez de alma, sino por espíritu de justicia y de sacrificio. ¡Hablábais de desasimiento de sí mismo! ¿Lo hay más en seguir los impulsos de su corazón, que en resistirse á ellos en provecho de una palabra dada y de un ser con el cual se ha ligado uno? Sin duda, rara vez ignoran los mejores las tentaciones de los deseos ilegítimos, que mil argumentos especiosos excusan siempre ó tratan de excusar; pero las resisten, las dominan, y lejos de perder nada su alma por ello, gana á la vez en fuerza y en ternura. Verdaderamente, si no existiera más que para enseñar el renunciamiento á algunos seres escogidos, el matrimonio tendría su grandeza y su razón de ser.

Esta declaración estoica fué aprobada como la anterior, á la cual contradecía. Porque tales son los hombres inteligentes: á fuerza de comprenderlo todo, ya no distinguen; la indiferencia les hace versátiles, de modo que cambian fácilmente de opinión en cuestiones que sólo inician con su ingenio y sólo se resuelven por el carácter.

Uno de nosotros, adhiriéndose al sentir del preopinante y prosiguiendo su argumentación, añadió:

—En todo caso, hay en las relaciones irregulares una mancha inevitable que las hace particularmente odiosas: están condenadas á la mentira, al disimulo, á la hipocresía. Parece que sólo esto las ha de vedar á los corazones algo delicados, á las almas escogidas.

Alguien hubo de responder con gran viveza:



—¿Eso creéis? Pues ¿no hay casos en que, por las aberraciones de la organización y de los prejuicios sociales, llegan á ser casi virtudes la mentira, el disimulo, la hipocresía? ¿No hay casos en que estas feas cosas son tan duras de practicar que el ponerlas por obra puede ser el más heroico de los sacrificios?...

Interrumpiéronle con protestas, porque las austeras palabras que se acababan de pronunciar nos inclinaban á la virtud. Pero nuestro compañero continuó, animándose (acaso, á mi parecer, porque defendía una causa personal):

—No, no; el disimulo y la mentira no son siempre envilecedores; por el contrario, ocurre que ennoblecen como todo lo que nos obliga á un gran gasto de energía interior. Amar y sufrir en silencio: ¿no comprendéis lo que esto significa algunas veces? Claro que no me refiero aquí á esas relaciones vulgares y sin más objeto que una sensualidad ínfima, como suelen formarse de un modo corriente entre seres insignificantes ó corrompidos. Pero ¡un amor verdadero, que llena todo el ser y le acapara, y le absorbe, y le exalta, y le hace mejor, que ocupa él solo todo el corazón y toda la inteligencia; uno de esos amores infinitamente raros, infinitamente preciosos, que son la flor más bella de la vida, y que nunca, nunca puede confesarse!... ¡Intentad medir la fuerza necesaria para impedirle que á sí propio se traicione con una palabra, un gesto, una mirada!... Calculad el heroísmo que sacrifica su libre y altiva expresión en aras de las leyes, de los convencionalismos, de las costumbres de una sociedad, á la cual es mil veces superior!... ¡Y cuando un amor de esta especie se convierte en dolor!... ¡Cuando pasa por una de esas crisis en que el corazón estalla, en que suben gritos á los labios, en que los sollozos aprietan la garganta, y, sin embargo, es preciso reprimir todo eso!... ¡Reflexionad lo que cuesta en tales horas la máscara de la indiferencia y los tormentos que oculta!... Decidme si entonces la hipocresía del silencio, la mentira de la voz tranquila, el disimulo de llevar la vida que los demás no llevan, no



son también un sacrificio, ¡el más doloroso que pueda exigirse de un hombre, y el más noble por consiguiente!...

Desarrollada con un convencimiento algo febril, esta tesis logró ciertas aquiescencias, y animóse la discusión entre adversarios y partidarios de las instituciones vigentes. Pero dejé de tomar parte en ella y hasta de escuchar. La capciosa afirmación del último interlocutor, discutible ciertamente, paradójica, peligrosa, acababa de despertar en mí un recuerdo casi borrado por el tiempo: el de un secreto sorprendido un día, ó al menos presentido, á través de una serie de detalles tan sutiles, que hasta entonces me había resultado imposible reunirlos y formularlos. Mi manía de literato, excitada por la conversación que acabo de referir, poníase á trabajar dándoles vueltas á esos detalles, cuyo conjunto, casi inaprehensible, se me aparecía de pronto como una especie de ilustración de la teoría discutida en torno mío. Instintivamente trataba yo de precisarlos, de agruparlos, de darles la forma de un relato. Era difícilísimo. En efecto, yo no conocía casi nada de la historia en la cual pensaba. No me era posible admitir que sólo en mi imaginación hubiese existido; pero, en todo caso, no había visto más que algunos momentos de ella, aquellos mismos que por su intensidad habían obligado á los protagonistas de la aventura á poner tensa toda su voluntad para seguir impasibles. Faltábanme por completo las definiciones y las transiciones. ¿Cómo había de arreglármelas, pues, para coger los hechos y exponerlos luego de una manera inteligible?

Meditándolo, pensé que lo más sencillo era presentar las personas y las cosas como las ví, sin proponerme rellenar por medios artificiales las lagunas que deja subsistir la observación directa, é indicando solamente mis hipótesis conforme las circunstancias las provocasen y según fuesen apareciendo en mi mente. Así he escrito las páginas que siguen. Si logro hacer compartir las impresiones y la emoción que los acontecimientos por ellas narradas produjeron en mí á su tiempo, á pesar de su intermitente incertidumbre, de su obscuridad, de



su incoherencia, quizá se me dispense que me haya apartado de los procedimientos habituales del narrador. Aquí no se trata de una narración, sino de algunas notas tomadas del natural, y que sólo una especie de intuición ha podido coordinarlas. Esta intuición ¿ha sido fiel ó falsa en todas sus deducciones? No lo sé; pero, á la distancia á que estoy de los hechos, aún me parecen tan significativos como en los días en que me llamaron la atención.



## II

### Una historia. — Kermoyan.

#### I

Ante todo, necesito evocar dos de las figuras más raras que he podido ver en mi vida.

Uno de los salones que frecuentaba yo cuando empecé á ir de sociedad, fué el de la señora B... Era una tertulia interesantísima, donde, en medio de una elegancia discreta y algo anticuada, se reunían amigos íntimos una noche por semana, formando un grupo compacto, alrededor del cual pasaban, en un número bastante grande, personas de todas clases, generalmente célebres. En la época en que conocí á la señora B..., acercábase á los sesenta años de su edad. Era de las que toman su partido respecto á la vida; había sabido envejecer: su última coquetería era confesar su edad. La llevaba con altivez, como sus cabellos blancos. Tenía los sentimientos propios de sus años: bondad, indulgencia, comprensión delicada. Por eso, los más jóvenes de sus comensales sentían por ella esa afectuosa deferencia que sólo los ancianos distinguidos obtienen de quienes les rodean. La señora B... me tomó cariño, sin duda á causa de mi extrema candidez; y sin apa-



rentarlo, hasta sin que á la sazón sospechara yo los servicios que me prestaba, se esforzó en enseñarme á observar y á dirigir mis simpatías.

Durante algunas semanas, que más tarde llamaba ella sonriéndose mi *aprendizaje*, no me recibió sino por la tarde, á la hora del té; y así pasé muchas horas escuchando la charla de las amables mujeres que iban á verla, para domesticar mis asombros y mis ingenuidades. Cuando supuso que no haría yo un papel ridículo en su salón, me invitó, por fin, á sus saraos de los martes. Esto fué para mí una gran emoción, pues tenía suma timidez, por supuesto justificada. Tal como me lo temía, me encontré muy encogido en aquel pequeño círculo, donde reinaban á la vez el abandono de la intimidad y la distinción en los dichos. Pues bien, el mismo día en que penetré allí por vez primera, la señora B... fué á buscarme al hueco de un balcón, donde me había refugiado, y mostrándome dos personas que conversaban en un ángulo del salón, lejos de los demás grupos, me dijo:

—Son los seres más perfectos que conozco.

Como puede comprenderse, este veredicto admirativo de un juez difícil de contentar picó mi curiosidad hasta el extremo. Al principio miré desde lejos á unas personas cuya superioridad, que al punto acepté como un dogma, me asustaba un poco. Luego, logrando vencer mi timidez, traté de verlas más de cerca y lo conseguí. Pero siempre conservaron á mis ojos la especie de aureola que les habían puesto las palabras de la señora B...; y, sin duda por el hecho de haberlas visto juntas la vez primera, no tardé en unir las más íntimamente en mi pensamiento.

El caballero, Andrés Kermoyan, no está olvidado aunque desapareció hace ya algunos años: aún se leen las novelas de aquel oficial de Marina, que, antes de Loti, puso de moda el exotismo, y sabido es que su hermoso drama apasionado *Lautrec* quedó de repertorio en la Comedia Francesa. Por la época en que la señora B... me llamó la atención hacia él, estaba



en el apogeo de su fama, en plena efflorescencia del buen éxito. Su nombre corría de boca en boca, sus libros estaban en todas las manos; en cuanto á su persona, excitaba un interés tanto más vivo, cuanto que se le veía muy raras veces. Tenía entonces unos treinta y ocho años. Sus cabellos, cortados en forma de cepillo, y su bigote aún ligero, entrecanos antes de tiempo, contrastaban con la persistente juventud de su hermoso rostro blanco, de una blancura casi transparente, de facciones regulares, serenas, de excepcional finura de líneas, iluminadas por unos ojos garzos claros, enérgicos y dulces, cuya mirada daba á su fisonomía una expresión de ternura casi femenil. En sus andares, en sus movimientos, de una gracia un poco lenta, en sus ademanes escasos y armoniosos, en sus dichos mismos y hasta en su voz, baja y un poco velada, era de una contención suma, tan discreta que no hubiera podido decirse si era natural ó estudiada. De una cortesía perfecta, pero sin calor, de una amabilidad en que había mucho de benevolencia calculada, no se espontaneaba nunca. Podían tratarse con él los asuntos más diversos: después de larguísimas conversaciones, á las cuales se prestaba con la mejor voluntad del mundo, dejábasele sin haber dado un paso en su intimidad. La simpatía que inspiraba casi siempre á primera vista iba hacia él para volver enseguida, no destruída, sino rechazada. Sentíase uno mantenido á distancia, á pesar de su excelente acogida, por no sé que obstáculo invisible que separaba de él.

Fuí presentado á Kermoyan. Me examinó un instante con sus claros ojos, habló conmigo y me escuchó; hasta pareció interesarse por mis ensayos, tanto como podía interesarse por alguna cosa. Cuando notó que le buscaba mucho, me invitó á ir á verle á su casa. Aunque ví que esa invitación (que nada tenía de apremiante) le costaba algún trabajo, no pude resistir el placer de aprovecharla. Recibíome con su acostumbrada cortesía, que me pareció hacerse cada vez más cordial; de suerte que creí poder, sin demasiada indiscreción, repetir varias veces mi visita, á intervalos cada vez más próximos.



Habitaba en la calle de Oudinot, en un entresuelito lleno de objetos preciosos, traídos de sus viajes: armas damasquinadas, recogidas en Oriente; ídolos de mármol pintado, venidos de la India; y, sobre todo, telas suntuosas que cantaban á los ojos una vistosa armonía de reflejos y colores. Los balcones daban á un tranquilo paisaje de jardines con arriates, donde se balanceaban flores pasadas de moda y árboles carcomidos de vetustez. Un criado viejo, llamado Adolfo, antiguo ayuda de cámara de un embajador del segundo Imperio, desempeñaba todo su servicio, incluso la comida; había entre amo y criado un acuerdo perfecto en poquísimas palabras.

Kermoyan estaba siempre en su casa. Una sola vez le encontré trabajando. Quise retirarme, pero me detuvo tirando la pluma, con apariencia de alegrarse de tener un pretexto para interrumpirse:

—Estoy muy perezoso en estos tiempos—me dijo.—¡Ya no se me ocurre nada!... Quédese usted, pues, y charlaremos; esto es más fácil.

Me pareció que Adolfo, que acababa de introducirme, meneaba tristemente su cabeza gris solemne, á pesar del delantal blanco que llevaba toda la mañana.

Ese día estuvo Kermoyan más entrañable y expansivo que de costumbre. Hablome de una novela amorosa que escribía, «cuando puedo trabajar»—añadió.—Me dijo el argumento, y me esbozó los caracteres con bastante animación. Me atreví á hacerle algunas observaciones, á las cuales respondió. Luego, poco á poco, fué cansándose de atender y desapareciendo su verbosidad. Así acababan todas nuestras conversaciones; me escuchaba, me respondía; pero pensaba siempre en otra cosa. A veces creía yo leer en su frente, en sus ojos, aquella tenaz idea siempre fija, siempre la más fuerte, como una frase escrita en caracteres desconocidos, en lengua extraña. Veíame ajado en la amistad entusiasta que le profesaba, sin haberme atrevido nunca á manifestársela; y me decía á mí mismo que aquel pensamiento misterioso que yo no podía descifrar, per-



manecería como un obstáculo entre ambos, aunque olvidase él en favor de mi simpatía la diferencia de nuestras edades y de nuestras situaciones.

La dama que conversaba con Kermoyan el día que le ví en casa de la señora B..., era un mujer joven aún, por más que ya no estuviese en la primera juventud; llamábase la señora Herdevin. Era alta, de una esbeltez casi exagerada, muy elegante y guapa; una de esas hermosuras que no chocan de pronto, que es preciso descubrir y que costaría mucho trabajo describirla. Por lo demás, los años han borrado sus facciones de mi memoria; flotan aún, sin duda, pero indecisas, en una indeterminación de líneas y de colores parecida á la de las figuras de santas en los frescos de conventos antiguos. No recuerdo con un poco de claridad sino los reflejos castaños rojizos de su cabellera, que llevaba peinada á la griega; el resto se me olvidó, como tantos otros rostros velados por la muerte.

Recuerdo que cuando la señora B... me señaló el grupo que en un ángulo del salón formaban Kermoyan y la señora Herdevin, los observé, primero, desde lejos, y después me acerqué poco á poco, cual un niño tímido y curioso. La señora Herdevin escuchaba, expresando su fisonomía una atención sostenida y exclusiva, que la hacía estar en una especie de aislamiento. Luego habló ella á su vez. No comprendí sus palabras, pero oí su voz. Al punto sufrí su hechizo; era una música. Una voz así, expresa lo que decir quiere mucho mejor que las palabras. La impresión fué tan viva, que al evocar ese recuerdo, no obstante ser ya antiguo, aún me parece oirla: viene de muy lejos, es débil, se apaga, ya no tiene más que dulzura. Quedé conquistado hasta el arrobamiento. Por eso, cuando al cabo de un instante, al separarse de Kermoyan la señora Herdevin, volvió á confundirse con grupos indiferentes, tuve el valor de rogar á la señora B... que me presentase. Hízolo con sumo gusto, indulgente con mi entusiasmo.

Obtuve sin trabajo de la señora Herdevin las frases de cajón á las cuales tiene derecho todo joven que aparece en la



buena sociedad. Pero esto no me bastó: soñaba con verla más de cerca, en su casa. Ahora bien; yo era una persona cualquiera, torpe, insignificante, de nula conversación, desprovisto de todo conocimiento de adorno, pudiendo á duras penas pasar por un mediano bailarín; en fin, un hombre al cual nada, absolutamente nada recomendaba á la atención de una extraña. La señora Herdevin apenas me vió el día en que le fuí presentado, no me conoció cuando la encontré de nuevo, y durante varias semanas sólo vió en mí un importuno que la buscaba de un modo molesto. Me produjo entonces una impresión análoga á la de Kermoyan, cuya casa empecé á frecuentar; la misma reserva, de la misma clase. Fuera donde fuese, su alma estaba siempre en otra parte; eso, á pesar de visibles esfuerzos para interesarse por lo que pasaba en derredor de ella. Prestábase con agrado á toda clase de conversaciones; sin embargo, se adivinaba que su verdadero deseo era abreviar su duración; y cuando callaba parecía estar más á gusto, como si el silencio hubiera sido su verdadero elemento.

Esta actitud no desanimó á mi simpatía; antes por el contrario, poco á poco, á fuerza de tenacidad, conseguí aproximarme á ella; obtuve algunas sonrisas, algunas palabras que se apartaban de los lugares comunes, algunas miradas benévolas; fué como si se acostumbrase á verme en su círculo. Holgábame de estos progresos, por ligeros que fuesen. Llegué al colmo de mis aspiraciones el día en que me invitó á su *five o'clock* del jueves, añadiendo:

—No hallará usted muchas distracciones conmigo: sólo recibo á algunas personas de mi intimidad; mi casa no es muy alegre.

No pedía yo más que ir á verla, respirar el mismo aire que ella: en la primera juventud hay sentimientos frescos, puros, aunque ardientes, los cuales sería difícil definir. Yo no amaba á la señora Herdevin, pero estaba á punto de amarla, ó más bien creo que de adorarla, con éxtasis de peregrino.



Antes de ir á visitarla, juzgué oportuno pedir á la señora B... algunos informes que me impidieran cometer torpezas. Mi anciana amiga me enseñó de buena voluntad lo que me convenía saber.

El marido, Leopoldo Herdevin, era un agente de cambio sumamente rico, pero brutal, grosero, de malas costumbres, que parecía de otra especie que su mujer. Por eso, hacía ya mucho tiempo que de hecho vivían separados uno de otro: él entre actrices y caballos; ella con algunos amigos escogidos, poco numerosos, muy fieles, que la buscaban mucho y le daban testimonio de vivo afecto.

—No encontrará usted á menudo al señor Herdevin en el salón de su mujer,—me dijo la señora B... Cuando aparece allí por casualidad, con su abultado rostro amarillento, forma como una gran mancha de aceite.

Tenían dos hijas gemelas, de seis años. Una de ellas, llamada Marta, padecía una enfermedad de la columna vertebral que suspendía su desarrollo: conservada como un objeto frágil, vivía pequeñita, encanijada, inmóvil, sufriendo, pendiente del aliento de su madre, á quien adoraba con ternuras de niña precoz á la que aguardaba la muerte. La enfermedad de aquella pobre niña era sin duda la espina clavada en las carnes de la señora Herdevin, su idea fija, la herida que, aún más que la indiferencia y la grosería de su marido, la impedía gozar de su belleza, de su encanto, del final de su juventud.

La señora B... me refirió con complacencia todos estos detalles; luego, viendo que me inspiraban vivo interés, añadió con la bondadosa sonrisa de una abuela indulgente:

—Paréceme que está usted en camino de enamorarse de la señora Herdevin... Preciso es que yo se lo advierta á usted: ha sufrido demasiado con las realidades de la vida, para ser novelesca... Corazón sólido y cabeza fría, esté usted seguro de esto... Se acerca á los treinta años, es desgraciada en su hogar, y sin embargo nunca se ha hablado de ella... Por otra parte, hará usted bien en frecuentar su trato lo más que pueda:



roto el hielo, si consigue usted romperlo, verá lo que puede constituir el hechizo de una mujer perfecta.

Me puse colorado hasta las orejas, como si efectivamente me hubieran sorprendido incurriendo en una falta. Para ocultar mi turbación, me puse á hablar del señor Herdevin.

—Tranquílicese usted, —me dijo la señora B...—Aunque le verá usted poquísimo, bien pronto estará usted al corriente acerca de él. Es persona á quien se conoce pronto y no quedan ganas de conocerle aún más. Su mujer ha aguantado mucho y creo que sufrido mucho. Ahora está resignada: ya no siente ni siquiera el daño que aún querría él hacerle.

Pregunté hartamente:

—¿Le ha amado ella?

La señora B... me miró, un poco burlona, y dijo:

—No lo sé. ¿Cómo quiere usted que se sepan esas cosas?... Pero, junto con el amor, existe en las mujeres el amor propio, hasta en las mejores. También duelen sus heridas, y le respondo á usted que éstas no le han sido escatimadas á su amiga de usted.

Poco tiempo después era yo uno de los contertulios familiares del salón de la señora Herdevin: un gran salón, de un lujo enteramente exterior, destinado á los demás; un salón, por el cual seguía siendo indiferente la señora de la casa, salón que no participaba en nada de su gracia. A pesar de los enormes troncos que ardían en la chimenea, sentíase allí siempre algo de frío. Por otra parte, nunca concurrían á él más de cinco ó seis personas que hablaban en voz baja como en una iglesia. Las conversaciones eran lentas, insignificantes. Muchos hubieran encontrado aquel medio de un aburrimiento insostenible; de hecho, yo me hubiera aburrido allí ciertamente si la presencia de la señora Herdevin, por fría ó distraída que estuviese, no hubiera compensado para mí las conversaciones más insípidas.

Esperaba encontrar á menudo en casa de ella á Kermoyan, puesto que éste la buscaba en las reuniones de sociedad;



por el contrario, bien pronto advertí que sólo aparecía pocas veces, y su presencia no aumentaba en la reunión el brío ni la intimidad. Una vez fuimos invitados á comer juntos; su actitud fué la de un convidado de paso, más bien que la de un amigo. Habló poco, más reservado, más distraído, más incomprendible que nunca. Por otra parte, la comida fué mustia; á pesar de la excelencia de los manjares y de los vinos, la conversación era fatigosa, sostenida á un nivel muy bajo por los equívocos del dueño de la casa. A veces sus dicarachos, remachados por una carcajada estrepitosa, eran tan triviales que causaban á su mujer visible malestar, como un pinchazo, cuyo dolor se traslucía por el fruncimiento de su frente. Entonces comprendí por qué recibía ella lo menos posible. Pero, entonces, ¿por qué habernos reunido á Kermoyan y á mí con personas á quienes ningún gusto teníamos en ver, que no podían interesarse con nosotros, á las cuales probablemente no volveríamos á encontrar nunca?

Así transcurrieron semanas, sin que conociese yo á la señora Herdevin mejor que aquella noche en que sólo conseguía de ella escuchar el sonido de su voz y dos frases insignificantes. El hielo tardaba en romperse. Sin embargo, poco á poco, al azar de las conversaciones (que iban siendo cada vez más familiares), y, sobre todo, después de haber estado varias veces á solas con ella, pude ó creí poder sacar en limpio, con algunas probabilidades de adivinar con exactitud, un rasgo de su carácter: era buena, con la bondad natural en una hermana de la caridad, pero una de esas bondades pasivas que se manifiestan por sentimientos más que por actos. También me convencí de que era inteligente, ó más bien comprensiva. Sin embargo, no lo era por el estilo de las mujeres de inteligencia cultivada que razonan acerca de todas las cosas como especialistas; no, sino que tenía esa inteligencia de corazón que todo lo comprende, que se ejercita más que nada en las pequeñeces de la vida, que irradia á todo cuanto se dice de los demás y á las semiconfidencias discretas que se hacen respecto de sí propio.



También, y sobre todo, estaba triste, con una tristeza conmovedora que trataba de ocultar con infinito arte, y que empero se revelaba envolviéndola en una especie de misterio que se añadía á su encanto. El misterio me atraía hacia ella cada vez más, y concluí por encerrarlo entre los límites extremos de una doble hipótesis contradictoria en absoluto: ó no amó nunca y sufre por la necesidad de amar, ó ama demasiado. Como se vé, mi juvenil perspicacia tomaba vuelo.



## II

Necesito referir ahora una serie de hechos sin enlace aparente entre sí, algunos de los cuales apenas me chocaron en el momento de efectuarse, y sólo más tarde adquirieron alguna significación.

La señora B... me dispensaba algunas veces el favor de retenerme á su lado, después de salir las demás visitas. Gustábanme mucho esas entrevistas á solas, donde una charla amistosa y familiar sucedía á una conversación de ligeros dis- creteos, hasta entonces sostenida. Hablábamos, sobre todo, de los demás. La señora B... sentía un gran placer en ejercitar, aunque sin mala intención, sus facultades de análisis á costa de las personas de su conocimiento; divertíanla los asombros que á veces me causaban sus deducciones. Una tarde en que estaba solo con ella, rodó la conversación acerca de Kermoy- san, que había hecho una visita bastante larga, al mismo tiempo que la señora Herdevin.

—¿Ha leído usted sus versos?—me preguntó de pronto la señora B...

—¿Versos?—exclamé.—Nunca los ha publicado, que yo sepa.

—Es verdad, pero los ha hecho..... Son muy raros..... Sólo



sus íntimos amigos los conocen..... ¿Quiere usted que se los enseñe?

Sin aguardar mi respuesta, fué á abrir un pequeño escritorio de estilo Luis XV y sacó de él un cuadernito encuadernado en pergamino, alargándomelo. En efecto, era una colección de versos de unas cincuenta páginas, sin título ni nombre de autor, en papel imperial del Japón, y una tirada de seis ejemplares.

—Lea usted—me dijo.

Púseme á leer en voz alta una tras otra las composiciones, por lo general muy cortas, que constituían la colección.

A los poetas de la nueva escuela les hubieran parecido malos los versos; á la verdad eran algo «antiguallas», con una balumba de cesuras monótonas, de ripios torpes, de rimas vulgares, como suelen ser los versos de los escritores (aun hábiles) no acostumbrados á manejar el lenguaje poético. Sin embargo, á pesar de esos defectos, me llamaron fuertemente la atención, porque expresaban, á veces con una real intensidad conmovedora, los matices medio velados de un sentimiento á la vez tierno y doloroso, culpable y agitado. Había en esas breves páginas gritos de dolor, gritos de angustia, gritos de júbilo, gritos de remordimiento. Adivinábase allí un alma turbada hasta sus más secretas reconditeces, zarandeada por el soplo de un irresistible huracán, como las pobres almas arrebatadas por el eterno torbellino, recordado también por el poeta en una de sus más ardientes estrofas. Y sentíase poco á poco esa especie de vértigo que da el espectáculo de las grandes pasiones. Algunos de aquellos versos, que sólo una vez leí, se grabaron en mi memoria. Al volver á casa los copié en un cuaderno donde acostumbraba á consignar mis observaciones del día, y de donde los tomo ahora:

.....  
El tiempo hará que rueden, como la mar sus olas,  
los años infinitos que pasan sin volver;  
para entonar á nuevas mujeres barcarolas,  
amantes otros hombres al mundo han de nacer;



jamás las dulces flores  
de nuestro corazón  
darán al aire el fruto  
radiante del amor.

.....

Sea cual fuere el mal que me consume;  
las tinieblas do yazgo iluminásteis;  
desde el surco de luz y de perfume,  
huella vuestra, os bendigo pues me amásteis.

.....

¿Que os pierde la bondad? ¡Pobres mujeres!  
Va erguida la virtud entre los gritos  
de nuestra angustia, sin terneros lástima,  
impecable y también sin un deliquio  
de ternura.....

.....

El vórtice fatal que me arrebató  
te ha arrebatado á tí, tan pura y dulce.

.....

¿Qué temes, que nos descubra  
la sociedad y nos eche  
de su seno? ¡Bien, huyámosla!

.....

Aunque por toda la tierra  
nos viésemos separados,  
á pesar del mundo entero  
he de morir en tus brazos.

.....

Estos versos, los únicos que retuve, no eran quizá los mejores ni los más característicos de la pequeña colección, algunas de cuyas páginas hicieron temblar mi voz. La señora B... escuchaba con los ojos medio entornados, como si esa poesía exaltada y romántica, por donde pasaban acá y acullá hálitos lamartinianos, le produjese sumo placer, aun cuando la conocía de antigua fecha.

—Vamos, ¿qué le parecen á usted estos versos?—me preguntó así que hube cerrado y devuelto el cuaderno á su dueña.

Reflexioné un instante y respondí:

—Me han conmovido verdaderamente.



—¿No es verdad que son hermosos, por más que no se asemejen á los de vuestros amigos en las letras?.....

—Hermosos, no sé; pero verdaderos.....

Habiéndome echado la señora B... una mirada interrogante, me expliqué de esta manera:

—Sí, verdaderos..... harto verdaderos quizá..... ¿sabe usted, señora? No comprendo que el Sr. Kermoyosan los haya publicado. Esto no es propio de su carácter. Es un libro cerrado, nunca revela nada de sí mismo, y esos versos son una verdadera confesión: ¡tan sincero y espontáneo es su acento!.....

La señora B... meneó la cabeza, y dijo:

—Tal vez añada usted algo de su imaginación..... Cuando Kermoyosan me ofreció este cuaderno, me contó que había hecho esos versos para una novela; y que no habiéndola terminado, no había podido resignarse á perderlos..... ¿Le parece á usted inverosímil esto?

—Un poco... Más bien me inclinaría á creer..... ¿qué sé yo?..... que los hizo por hacerlos, que han brotado de él mismo á ciertas horas en que se siente la necesidad de pregonar los propios secretos, porque ahogan.....

—Pues entonces, le hubiera bastado escribirlos. ¿Para qué había de publicarlos?.....

—A la postre, es un literato..... O bien ¿quién sabe?, quizá los publicara para poder ofrecerlos á la mujer que se los inspiró.

Sonrióse la señora B... y dijo con algo de ironía:

—¡Qué sutil es usted!

Al cabo de un instante de silencio, añadió:

—Después de todo, eso no es imposible..... Kermoyosan es muy misterioso..... Tal vez tenga algunas relaciones muy complicadas.....

Excitóse mi curiosidad. Y pareciéndome excelente la ocasión para informarme acerca de aquel hombre que tanto me interesaba, pregunté:

—¿Se ha hablado de él?..... ¿Se sabe si tiene un pasado?.....



—¡Un pasado!—exclamó la señora B...—¡Varios, muchos pasados!..... En Francia, en París, sin contar los que dejó en esos pícaros países que pretende amar..... Kermoyan fué un hombre de moda..... Hay en su vida de todo un poco: no sólo mujeres, sino naipes, hasta vino, opio, ¿qué sé yo?..... ¡Un verdadero marino, en resumen!..... En cuanto estaba en tierra firme, ya no se poseía.....

—Yo ignoraba todo eso.....

—Es que usted ignora muchas cosas..... Por otra parte, si en otro tiempo dió que hablar, ya no se habla de él ahora..... Se ha hecho juicioso desde cinco ó seis años á la fecha..... Y ahora es ejemplarísimo, dicen, como una estampa religiosa.....

—¡Es extraño eso!.....

—¿Le parece á usted así?..... No, por Dios..... Llega la edad..... Por más empeño que se tenga en resistir lo mejor posible, se envejece..... Y se necesita «poner fin», como dicen ustedes los hombres.....

—Sin duda..... Pero, ¿qué remate ha puesto él?.....

Esta simple pregunta turbó á la señora B...

—¡Vamos! se ha vuelto juicioso, como acabo de decirle á usted..... ¿Qué más quiere usted?..... ¿No es eso un fin bastante..... final?.....

Como yo no respondiese, la señora B..... prosiguió:

—Se ha vuelto hasta demasiado juicioso, para un hombre de su edad..... Cierta vez cometió la pifia de hacer hablar un poco de más acerca de su virtud..... Hace tres años, cuando se representó su *Lautrec*, prendóse de él su principal intérprete..... Una de esas pasiones..... de actrices..... Ya no recuerdo los detalles, pero sé que hubo una verdadera comedia junto á su drama..... una comedia en que representó el papel..... del casto José..... En la buena sociedad se rieron mucho de todo eso..... Hoy está olvidado.....

—Esa es una historieta muy significativa,—exclamé.—¿Cómo es creíble que un hombre como él, un antiguo calavera, haya representado ese papel, algún tanto ridículo siempre,



de quien se niega á dejarse amar? No es un converso, que yo sepa.....

—No, no cree en nada, es un verdadero descreído.

—Por consiguiente, si no es la devoción lo que le ha hecho sensato, preciso es que sea otra cosa.

La señora B... apuntó esta idea, sin creerla:

—Quizá la fatiga, sencillamente.

Bromeaba. En aquel mismo momento se pintó con claridad en mi mente la imagen de la señora Herdevin; fué una intuición que nada explicaba, excepto el hecho de haberme habituado en mi pensamiento á juntarla con Kermoyan.

—Tal vez—dije—un gran amor.....

La señora B... pareció examinar esta suposición y luego la rechazó, diciendo:

—En primer lugar, ustedes, los hombres de hoy, son incapaces de un gran amor.....

Repliqué yo:

—Excepcionalmente.....

Pero ella no me dejó acabar:

—Y luego, se sabría..... Una cosa así no puede permanecer secreta..... No, no; no ha adivinado usted..... ¡Vamos!..... busque usted otra cosa, señor psicólogo.

—Buscaré—respondí.

Pero estaba seguro de haber encontrado.



## III

A los pocos días de esta conversación, vi á Kermoy-san en casa de la señora Herdevin. Estaban solos: ella, en el rincón de una marquesita puesta junto á la chimenea; él, en una butaca á cierta distancia de la primera. Me recibieron amistosamente; sin embargo, parecióme llegar á destiempo y me propuse abreviar mi visita. Pero, apenas me hube sentado cuando un sirviente despavorido entró y dijo en voz baja unas cuantas palabras á la señora Herdevin. En seguida se levantó, rogándonos que la dispensáramos por un instante, y salióse del salón por una puerta que daba al gabinete de su marido. Seguí hablando con Kermoy-san, el cual estaba distraído; en dos ó tres ocasiones observé que, á pesar suyo, dirigía los ojos á la puerta. Seguimos charlando; á las pocas frases, ya no sabíamos nada que decirnos y continuábamos en una situación bastante cortada uno frente á otro, presa los dos de la misma curiosidad, que no podíamos ni queríamos confesarnos mutuamente. Bien pronto, esa curiosidad aumentó hasta convertirse en inquietud: la voz del señor Herdevin, que al principio no habíamos oído, subía poco á poco en el aposento inmediato. No pude menos de murmurar:

—Pero, ¿qué pasa?



Kermoyan se encogió de hombros, diciendo con voz neutra:

—Una escena conyugal.

Y, añadió, con un gran esfuerzo por aparecer irónico y ligero:

—¡Está tan mal educado ese hombre!... Aún debe agradecersele que no haya venido á reñir á su mujer en presencia nuestra...

En ese momento la voz brutal, con un postrero estampido, atravesó los tabiques y los cortinajes. Oímos tres ó cuatro juramentos, que acabaron por un estrepitoso «¡Mal rayo!...» Nos levantamos á la vez, con un mismo movimiento, indignados, y exclamé:

—¡Miserable!

Kermoyan, como impelido por un resorte, había dado dos pasos en dirección á la puerta. Detúvose, volvió á su butaca, sentóse otra vez, y murmuró, mordiéndose los labios:

—¡Es capaz de pegarle!...

La voz se había hecho confusa en la habitación inmediata; ya no distinguíamos más que ronquidos iracundos. Había yo permanecido de pie, y murmuré:

—¡Esto es odioso!...

Mi compañero, muy pálido, había recobrado la calma.

—Es el marido—exclamó, apretando los dientes...—¡Esto no nos concierne!...

Y se puso á mirarse voluntariamente la punta de la bota, que se agitaba sobre la alfombra.

Nos callamos, al no oír ya nada más. De pronto, el ruido de una puerta cerrada con violencia nos hizo comprender que había concluído la tempestad. Exhalé un suspiro de alivio, lo confieso. En cuanto á Kermoyan, se pasó la mano por los ojos con el gesto de un hombre que echa afuera una pesadilla.

Sin embargo, la señora Herdevin no tardó en regresar, vacilante y con aire dolorido, excusándose por habernos dejado solos tanto tiempo.



—Mi marido tenía que decirme una cosa con urgencia— dijo dulcemente.

Sus límpidos ojos parecían preguntarnos si habíamos oído y suplicarnos que no lo tuviéramos en cuenta.

Grande era mi apuro, temiendo á la vez ser indiscreto si prolongaba mi visita é inquietarla si me iba demasiado pronto. Le dejé, pues, el tiempo necesario para decirnos algunas palabras que, sin duda, en sentir suyo, habían de dar testimonio de su libertad de ánimo; después, aprovechando un silencio oportuno, me levanté para despedirme. Creí que Kermoyan permanecería aún con ella, dándome el corazón que tendrían necesidad de hablarse. Pero, no fué así; levantóse al mismo tiempo que yo. Como la señora Herdevin le alargase la mano, sólo me pareció que la miraba uno ó dos segundos de más, y que se la apretaba un poco más fuerte que lo debido.

Salimos juntos. En la calle (los Herdevin vivían en la parte baja de la avenida del Trocadero), al dirigirnos hacia el puente de Alma, no resistí á la tentación de exclamar:

—¡Qué injusticia es que semejante gazzápiro!...

No acabé la frase: Kermoyan la comprendió. En vez de recogerla en seguida, dió aún algunos pasos en silencio, mirando adelante; por fin dijo en voz baja, como en confidencia:

—¡Creo que ella adora á sus hijos!...

Luego, cuando llegábamos á la plaza de Alma, me preguntó:

—¿Toma usted por la avenida de Montaigne?

—Sí, voy á la Magdalena.

—Yo paso el puente: tengo que hacer al otro lado del río.

Alejóse entonces, paso á paso, después de darme un apretón de manos.

A los pocos días volví á encontrar á la señora Herdevin en un baile, donde la acompañaba el marido, contra su costumbre. Aparecióseme bajo un nuevo aspecto: estuvo animada, habladora, mundana, casi coqueta; pero yo no sé con qué de forzado, que protestaba contra ella misma. Ciertas personas



que acuden á sociedad con la idea preconcebida de descubrir allí novelas, notaron que hablaba y bailaba mucho con un *clubman* muy apreciado, cuyos triunfos me extrañaban: el barón de Malmain, un guapo con aire de falso militar, muy fatuo, de una madurez que comenzaba á arrugarle la frente y aclarar sus sienes; á la par de esto, carecía hasta de la cualidad negativa, harto frecuente en las personas de su calaña, de ser inofensivo. En efecto, aunque sin talento, poseía acerca del prójimo una reserva de anécdotas desagradables y juicios mordaces, que soltaba en cuanto podía provocar la ocasión de hacerlo. De suerte que se le escuchaba y hacía reír, con esa risa en que siempre hay un poco de odio, un poco de desprecio, un poco de orgullo, risa más mala que frívola, que debiera vedarse uno mismo, y, sin embargo, se busca.

Lo confieso: sentí una especie de malestar al ver á la señora Herdevin valsando con ese individuo, escuchar, sonriéndose, sus dicharachos, y contestarle con su voz pura y clara, con esa voz en la cual parecía oírse resonar el cristal de su alma. No estaba yo celoso en el sentido brutal y posesivo de la palabra, pero sufría un sentimiento rayano con los celos. Parecíame que el contacto de Malmain la ajaba; que ya no sería la misma después de haber tolerado su brazo en derredor del talle, sus maledicencias en el oído. Me sentía aliviado cuando la abandonaba él para irse á otra parte con sus galanterías de verdugo de los corazones; pero volvía siempre, y comenzaba de nuevo mi malestar. Un instante vi á la señora Herdevin de pie junto á Kermoyan: las actitudes, las miradas, la expresión reproducían casi exactamente el grupo que me había chocado en casa de la señora B..., cuando por vez primera les vi juntos. En los pocos minutos que duró su conversación, la encontré tal como yo la amaba, lo cual me hizo feliz: tan joven, fresco, lleno de respeto y de admiración desinteresada era mi sentimiento. Pero esto no duró mucho: el inevitable Malmain volvió á buscarla para una contradanza. Levantóse ella al punto, saludó con una sonrisa á Kermoyan



(quien se inclinaba más ceremoniosamente de lo que era menester) y se puso á bailar la figura pedida.

Kermoyan la siguió con la mirada, y luego, al encontrarme en su camino, me cogió del brazo diciéndome:

—¿Vamos á darnos una vuelta?..... Aquí falta aire.

Me llevó á un saloncito donde se jugaba, perdió, nervioso, algunos luises, y volvió á entrar en la sala de baile; yo iba siempre junto á él. Paseó su mirada inquieta por las parejas que se cruzaban; la detuvo algunos segundos en la señora Herdevin (que estaba sentada escuchando á Malmain de pie, medio inclinado sobre ella), y me dijo:

—Decididamente, hace demasiado calor..... Me voy..... Hasta la vista.....

Apenas hubo salido, cuando á su vez el señor Herdevin se acercó á mí. Su caraza, congestionada por el calor, expresaba profundo hastío. Por lo demás, no conociendo á casi nadie en una sociedad que no frecuentaba, anduvo errante toda la noche como alma en pena, de la sala de baile á la sala de juego, donde se jugaba hartó moderadamente para su gusto.

—¡No tiene nada de divertido vuestro círculo!—me dijo bostezando.—*Enano amarillo* á diez céntimos la ficha, en familia..... ¡Qué aburrimiento!..... Y lo menos treinta grados, apuesto..... Me basta; voy al casino, lo prefiero. ¡Buenas noches!.....

Su mujer, que observaba todos sus movimientos sin aparentarlo, le vió salir y se eclipsó un instante después que él.

Y sentí la impresión clarísima de que entre esos tres seres había ocurrido alguna cosa, un drama abortado, una escena de celos, de astucia, de mentira; en fin, algo que yo no me hubiera atrevido ni sabido precisar.



## IV

Es en casa de una amiga de la señora B..., al final de una tarde. Hay tres ó cuatro mujeres, una de ellas la señora Herdevin. Se ha tomado el té. La conversación languidece y va á extinguirse, cuando entra Malmain. Está rozagante, chispeante, triunfante; nada más que por su aire se adivina que trae alguna chismografía fresquita, una picardía inédita, alguna cháchara de mal género con la cual van á poder divertirse durante cinco minutos. En efecto, apenas sentado, pregunta:

—¿Han leído ustedes el artículo de *El Expectador* acerca de Kermoyan?

Las señoras se miran y responden que no.

—Un artículo escandaloso, lo aseguro; que meterá ruido, cuenten ustedes con ello.

En seguida, saca del bolsillo un número de *El Expectador*, un número arrugado, que ha debido de servir ya varias veces, y con su voz agria, más agriada aún por su perverso júbilo, da lectura á los pasajes más mordaces. Hiel, veneno, calumnia, injuria, uno de esos revoltijos, humillantes para la especie humana, y que sólo una baja envidia ha podido aderezar; al pie, la firma semiconocida de Máximo Lucand.



—¿Quién es Máximo Lucand?

—Un joven—explica Malmain—que tiene un rudo talento de foliculario..... ¡Vean ustedes, señoras, cómo ponen á su ídolo!

Se oyen murmullos, voces, risitas ahogadas. Una voz exclama, protestando:

—¡Oh, nuestro ídolo!.....

Y Malmain replica, satisfechísimo:

—¿Van ustedes á abandonarle?..... ¿Ya? ¡Ja, ja! No está mal que los grandes favoritos de las damas reciban de vez en cuando una buena leccioncilla..... La leña verde conviene á las espaldas ilustres..... Y positivamente, á ese querido amigo le hacía alguna falta.

Espero que alguna voz se alce en defensa del ausente; pero todas escuchan y se sonríen, ninguna trata de intervenir. Involuntariamente mis ojos buscan á la señora Herdevin. Mira absorta, como si no oyese, apretando los labios, con aire de hielo; sus dedos teclean sobre sus rodillas, mientras continúa Malmain, con desesperantes afectaciones de candidez.

—Hay exageración en este artículo; sin duda, hay un poco de exageración..... Pero el fondo bien pudiera ser verdad..... Decir que Kermoyan no tiene talento es un absurdo, ¿no es así?.... Lo tiene, todo el mundo lo reconoce..... Sólo que él mismo está más convencido de ello que nadie; y, sobre todo, aún cree tener más del que tiene..... ¿No le notan ustedes que parece estar siempre como haciendo de modelo para su estatua?.... Diríase que ya se ve fundido en bronce, con una corona en la frente.....

Ríense las señoras y una de ellas responde, enseñando sus bonitos dientes:

—¡Cierto! ¡Algo de eso hay!.....

Estimulado Malmain, prosigue con un tono de mayor excitación:

—Oigan ustedes. El otro día, en el estreno de *La Extranjera*, le encuentro en el saloncillo de la Comedia..... Paseába-



se allí con un aire..... con el aire de un rey en su palacio..... Hubiérase dicho que era suya la obra..... No sé quién le detiene, creo que para preguntarle unas señas..... Quiere escribir en una tarjeta y no encuentra su lápiz..... Tampoco lo tenía su interlocutor..... Noto su apuro y le ofrezco mi lapicero..... Se vale de él y me lo devuelve dándome gracias..... ¡oh! unas «gracias» á lo Luis XIV ó de Júpiter olímpico. Entonces se me pasa por la cabeza una idea descabellada, la de decirle: «¡Este es un lápiz histórico!.....» ¡Y no vió que me burlaba de él!.....

No puedo aguantar más y pregunto con timidez:

—¿Está usted bien seguro de eso?

—¡Caramba!—responde Malmain, quien apenas advierte mi interrupción.

Y vuelve á quitar el pellejo á Kermoyan, con mayor aspereza, con una acritud más incisiva y más calumniosa.

—¿Qué va á hacer después de este artículo? ¿Se batirá?... Lo dudo..... No le creo ningún héroe. Se cuentan de él unas cosas.....

Esta vez me harto y le pregunto, estremeciéndome:

—¿Qué cosas?

Hago esta pregunta en un tono tan firme, que Malmain no puede evitar el contestarla. Me mira, pasmado de esta intervención inesperada, se apura y tartamudea:

—En fin, cosas..... unas cosas.....

—¡Pero, dígalas usted!

—No puede decirse todo.....

—Es lástima..... porque se vería, estoy seguro de ello, que nada hay que ocultar acerca de Kermoyan.....

Entonces hablo yo, me acaloro, me vuelvo elocuente. Me escuchan las señoras, asombrándose un poco de esta explosión repentina, y quizá también avergonzadas algún tanto de haber escuchado en demasía al otro, dispuestas á adherirse. Cuando concluyo mi valiente perorata, Malmain me mira de arriba abajo un instante y exclama, con una sonrisa de superioridad:



—No sabía yo que tuviese amigos Kermoyan..... ¡Eso dice mucho en honor suyo!....

Pero consigo mi objeto: cambia de conversación. Un instante después la señora Herdevin se levanta para salir. Me alarga la mano (lo cual no hacía nunca), y no sé si me engaña, pero me parece que me dan las gracias la presión de sus dedos y sus miradas.

Por de contado, ya no escucho más lo que se dice en derredor mío. Me marchó, á mi vez, animado contra Malmain de un odio juvenil y orgullosísimo del modesto papel que he representado.



## V

En mi famoso cuaderno de observaciones he hallado los detalles de esta pequeña escena, bastante insignificante en sí. Por supuesto, á pesar del tiempo transcurrido, es probable que se me hubieran quedado en la memoria, porque se refieren al incidente más grave que los siguió, y en el cual intervine de un modo directo.

Después de cenar en el *restaurant*, había vuelto, para vestirme, á la modestísima habitación de dos piezas que ocupaba en el sexto piso de una gran casa de la calle de Lafayette. Iba á rizarme el bigote (operación á la cual daba tanta mayor importancia, cuanto que no hubiera sido indispensable), cuando oí llamar á la puerta. Salí á abrir en mangas de camisa y retrocedí con extrañeza al ver entrar á Kermoyan, que nunca había ido á mi casa. Acompañábale un desconocido, de edad madura, de altiva presencia, con bigote y perilla, envuelto en un gabán ceñido y abrochado hasta arriba.

—Mi amigo el capitán Lozier—me dijo, presentándomelo.

Muy emocionado con aquella visita inesperada, cuyo motivo presentí vagamente, adelanté unas butacas, apresurándome á vestirme.

—Ruego á usted me dispense por molestarle á estas horas



—me dijo Kermoyan;—pero tengo que pedirle un favor urgente.

Le respondí, con un ademán, que estaba á su disposición. Prosiguió:

—Mire usted de qué se trata: voy á batirme con Lucand...

Creí deber objetarle que no se imponía la necesidad de tal duelo; que un hombre en su situación no estaba á merced del primero á quien le diese el antojo de insultarle; y, además, que tenía demasiada superioridad sobre el ofensor y le causaría harto placer cruzando el acero con él.

—Necesito batirme,—dijo, interrumpiéndome en un tono que no admitía réplica.

Luego, como si comprendiese que me debía alguna explicación, prosiguió con más dulzura:

—No necesito decir á usted que ese artículo me es indiferentísimo. Pero, si lo soportase, vendrían detrás otros que pudieran serme más desagradables. Arañen cuanto quieran mis libros, igual me da; pero, no quiero que se hable de mí.

El capitán, envarado en su butaca, hizo un signo de aprobación; yo me incliné.

—He aquí dónde empiezan las dificultades,—prosiguió Kermoyan, vacilando un poco.—Tengo razones..... particulares (y recalcó esta última palabra) para desear que se ignore este desafío hasta que se haya efectuado..... Razones tan fuertes que, si creyese imposible impedir que se divulgase de antemano, preferiría renunciar á él.

—Pero Lucand, por el contrario,—dije yo,—tendrá motivos para meter todo el ruido que pueda respecto á un encuentro de armas con usted.

Kermoyan dió muestras de inquietud y exclamó:

—Ahí está precisamente el peligro..... Después, que toque el bombo cuanto pueda; lo mismo me da..... Pero, quisiera evitar á toda costa las informaciones acerca de los preliminares, los «ecos» que anuncian el cambio de testigos y cuentan sus conferencias.



Me atreví á indicarle esto:

—No le costaría á usted trabajo conseguir que la prensa...

Me interrumpió encogiéndose de hombros:

—No puedo recorrer las redacciones de los periódicos para rogarles que se callen..... En cuanto á los testigos de mi adversario, prometerán y no cumplirán: sé lo que vale la palabra de un Lucand y de las gentes de su calaña. Por tanto, sólo hay un medio: llevar las cosas muy deprisa.

El capitán repitió:

—Sí, sí, muy deprisa.

—Así, pues, este es el plan que me ha parecido más práctico,—continuó Kermoyan.....—Como van ustedes á ver, no puede aplicarse sino con muy buena voluntad por parte de los testigos. Este es un primer punto un poco difícil, dada la pendería natural de los tiradores de armas.....

Esta noche hay estreno en Variedades. De seguro, estará Lucand allí. Mis testigos irán á buscarle y le dirán que me veo obligado á salir mañana de viaje por asuntos del servicio: que, por tanto, es menester ventilar inmediatamente nuestras diferencias. En fin, con cualquier pretexto, lograrán que esta misma noche les ponga á ustedes en relaciones con dos amigos suyos buscados en el teatro..... Todo esto es posible..... Si este proyecto sale bien, trátase de evitar toda discusión moratoria con los testigos de Lucand: será preciso aceptar todas sus condiciones, sean cuales fueren, para que el encuentro se realice mañana, al amanecer.... No podrán negarme la cualidad de ofendido; pero si piden concesiones, háganseles..... ¡Aceptense sus espadas ó sus pistolas, si se empeñan!..... Que no haya ruido, y deprisa: eso es lo que importa ante todo.....

Kermoyan había hablado con rapidez, con un nerviosismo angustiado, como para producir la impresión de los incidentes que van á escape. Por inexperto que yo fuese en tales materias, vacilé en aceptar un papel tan pasivo y renunciar tan por completo á mi libre arbitrio en un asunto que, en último



término, podía tomar mal cariz. Advirtió él mi vacilación y me dijo con temblona voz de ruego:

—Excepto el capitán, no tengo ningún amigo bastante íntimo para que acepte tal papel sin pedirme explicaciones. Y yo no puedo dar ninguna..... Por otra parte, veríame en un aprieto para encontrar entre mis conocidos alguien á quien quiera confiar yo esta necesidad, esta absoluta necesidad en que estoy de ir aprisa..... He pensado en usted porque sé que le soy simpático y porque le creo discreto y generoso..... Pido á usted un favor grandísimo; aún más grande, mucho más grande de lo que usted se figure.....

Hubiera podido halagarme tal confianza; conmoviíme, sobre todo, el tono de Kermoyan, la agitación que se esforzaba en contener, una especie de angustia dolorosa que ni por un instante tuve la idea de atribuir al hecho material del duelo. Acepté.

Me dió las gracias con efusión, diciendo:

—No pase usted desasosiego por el desenlace del choque. Tiro bastante bien á la espada y hago blanco á treinta pasos. En realidad, el arma me es indiferente. Ya verá usted que todo irá bien.

En seguida se levantó. El capitán, siempre mudo, hizo otro tanto. Bajamos mis seis pisos y nos dirigimos juntos al teatro de Variedades. Kermoyan nos apretó la mano, repitiéndonos con tono apremiante su recomendación:

—¡Deprisa, ante todo!.....

Y fué á esperarnos al café Cardinal.

No dejaba de inquietarme la manera cómo el silencioso capitán conduciría las negociaciones. Contra lo que yo me esperaba, arreglósela muy bien, con una brusquedad aparente que disimulaba mucho tacto y habilidad suma; de suerte que no tuve ocasión de decir ni una palabra. Lucand quiso protestar contra una premura que no le convenía de ninguna manera.

—¡Exigencias del servicio!—dijo el capitán.

Entonces tuvo que ceder por fuerza. Dió una vuelta por



los pasillos durante un entreacto, y regresó con dos colegas suyos, á los cuales nos presentó, y con quienes nos avistamos á solas en seguida. Quisieron promover algunas dificultades: fiel á su consigna el capitán, pasó por todo sin aparentar que cedía; de suerte que al cuarto de hora teníamos redactada el acta disponiendo las condiciones del combate.

Nos reunimos con Kermoyan, que nos aguardaba tomando una copa de agua con menta.

En ese instante, su rostro sólo expresaba alivio y satisfacción.

—No esperaba que esto se arreglase tan bien—dijo.—Han estado ustedes muy hábiles. Ahora, si les parece, nos iremos á acostar temprano, pues no se trata de quedarnos mañana dormidos.....

Como es de presumir, estaba yo turbadísimo. Renuncié á ir á la Sociedad para la cual me había vestido, y regresé á mi casa para reflexionar tranquilamente lo que me ocurría. Asistir á un duelo como testigo de Kermoyan era, sin duda, para mí un acontecimiento importante que rompiendo (digámoslo así) mi capullo de crisálida, haría de mí de la noche á la mañana algo más que un sencillo joven. El hecho de haberme elegido Kermoyan halagábame también hasta el más alto punto; me parecía no sólo que iba á crecerme ante la opinión pública, sino que entretanto me crecía ante mí mismo. Debo decir en mi honor que este aspecto personal del asunto no me preocupó mucho tiempo. Bien pronto dejé de pensar en mi papel para acordarme de Kermoyan; y recordando sus palabras, su aire, su inquietud, llegué á hacerme dos ó tres preguntas quizá indiscretas, pero que mi curiosidad no pudo rechazar. ¿Por qué ese desafío, que sólo gentes malévolas como Malmain podían creer necesario? ¿Por qué batirse, no á causa del mismo artículo, sino en previsión de otros que quizá no apareciesen nunca? Sobre todo, ¿por qué esa premura, esa prisa febril que ciertas personas no habrían dejado de atribuir á una emoción próxima al miedo; ó, por lo menos, á uno de esos



arranques de valor demasiado conscientes, demasiado voluntarios, que saben harto bien cuánto tiempo podrán sostenerse? Por otra parte, si el temor interviniese en algo en la angustia de Kermoyan, á poco que fuera, ¿por qué entonces una indiferencia por el detalle de las condiciones, rayana en imprudente? Pensando en estos diversos *por qués*, no dudé que dependieran unos de otros y me enfrasqué en una serie de conjeturas que tuve por muy lógicamente deducidas.

—Sin duda—pensé primero—tiene absoluto empeño en que el asunto no trascienda al público hasta después de terminado: esto es para evitar toda inquietud á una persona que se interesa por él..... Esto me parece evidente..... Y es un cuidado muy legítimo, que da testimonio de un alma tierna y delicada; es un rasgo muy digno de un ser tan noble por el corazón como distinguido por su talento.....

Como me parase á considerar esta idea, que me conducía á algunas reflexiones contingentes, de pronto acudió á mi espíritu una sospecha:

—¿Y si no fuese por pura ternura por lo que se ha visto precisado á tomar estas precauciones?..... ¿Y si tuviese una preocupación de otra especie?..... ¿Y si temiese, por ejemplo, que la persona á la cual tiene miedo de asustar no consiguiera disimular su inquietud?..... ¿Y si ese duelo se le apareciese como un peligro, no para su vida, sino para un secreto más precioso que la vida, para un equilibrio cuyo establecimiento y perduración deben ser su principal cuidado?

Cuanto más pensaba en ello, tanto más aceptable me parecía esta sospecha; sobre todo cuando llegué á relacionarla con el espanto manifestado por Kermoyan respecto á la posibilidad de otros artículos.

—Él mismo lo ha dicho—pensé—no le asustan las violencias literarias. Si teme tanto que ataquen á su persona, no puede ser sólo por un pudor legítimo, claro está, pero que en este caso particular sería exagerado; es porque tiene un punto muy débil, donde teme que le toquen.



Y apiñando estas conjeturas, concluí por estar seguro de que Andrés Kermoyan tenía una pasión profunda, culpable, complicada y secreta, cuyo pensamiento no le abandonaba nunca, y mirando al cual calculaba todos sus actos, aun los que en apariencia no dependían de eso. Así se explicaba, no sólo su conducta un poco extraña en el sarao, sino también su completo apartamiento de la sociedad donde se divierte, lo austero de sus nuevas costumbres, su habitual indiferentismo por todo lo que pasaba en derredor suyo. Parecióme entonces que se salía de la especie de penumbra misteriosa en que le había visto hasta entonces, y que empezaba yo á descifrar algo de los caracteres desconocidos grabados en su frente.

—¡Y la señora B... pretende que nosotros no sabemos amar!—exclamé en alta voz, satisfecho y contento con la novelilla que acababa yo de forjarme sobre un tema real.

Después de esto, me acosté, luego de poner el despertador en las cuatro y media.

Era una precaución bien inútil: no dormí ni una hora. Durante toda la noche, semisueños agitados me mostraban de antemano los lances del día siguiente; y siempre veía á Kermoyan caído en tierra, con el pecho abierto y los ojos moribundos. Llamábame junto á sí, meneaba los labios, me decía alguna cosa, un secreto, cuya angustia reanimaba sus miradas, y por más atento que yo estuviese, no conseguía oír sus palabras. En dos ó tres ocasiones, la figura de la señora Herdevin pasó en esa pesadilla vaga, inasequible, sin que pudiera comprender el papel que allí representaba. Luego huían esas imágenes; encendía yo una vela, miraba el reloj y advertía que la interminable pesadilla apenas duraba desde pocos minutos antes.

Impaciente, al cabo, por no poder librarme de ella, me levanté y cogí un libro para recobrar algún sosiego mientras llegaba la hora.

Al salir de mi cuarto encontré al capitán Lozier en el vestíbulo:



—Temí que aún estuviese usted dormido—me dijo, llevándose la mano al sombrero.

—No he cerrado los ojos—le respondí.

Y él masculló entre dientes:

—¡No tenga usted miedo!... Amigo de la infancia... Muy valiente...

—¿Y médico?—le pregunté, imitando inconscientemente su laconismo.

—Nos seguirá...—me respondió.

No volví á oírle el metal de su voz hasta que estuvimos ya en casa de Kermoyan, el cual nos aguardaba.

Estaba perfectamente sereno, sin ninguna afectación. Habló poco, en el coche; pero las pocas frases que pronunció, daban testimonio de plena libertad de espíritu. Tenía soñadores los ojos. Pero verdaderamente que pensaba en otra cosa que en su desafío: siempre el mismo pensamiento, el que le separaba de los demás, el que le aislaba como una cárcel, el que había yo creído descifrar la víspera y que ahora se obscurecía para mí en nuevos misterios...

Llegamos al sitio convenido un momento antes que Lucand y sus amigos, quienes, por otra parte, no nos hicieron aguardar mucho. Lucand me pareció nervioso, y en todo caso, más agitado de lo que hubiera convenido. Observaba con mal disimulada atención los preparativos que se hacían según los ritos habituales, y de los que, por el contrario, Kermoyan no hacía caso.

El capitán fué quien les puso las espadas, y dijo, retirándose, el tradicional:

—¡Empiecen, señores!

Al mismo tiempo, sin perderlos de vista, me repitió poco más ó menos su frase de la víspera:

—Muy valiente... Seguro de él... Nada que temer...

Necesitaba yo de esa seguridad, pues estaba muy conmovido, hasta el punto de no poder apenas ocultar mi emoción.

Pero aquello no fué largo. Apenas tiraron los dos adversa-



rios un minuto, tocado en un hombro, Lucand dejó caer la espada. Acercóse su médico, declaró que su herida le colocaba en un estado de inferioridad, y ya no tuvimos más que redactar el acta. Así que la concluimos, Lucand, cuya cura había terminado, se acercó á Kermoysan, alargándole la mano. Este le miró de arriba á abajo con desdén, se puso las manos á la espalda y se alejó, mientras aquél hacía un gesto de ira y de odio.

—Debí haberle dado la mano—nos dijo Kermoysan un rato después;—volverá á las andadas, y...

Dejó en suspenso la frase, quedóse pensativo, y acabó por exclamar con ademán inquieto:

—Nunca debiéramos tener enemigos...

No pude menos de relacionar estas palabras con el temor que la víspera manifestaba respecto á nuevos ataques posibles, y pensé otra vez que mis deducciones debían acercarse á la verdad. Otro hecho menudo vino también en su apoyo.

Debíamos almorzar juntos en casa de Voisin, si no me engaño. Al pasar por delante de un kiosko de periódicos, Kermoysan hizo que parase el coche para comprar un *Figaro*; abríóle, dió un vistazo á los «ecos» y dejó escapar un grito, en el cual había más desaliento que cólera:

—¡Ah, qué fastidio!

Al mismo tiempo nos enseñaba una noticia, anunciando el encuentro que acababa de efectuarse.

—¿Qué importa eso, puesto que es asunto concluído?—dijo candorosamente el capitán.

—Pero el acta no aparecerá hasta la noche en los periódicos—exclamó Kermoysan.

Habíasele escapado esta frase; se mordió los labios pesaroso, callóse, y pareció ensimismado en reflexiones difíciles.

—Dispensen ustedes—dijo al cabo de un momento;—pero tengo necesidad absoluta de...

Se interrumpió como un hombre que vacila antes de tomar un partido, y luego prosiguió decidido:



—Sí, tengo absoluta precisión de pasarme por casa...

Dió las señas al cochero y no dijo una palabra más. Parecía mucho más inquieto, mucho más nervioso que al salir; y no trataba de ocultar su contrariedad, ó no lo conseguía.

Esperámosle en el coche mientras subía á su casa. Traté de reanudar la conversación con el capitán, y le dije, para entrar en materia:

—Esto ha ido muy bien.

—Sí..... Muy bien..... Ya lo dije yo.....

Y no pude sacarle del cuerpo más que monosílabos.

Entre tanto, volvió á bajar Kermoyan con un libro envuelto en papel. Dió voces á un coche vacío, entregó el paquete al cochero, le hizo ver las señas y le oí repetir dos veces seguidas:

—Diga usted que me ha encontrado al volver del Bosque..... Volviendo del Bosque, ¿se ha fijado usted bien?....

El cochero pareció comprender y arreó al caballo. Kermoyan vino á reunirse con nosotros.

—Vamos á almorzar—dijo;—me muero de hambre. Supongo que también ustedes.

E hizo un esfuerzo por desechar sus cavilaciones. Pensé entonces:

—Ha encontrado, sin duda, medio de tranquilizar á.....

En efecto, comió con buen apetito y estuvo animado en la conversación.



## VI

A consecuencia de estos incidentes, hubo desde entonces entre Kermoyan y yo una semi-intimidad que borró en parte la diferencia de edades. Le ví más á menudo. Por parte suya, sin abandonar esa reserva que había concluído por ser un rasgo de su carácter, me manifestó más cordialidad. Hablábame con cierto abandono de sus trabajos, de sus lecturas, de sus obras; nunca de sí mismo. Cuando nos encontrábamos en sociedad, se acercaba á mí, dándome la mano, con una sonrisa casi afectuosa. Cuando llamaba yo á su puerta me recibía Adolfo con ese aire de confianza que los sirvientes antiguos reservan para los amigos de sus señores. Con bastante frecuencia, Kermoyan llegaba, sin aliento, pero benévolo, hasta las alturas de mi sexto piso. A pesar de eso seguía siendo extraño para mí, al paso que una duda me impedía gozar libremente de su amistad: siempre estaba yo algo temeroso de que me la concediese como un débito, porque se creía favorecido por mí.

Por extraño caso, también mis relaciones con la señora Herdevin iban siendo cada vez más familiares, de un modo paralelo. Ahora me trataba como amigo, como un amigo muy joven á quien se estima en más de lo que á su edad correspon-



de. Nuestras conversaciones, en su casa ó en las tertulias donde la encontraba, iban haciéndose íntimas, sin esas frases de cajón habituales. Realicé, pues, el ensueño que me había forjado al verla: entraba en su círculo, respiraba su aire, podía disfrutar de su presencia, de su voz, de su hechizo; de aquí aquel encanto que me producía siempre y que me hubiera sido imposible explicar. Cuanto más me trataba con ella, más iban modificándose los sentimientos que me inspiraba: los matices de amor, que al principio los teñían de una vaga esperanza inconsciente, habíanse desvanecido para dejar paso á una amistad entusiasta, á un desasimiento absoluto de mí mismo, enteramente desinteresado, como si comprendiese yo que nunca existiría para ella; que la señora Herdevin no representaría ningún papel en mi vida ni tampoco yo en la suya; que seguiríamos hasta el fin siendo unos extraños, los destinos de quienes un capricho del azar había de confundir dos ó tres veces en episodios cuyo significado bien pudiera ser que yo no hubiese comprendido. En cambio, casi no podía pensar en ella sin acordarme también al punto de Kermoyan: ambas imágenes, sus dos apellidos se llamaban en mi memoria uno á otro, aunque nada, absolutamente nada me indicase que existiera entre ellos un vínculo particular. Kermoyan, por el contrario, era menos asiduo concurrente á su casa que yo mismo. Verdad es que, cuando se aislaban un instante en un ángulo de algunos salones, su conversación parecía tenerles absortos por completo; pero esas entrevistas eran raras y breves; á menudo, parecían huir uno de otro más bien que buscarse. No por eso era menos viva mi impresión. Sin embargo, debo decir que nunca fué precisa: jamás llegué hasta á sospechar que aquellos pensamientos misteriosos que leía yo en la frente de ambos fuesen uno para otro.

Por muy bien que quiera observarse á los demás, es poquísimos lo que se llega á ver claro. Jactábame de ser tratado como amigo por la señora Herdevin, y aquellos momentos pasaba por una crisis que era la comidilla de todo el mundo,



sin que yo ni lo sospechase. ¡La señora B... fué quien me lo dijo.

—¿Es usted entusiasta siempre de la señora Herdevin?— me preguntó cierta vez, con esa ironía benévola con que en ocasiones me hablaba.

—Cada vez más—respondí,—cuanto más la conozco.

Acentuó su ironía, exclamando:

—¡Ah! ¡La conoce usted más!.... Buena suerte tiene usted, ¿sabe?.... ¡Estos jóvenes!.... Yo, que la conozco desde hace diez años, cada vez voy conociéndola menos. ¿La visita usted mucho?....

—Con la frecuencia precisa para no ser indiscreto.

—¿Quiere decir eso que dos ó tres veces por semana?

—No tanto—respondí poniéndome encarnado.

—Pero poco menos—dijo la señora B... maliciosamente.

Luego pareció vacilar un instante, y mirándome con fijeza un poco burlona, me preguntó:

—¿Y nunca ha visto usted nada de particular en ella?

Esta pregunta imprevista me extrañó.

—¿De particular?....—repetí, pensando en ello.—No, nada; no creo.....

Y agregué:

—El señor Herdevin jamás está allí; ya me lo había advertido usted misma. De vez en cuando he visto á su hijita enferma, á la cual tiene mucho junto á sí; pero en cuanto llega alguien, en seguida hace que una niñera se la lleve.

Mi anciana amiga meneó la cabeza:

—¿Eso es todo lo que usted ha visto? Un marido que nunca está en casa y una criaturita enferma. ¡Nada más!..... Pues bien, este es el caso de decir: «tienen ojos y no ven.....»

Cuando se es joven, place mucho pasar por listo. Sin embargo, no me sentí mortificado de verme cogido así en falta; sino que me pareció oprimírseme de angustia el corazón, con el repentino miedo de oír un secreto que no favoreciese ante mis ojos á la señora Herdevin.

—Pero, ¿hay algo?—exclamé.—¿Qué es ello?



Había en este grito que se me escapó tal espanto y tamaña sinceridad, que la señora B... no pudo menos de reirse. Pero, bien pronto se extinguió su risa; su cara adquirió una expresión de lástima enternecida y dijo con tristeza:

—¡Oh! dramas, dramas de familia.....

—¿Los conoce usted?

—Como todo el mundo; no se habla más que de eso.

Esta vez me sentí un poco ajado en mi amor propio de observador. Pero, la curiosidad, el interés más bien, pudo más que cualquiera otro sentimiento.

—Nunca he oído decir nada.....—comencé.

La señora B... me interrumpió, exclamando:

—..... Y «oídos y no oyen.....»

No tuve otro remedio sino decir:

—Sí, reconozco que no soy muy agudo.

Entonces, ella no se hizo rogar más.

—¡Ah!—comenzó,—la pobre mujer es muy desgraciada.....  
¿Sabe usted que su marido es un hombre aborrecible?

—Lo sé.

—¡Pero, no sabe usted hasta qué punto!..... La atormenta, la descuida, la engaña (esto no hay qué decir). También la roba un poco (se me figura), porque tenía ella una bonita fortuna y la maneja él como si fuese suya. Todo lo soporta ella sin quejarse. ¿A que no adivina usted lo último que ha imaginado? ¡Tiene decidido empeño en divorciarse!

La señora B... recalcó esta palabra con todo el horror que las personas de su edad y de su clase profesan al divorcio, recién establecido á la sazón por la ley Naquet. No resistí la tentación de manifestar que en este punto era yo de opuesto parecer al suyo:

—Bueno,—exclamé;—creo que en su lugar no pediría yo nada mejor.

Mi anciana amiga me amenazó con el abanico:

—¡Calle usted!..... Los jóvenes del día no tienen ustedes principios; no hay nada sagrado.



Luego, con voz más grave, añadió:

—Por otra parte, para ella no se trata de opinión teórica..... Es madre, usted lo olvida; por infeliz que sea, todo lo aguantará por sus hijos..... Recapacite usted: ¡dos niñas!..... Harto sabe lo que pasa luego: siempre es la mujer quien acaba por cargar con las culpas; y á los hijos les toca por ello sufrir la pena en lo venidero, toda su vida.....

—Sin embargo, me parece que si sufre demasiado.....

La señora B... me miró y me dijo:

—Todo sufrimiento es poco en una madre, para no poder tomar sobre sí el mal que amenaza á sus hijos..... Y además, eso no es todo. Usted pretende conocer á la señora Herdevin; veo que no la conoce, ni poco ni mucho. Ignora usted hasta qué punto es «mujer», en el mejor sentido de la palabra. Pues bien, las mujeres (las buenas) tienen delicadezas que nunca se conformarán con vuestras leyes, ni aunque pretendais hacerlas para ellas. Lo que tenemos en mayor estimación, que la felicidad y que todo, es el guardar para nosotras solas nuestros sentimientos y nuestra vida..... No hay ni una de nosotras (me refiero á las que valen) que no esté dispuesta á sacrificar la paz de su existencia por evitar un escándalo..... Puede usted estar seguro: esto es lo que siente la señora Herdevin..... Ella misma me lo ha dicho..... Porque suele hacerme algunas confidencias..... Sí, el otro día, confirmándome los rumores que circulan acerca de su matrimonio, me dijo poco más ó menos esto: «Nunca cederé, haga lo que hiciere. Tengo cierto ideal de corrección, del cual no me separaré á ningún precio. No quiero que haya en mi vida nada que el mundo pueda discutir. Me moriría si viese mi nombre en los periódicos ó supiese que andaba de boca en boca.....» Así me habló, y ese es el lenguaje de una mujer..... ¿Qué piensa usted acerca de esto, señor psicólogo?

Por decir algo murmuré:

—Entonces, ¿esa es la religión del silencio?

—Usted lo ha dicho: la religión del silencio..... Es propia



de todas las personas de corazón..... Y ¡no se sabe los pesados sacrificios que á veces impone!

En aquel momento cruzó por mi mente el recuerdo del desafío de Kermoyan, aun cuando no hubiese ninguna correlación visible entre los esfuerzos que hizo para ocultar su encuentro con Lucand y el sacrificio que á la señora Herdevin le costaba el temor de un escándalo. Fué tan rápido aquello, que estuve á punto de dejar que se me escapase una frase indiscreta. La retuve á tiempo, y en su lugar pregunté:

—Pero, acabemos; ¿por qué tiene tan decidido empeño en divorciarse ese hombre horrible? ¿Acaso le estorba su mujer para su vida?

—De ningún modo. No existe para ella, la cual le deja toda la libertad que pueda apetecer. Es creíble que no ve ella nada de lo que él hace; ó más bien que ni siquiera le ve, que le ignora por completo.

—Entonces...

—¿No adivina usted?

—No, señora.

—Decididamente, tan bien conoce usted á los hombres como á las mujeres... Vamos, reflexione usted un poco... Un hombre de esa clase, ¿por qué puede desear el divorcio?

—¿Por motivos de interés?

—Pudiera ser, sin duda; pero no es eso... Herdevin quiere divorciarse para unirse á una perdida... Así, como suena... Y es que hay una justicia de Dios, ya ve usted... Los tunos como él acaban por tropezar con una pécara que aún vale menos que ellos, y que venga á las demás... Este es el caso precisamente: quiere echar á su mujer en provecho de la pícara que le explota desde hace dos ó tres años, y que, ahíta de su dinero, quiere conseguir su apellido... Así mismo... ¿Qué dice usted á esto?

En ese momento vino una visita y cambiamos de conversación. Yo no atendía á ella, sino que pensaba en lo que acababa de oír.



—¡Cómo!—decía en mis adentros.—Hay tantos dolores renovados diariamente, tanta resignación reiterada de continuo en una existencia junto á la cual paso, ¡y nada he visto de eso, ni una huella, ni una señal que me ponga en camino de comprenderlo!... ¡Ah, hermosa y fuerte religión es la del silencio! Pone á dura prueba á sus adeptos: los templa, tiene que ennoblecérles.

Y, añadía:

—Pero, nunca se conocen todos los secretos que envuelve en sus misterios. ¡Quién sabe si esa pobre mujer no tendrá aún otros dolores desconocidos... ó acaso alegrías, goces tan misteriosos como su sufrimiento, ó aún más ocultos, que la consuelen!



## VII

Aquel día fui á casa de Kermoyan, para darle gracias por un servicio que me había prestado, recomendándome á un editor. Según costumbre, el bueno de Adolfo salió á abrirme. Pero, en vez de estar alegre como de ordinario, tenía un aire desconsoladísimo.

—¡Ah, señor, qué desgracia—dijo, moviendo su cabeza venerable—qué desgracia!

—Pues, ¿qué ocurre?—le pregunté asustado.

—¿Qué ocurre, señorito?... Ocurre que mi amo va á marcharse... ¡Y á qué países!... ¡Nosotros, que estábamos tan tranquilos!...

Y, añadió, bajando la voz:

—¡Vamos, más vale ser criado de un buen señor, que estar al servicio del Gobierno!...

No me detuve á contestarle. Kermoyan, con gorro turco y batín (aunque eran cerca de las tres de la tarde), estaba arreglando su gabinete.

—¿Es cierto que se marcha usted?—le pregunté, apretándole la mano.

—Sí... orden del Ministerio... á bordo del *Tritón*...

—Y... ¿eso le contraría á usted?



—Un poco... Tenía asuntos pendientes, las pruebas de un tomo... Con franqueza, hubiera preferido pasar aquí el invierno...—Y, añadió:—Además, es para ir al Senegal... No me gusta mucho el Africa...

—¿Hubiera usted preferido ir á otra parte?

—Sí, sin duda; en cualquiera otra parte...

Luego, encogiéndose de hombros y contradiciendo, sin advertirlo, lo que acababa de decir:

—Pero, en fin, ya era tiempo de viajar un poco... Se enmohece uno de estar siempre en el mismo sitio...

Estaba más distraído, más reservado que nunca. Viendo que le era desagradable hablar de su partida, me puse á conversar con él acerca del asunto que allí me conducía. Apenas escuchó las gracias que yo le daba, y sólo me dijo, con la más completa indiferencia:

—¿Le ha salido á usted bien? ¡Vamos, bueno; tanto mejor, tanto mejor!

Comprendí que prefería estar solo, y me despedí.

—Espero tener el gusto de volver á verle á usted—me dijo acompañándome á la puerta.

Parecióme que, por el contrario (¡tanto era el desaliento de su voz!), me decía:

—Igual me da que venga usted como que no venga, porque ahora ¡ya todo me importa lo mismo!

La noticia de su próxima marcha se difundió con rapidez entre sus relaciones habituales, y produjo mucho sentimiento. Pero ese Ministerio, ¿por qué no le dejaba tranquilo y se dirigía á él injustamente, teniendo amigos y talento; cuando podía disponer de tantos oficiales desconocidos y cualesquiera, que sólo están deseando correr mundo?

—Así las gasta siempre el Gobierno — dijo la señora B..., de acuerdo con Adolfo en este punto.—¡Nunca se debe depender del Gobierno!...

Pasó el tiempo muy de prisa. Más buscado que nunca, apenas tuvo descanso Kermoyan para hacer sus preparativos. No



se quejaba de su marcha, sino que, por el contrario, repetía:

—Es mi oficio y me gusta. Australia, Africa, América, ¿qué importa? Se está bien en todas partes donde hay movimiento.

Sólo á veces caía en silencios pensativos, de los cuales se esforzaba por salir en cuanto advertía que reparaban los demás en ello; entonces hablaba demasiado, como hablan las personas que quieren ocultar no sólo su verdadero pensamiento, sino hasta el hecho de tenerlo siquiera. Pero allí estaba siempre el suyo, indescifrable.

La víspera del día señalado para emprender el viaje, la señora B... convidó á comer, en honor suyo, á algunas personas de su trato habitual. Entre ellas estaba yo, sentado junto á la señora Herdevin. Estuvo más callada, más distraída, más absorta que nunca. En vano traté de interesarla; apenas me respondía, y aun así, haciendo un esfuerzo. De vez en cuando aparentaba seguir la conversación general; pero bien veía yo que, en realidad, no estaba escuchando, y que fingía hacerlo para que su pensamiento estuviese más libre. Casi frente de ella, Kermoyan hablaba á retazos, sin animación. En un momento dado, en medio de uno de esos silencios que se producen en las reuniones donde la conversación languidece, le oí responder poco más ó menos en estos términos, á alguna observación de su vecina de mesa:

—De nada sirve disimularlo, señora; siempre es un momento grave el de emprender un viaje; por corto que sea, nunca me he puesto en camino sin cierta emoción. Es como si se quebrase el hilo de nuestro destino; sabemos que se reanudará (ó, á lo menos, que eso es lo probable), pero ignoramos cómo. Preciso sería ser muy superficial para partir sin inquietarse por lo desconocido, y harto insensible para marchar sin pesadumbre por lo que se deja.

Miré á la señora Herdevin: había entornado los párpados. Volviéndose hacia mí, mientras la conversación proseguía en torno de la mesa, me dijo:



—El señor Kermoysan debiera estar habituado á esas emociones. ¡Las ha sentido tantas veces!

Me pareció que su voz estaba ligeramente alterada. Iba á responderle algún lugar común, cuando oí estallar al otro lado de la mesa la estrepitosa risa de Herdevin, que por excepción acompañaba á su mujer. Mi vecina se volvió con una expresión tan dolorosa, tan trágica, que se extinguió en mis labios la frase que iba á decir.

En el fumadero, adonde la señora B... enviaba á los convidados que no podían prescindir del cigarro, Herdevin se acercó á Kermoysan y le preguntó qué pensaba de las negras:

—Porque allí no hay otra cosa, ¿eh?

Kermoysan respondió fríamente:

—Tienen grasienta la piel; yo no las toco.

—Pues, en cuanto á mí...—dijo Herdevin.

Y se puso á explicar con gestos y risas sus opiniones acerca de las mujeres y su teoría del amor. Kermoysan le escuchaba con mal disimulada impaciencia, hasta visiblemente nervioso, más de lo debido; acabó por interrumpirle diciéndole con la mayor altivez y con un tono cuya frialdad rayaba en impertinente:

—Hay tantas maneras de juzgar á las mujeres como calidades de hombres existen.

Y volvieron á hablar del Senegal.

Cuando volví al salón, noté que la señora Herdevin, muy pálida, apenas podía tenerse; y que la señora B... se acercó en seguida á ella, preguntándole con cariño:

—¿Se siente usted mala, querida mía?

—Tengo un poco de jaqueca... Poca cosa, nada.

Sus facciones, alargándose cada vez más con una expresión de dolor como agónico, desmentían esa seguridad,

Uno de los encantos del gran salón de la señora B... consistía en tener muchos rincones hechos con arte infinito, por medio de biombos, butacas y veladores, de modo que fuese imposible la conversación general, cosa que la señora B... de-



testaba. Pretendía que las personas de talento lo manifiestan siempre menos cuando hablan en público que frente á frente; y, además, que es casi imposible reunir más de cuatro personas, sin que entre ellas haya por lo menos un imbécil. Por tanto, creía ser grata á sus huéspedes, proporcionándoles conversaciones aparte. Formábanse grupos. Yo no tuve buena suerte: me tocó ser víctima de Herdevin, el cual, empujándome á un ángulo de un sofá pequeño, de dos asientos, se acomodó á sus anchas, con molestia para mí, cruzó las piernas y se puso á hablarme de sus caballos, de sus negocios, de sus círculos y de sus queridas. Por fortuna, era de esos que se contentan con hablar, sin exigir que les respondan. De vez en cuando emitía yo un sonido gutural de aprobación, meneaba la cabeza con ademán atento, decía que «sí», y esto le bastaba. Acabó por no molestarme más que un monólogo ó un aria de ópera; y sólo pensé en cosas vagas, observando á los demás grupos, no sin envidia. No ví á Kermoyan. «¿Se habrá marchado?» me pregunté, buscándole con los ojos. Acabé por descubrirle. Estaba en uno de los ángulos del salón, junto á la señora Herdevin, en un sofá parecido á aquel donde estaba yo á la fuerza. Un pequeño biombo inglés, de madera barnizada de color verde pálido, medio los escondía juntamente con las anchas hojas de las plantas de una jardinera. Estaban muy aislados en aquel rincón, y muy tranquilos: gracias á las costumbres de la casa, podían permanecer allí sin llamar demasiado la atención. Hablaban despacio, sin mirarse; á menudo, la cara de la señora Herdevin, medio desaparecía detrás de un abanico. Estaban en la sombra. Pero, habiéndose cambiado de sitio una lámpara, cayó de pronto un rayo de luz en el rostro de Kermoyan. Con un ademán instintivo, pasóse la mano por la cara y volvió la cabeza. Aquello no duró ni dos segundos; pero le miré en ese momento, ¿y cómo nó había de chocarme su expresión? Había desaparecido su impasibilidad: aparecióse de repente otro hombre, un desconocido, para ocultar en seguida entre la sombra no sé qué mascarilla de angustia, de



pasión, de dolor, no sé qué faz agónica y desesperada. Tanto me pasmó, que me pregunté si habría yo visto bien, ó si algún deslumbramiento no habría deformado sus facciones ante mis ojos. Y me quedé luego pensando.

—Lo había adivinado: son íntimos. Quizá es ella su confidente. Tal vez le da el último encargo, se olvida de su papel en sociedad por un instante, y se manifiesta tal como es...

A cosa de las once, Herdevin sacó el reloj, y dijo:

—¡Ah, ah!

Comprendí que, teniendo tal vez alguna cita, se decidía á terminar el monólogo, que era nuestra conversación. Levantóse; me apresuré á imitarle.

—¿Dónde está mi mujer?—preguntó—buscándola con la vista, hasta encontrarla.

Entonces, exclamó:

—¡Ah! Allí está, con el héroe de la fiesta... ¡Vamos á molestarles!

Y cogiéndome del brazo, se acercó á ella. Los dos interlocutores nos vieron avanzar. Habían recobrado la tranquilidad, ó tuvieron tiempo para reponerse, pues no advertí en su actitud nada que no fuese naturalísimo.

—Se hace tarde, ¿sabes?—dijo Herdevin á su mujer.—Yo quisiera irme á casa.

Levantóse ella, como movida por un resorte, y dijo:

—Vámonos.

Y volviéndose hacia su acompañante, dijo:

—Señor Kermoyan, deseo á usted feliz viaje... y le digo, ¡hasta la vista!

Kermoyan, que se había levantado al mismo tiempo que ella, inclinóse, y respondió:

—Gracias, señora, gracias... Hasta la vista...

Y se dieron la mano.

Nada hubo en todo aquello que pudiera prestarse á comentarios: el tono, las palabras, los ademanes no diferían en nada de los que en tales casos se acostumbran entre personas que se



conocen lo suficiente para deber manifestarse un poco de interés, aunque sólo sea por pura cortesía. Lo que me hizo reflexionar, fué precisamente la apariencia vulgar de aquella despedida; contrastaba muchísimo con la emoción cuyas huellas sorprendí poco antes. En cierto modo, me ví obligado á decir para mis adentros:

—Si son amigos, disimulan bien su amistad.

Y por vez primera tuve una sospecha precisa.

La deseché. La señora Herdevin vivía á la vista de todo el mundo: no podía haber ningún misterio en su existencia. Por otra parte, ¿cómo admitir la posibilidad de unas relaciones entre dos personas á quienes veía yo constantemente, como ella y él, sin haberlo notado, ni tampoco ninguno de sus amigos comunes? Esas cosas se adivinan siempre.

Entre tanto, Kermoyan iba de grupo en grupo, cruzando con cada uno algunas frases con plena tranquilidad y como cumplido hombre de mundo. Hubiérase dicho que ya no pensaba en su marcha ó que se complacía en prolongar todo lo posible su despedida. Salió de los últimos. Le acompañé y me despedí de él en la calle, junto al coche, que llamó.

—¿Tendremos noticias de usted?—le pregunté.

Me respondió sin vacilar:

—De seguro; escribiré á mis amigos.

—¿Me cuenta usted en el número de ellos?—volví á preguntar.

—No lo dude usted, se lo suplico.

Su voz tenía un acento casi afectuoso; y añadió:

—No le extrañe á usted si recibe alguna extensa carta mía.

Nos apretamos la mano; desapareció su coche entre las tinieblas, mientras tomaba yo á pie el camino de la calle de Lafayette.

Necesitaba andar y respirar el aire frío, pues me sentía conmovido positivamente. Hay personas que lloran en todos los entierros, aun en aquellos á los cuales asisten sólo por ca-



sualidad. Pues bien, por aquel entonces las despedidas me solían producir el mismo efecto. No conozco nada más triste. Hay no sé qué de amargo, de cruel, de desesperador en la idea de esa distancia que va á ensancharse cada día más entre uno y aquel que se va, devorado por el espacio. La separación no tiene, como la muerte, la excusa de la fatalidad. Se alegará que, en cambio, deja subsistir la esperanza de volver á verse. ¡Pobre esperanza, tan débil en la hora del desgarramiento, que abre las puertas á tantas mortales angustias!..... Tenía yo harta amistad con Kermoyan, para no sentir aquella noche esa emoción con una intensidad vivísima. Luego que se calmó, pensé en la desconocida que le amaba; pues no me cabía ya duda ninguna acerca de la existencia ó de la violencia de ese sentimiento que me complacía yo en atribuirle. ¡Qué escena la despedida entre esos dos seres! ¿Hubiera podido conservar alguna sangre fría, él que la perdía nada más que hablando de *ella*? Adioses, lágrimas, desesperación, sublevaciones furiosas y vanas contra el destino, todo el fondo desolado del amor. ¡Ah, cuán lejos estaba yo de sospechar, como de ello tuve más tarde la certeza, que aquella escena que acababa de representarse ante mis ojos, que el vulgar «hasta la vista» cambiado delante de mí era lo único que podían permitir á su corazón!



## VIII

Por lo común, pronto se olvida á un ausente. Hartas menudencias distraen cada día, para que la atención vaya corriendo al otro lado de la tierra en pos del viajero; tanto más, cuanto que siempre hay personas presurosas en ocupar los lugares vacíos por las ausencias. Sin embargo, Kermoyan no se vió en ese caso. Aunque estuviera muy lejos, continuaban ocupándose de él: sus enemigos no habían depuesto las armas, y Malmain no desperdiciaba ocasión de ejercitar á sus expensas su lengua venenosa; sus amigos no sólo conservaban todo el afecto que le tenían, sino que se ocupaban mucho de él en sus conversaciones, hasta el punto de parecer á veces que estaba presente. Por otra parte, de vez en cuando aparecía en las Revistas su firma, como para sostener el recuerdo: podían leerse bajo su muy conocido pseudónimo, impresiones de viaje muy agudas, en que la descripción de los lugares ocupaba menor sitio que la de ciertos estados de ánimo tiernos y extraños.

Conservo algunos de estos fragmentos, que no han sido coleccionados en tomo, y de los cuales doy aquí una muestra:

«... Huye el mar, siempre cambiante y siempre el mismo. Los escalofríos de sus azules infinitos corren hasta el extremo



de un inaccesible horizonte, por donde á la tarde se arrastran los quiméricos incendios de la puesta del sol. Cae la noche apacible, á veces sin estrellas. Estoy en mi banco de cuarto, fijos los ojos en el misterio, que me rodea, abierto el pecho á los frescos soplos que pasan por el aire, azotado el oído por el traqueteo monótono del barco. Primero ando, repitiendo cien veces los mismos paseos; después me paro, y permanezco inmóvil; poco á poco mi inmovilidad se hace rígida, como si una fuerza extraña suspendiese el juego de los nervios y de los músculos, cual si estuviese hipnotizado por no sé qué lejana mirada vencedora, de un ojo invisible que se fija en mí. Entonces desaparece toda sensación: es como un anonadamiento del cual tuviese obscura conciencia, un anonadamiento que absorbe mis sentidos, al paso que la parte más secreta de mí mismo sigue viviendo con una vida intensa y multiplicada, en el alejamiento del espacio y del tiempo, evocando minutos lejanos que nunca volverán, llamando á otros, aún desconocidos, con una intensidad de deseo que por un segundo los reviste de una realidad fastástica, que al punto se disipa. Parece que me repliego, que me encojo, que me contraigo; mis pies no sienten ya el piso que me sostiene, mis manos ya no sienten la baranda en que se apoyan, mis ojos ya no distinguen la noche. Todo mi yo se concentra en un solo punto, en un solo foco interior que me consume al arder. ¿Es sufrimiento ó goce? No lo sé, no lo sé; pero luego quisiera revivir eternamente esas horas, á las cuales deben de asemejarse los éxtasis de los místicos ó los ensueños de los tomadores de opio..... ¡Ah! Navegue el buque, vengan las riberas desconocidas, las frondosas plantas de los trópicos, las grandes mariposas rojas innominadas, los paisajes nuevos que me esperan; llevo dentro de mí flores más bellas, horizontes más vastos, todo un mundo de pensamientos que desafían á la palabra, que no expresaré, pero á través de los cuales puedo vagar y perderme más de seguro que en bosques vírgenes, con embriagueces más hermosas que las de los más maravillosos perfumes.....»



Y más adelante:

«He tenido amor á los espectáculos de la tierra. En otro tiempo, mis ojos se hartaban con los juegos de la luz, el esplendor de las flores, la majestuosidad de las líneas, la grandeza ó el encanto de los paisajes. Placíame también el rumor del silencio en las soledades; dilatábase á veces mi corazón con un júbilo infinito, sin tener más causas para alegrarse que la dulcísima presión de las cosas, misteriosamente simpática. Ya no conozco esas alegrías, ¡ay! Ya no soy esclavo, feliz esclavo de esas fugaces impresiones que los sentidos dejan en nosotros y que un soplo de viento desvanece. Tengo respecto del mundo exterior una ruda independencia, de la cual no puedo eximirme. Pertenezco á mis pensamientos. De mí mismo surgen las imágenes cuya contemplación constituye mis éxtasis. Ya no son las formas variadas, caprichosas y bellas de la creación: son recuerdos, esperanzas frágiles, siempre dispuestos á desvanecerse; los retengo, los saboreo, los acaricio. Esos fugaces sentimientos toman en mi mente no sé qué carácter de eternidad, de una eternidad más duradera que la de las cosas que nos sobreviven, que la de los mares que no se agotan, de los ríos cuyas aguas siempre se renuevan, de los continentes que desafían á los sacudimientos del globo. Así voy á través de los países desconocidos, sin ver nada más sino lo que hay dentro de mi espejo interior.....»

O también:

«¡Dios!..... ¡Quiero creer en Él!.... Necesito que exista..... Le veo, le siento, no en el esplendor de las decoraciones terrestres, donde le buscan algunos espíritus groseros, sino dentro de mí mismo, más allá de los pensamientos cuyos juegos monótonos vuelven á comenzar cada mañana, en la linde de mis ensueños, de los cuales no quiero el fin que solo Él puede fijar fuera del siglo. Por un camino muy lento, tortuoso, sembrado de obstáculos, avanzo hacia Él. Allí me acerca la insignificancia del mundo. Quizá estoy más próximo que á las arenas donde se hunden mis pies, que á las aguas donde me su-



merjo en busca de frescura. Le llamo con toda mi sed de eternidad. Quisiera sentirme en su mano: ¡estaría en ella libre de tantos lazos que me pesan!..... E inexpressables cánticos comienzan á cantar dentro de mi corazón.»

Tales exaltaciones no recordaban, ni por el fondo ni por la forma, los escritos precedentes de Kermoyan. Por eso extrañaban á sus lectores y promovían discusiones bastante vivas acerca del estado de su espíritu, que cada cual definía á su manera. Recuerdo que, después de la lectura de uno de esos fragmentos, alguien exclamó:

—¡Eso lleva en derechura al hospital de San Sulpicio!

Malmain, que estaba allí, dijo con sorna:

—¡O al manicomio de Charenton!

De hecho, había conformidad en reconocer que Kermoyan ya no era el mismo, y que esas notas, publicadas sin calcular su efecto, revelaban una especie de extravío. Así juzgan á menudo las personas de buena sociedad: tratan de loco á quien sale de la habitual moderación de ellas, que en el fondo sólo es indiferencia.



## IX

Mientras estuvo ausente Kermoyan, sufrió Herdevin cuantiosas pérdidas de dinero. Por un momento, hablóse de su probable quiebra. Pero, con ser un hombre de vida alegre, era también un luchador de energía y de temple; á los pocos días de combate salió de apuros. Por lo demás, no hizo cambio ninguno en su género de vida. Todo lo que se supo es que había vendido una importante propiedad que su esposa tenía en el departamento del Allier, la cual estimaba ella muchísimo: eran sus haciendas de familia, la casa donde nació, el jardín donde había jugado de niña. Todos los veranos iba á pasar allí una temporada de varias semanas, de la que hablaba de antemano como de un placer muy grande. Estoy seguro de que eso fué para ella una pena muy honda; pero nadie lo hubiera sospechado al verla siempre tranquila. Era menester conocerla un poco para presentir la resignación que había bajo su serenidad, y para oír las quejas de su corazón herido tras las palabras indiferentes que decía con su voz de cristal. Algunas veces me llamaba la atención la señora B... acerca de eso:

—Mírela usted. ¿Quién sospecharía lo que es su vida?

¿Sería acaso, pensaba yo á menudo, porque entre sus su-



frimientos de esposa y sus sufrimientos de madre llevaba en el corazón otra herida, un mal ignorado?... Sin embargo, ciertos detalles de su vida íntima contradecían tal sospecha, y me preguntaba á mí mismo donde habría lugar para una novela en una existencia tan ocupada. En efecto; una novela exige mucho trajín, salidas difíciles de justificar, embustes que acaban siempre por percibirse, la complicidad de una doncella ó de otras personas. ¿Dónde habría colocado ella todo esto?

En el comienzo de la temporada de reuniones, la señora Herdevin había anunciado á sus amigos que saldría poco, pues el estado de su hija Marta iba agravándose é inspirándole inquietudes inmediatas. Pero su marido, temeroso de que esa retirada del mundo se atribuyese á apuros de dinero que quería disimular, exigió que saliese más que nunca. Por eso pudo vérsela en todas partes, paseando á través de los salones su constante angustia, espiando el momento de regresar junto á la camita adonde su corazón la llamaba.

Acontecióme algunas veces presentarme en su casa un poco antes de la hora destinada á las visitas. En varias ocasiones encontré en su gabinete, rodeada de almohadillas, encima de un sofá, á su pobrecita Marta, seca y encanijada, con el rostro pálido y doliente, iluminado por unos ojos harto brillantes, y descansando sobre sus juguetes los deditos largos y flacos. Nunca olvidaré su mirada acusadora y angustiosa cuando la sacaban de allí «á causa de las visitas». Sin embargo, no presentaba resistencia, y la señora Herdevin decía:

—¡Si supiera usted cómo la quiero! Desearía ser la única que la cuidase, no abandonarla jamás un minuto..... Porque es una criatura deliciosa.

Una vez añadió:

—Sé que no vivirá.

Y sus ojos se arrasaban de lágrimas.



## X

A la inversa de muchos viajeros, Kermoyan escribía numerosas cartas á sus amigos ó amigas. Esas cartas eran de muy diverso tono que las notas de viaje que entregaba al público: contenían detalles muy precisos y circunstanciados acerca de sus ocupaciones, su género de vida y sus mudanzas de lugar, que permitían casi seguirle paso á paso. Como es de suponer, esas preciosas cartas circulaban mucho; leíanse fragmentos de ellas en los *five o'clock* ó en las veladas íntimas, se comentaban, se discutían. Advertí que la señora B... recibió varias con intervalos muy próximos, mientras que la señora Herdevin no recibió ninguna. Yo mismo recibí una, como Kermoyan me lo había hecho esperar, y en circunstancias que la dieron particularísimo valor.

Uno de esos periódicos más ávidos de noticias que aficionados á la verdad, publicó un día un telegrama anunciando que el *Tritón* se había perdido, casco y tripulantes, en las costas del Senegal. Daba la fecha del siniestro, así como ciertos detalles destinados, sin duda, á aumentar lo verosímil de su información. Sin embargo, como en el Ministerio de Marina no se había recibido ningún informe respecto á ese desastre, podía conservarse alguna esperanza. Naturalmente, los amigos de Kermoyan sintieron vivas inquietudes; durante dos ó



tres días hizo el gasto de todas las conversaciones la posible pérdida del *Tritón*; discutíase su grado de probabilidad con esa mezcla de interés y de indiferencia, de enternecimiento fácil y de pronto olvido, que constituye el fondo de la compasión en sociedad. Las opiniones variaban según los caracteres. La señora B..., optimista como de costumbre, negábase á creer la noticia, con tan buena fe, que me tranquilizó.

—Es imposible—repetía;—se hubiese sabido en el Ministerio.

Otros meneaban la cabeza, respondiendo:

—En el Ministerio nunca se sabe nada.

Quedaban en suspenso los pareceres, aguardando.

Precisamente, en aquel momento recibí una larga carta de Kermoyan. Al abrirla, ví que la fecha era varios días posterior á la del pretense naufragio: bastaba, pues, para desvanecer las dudas acerca de ese asunto.

Contentísimo de haberme tranquilizado yo mismo, y algún tanto orgulloso de poder tranquilizar á sus amigos, fuíme á casa de la señora B..., á quien Kermoyan me nombraba entre varias personas (una de ellas también la señora Herdevin), á las cuales enviaba un saludo. Tuve la suerte de encontrar juntas y solas á las dos señoras, en el abandono de una entrevista íntima, favorable para las confidencias. La señora Herdevin me pareció que sufría: advertí en sus tiernos y dulces ojos no sé qué fulgor de angustia, desesperación contenida, rígida fijeza; lo cual me chocó tanto más, cuanto que llevaba algún tiempo sin verla. No vacilé en atribuir ese cambio á sus preocupaciones personales; hasta pensé que estaba en vías de revelárselas á mi anciana amiga, de suerte que yo no iba á producir efecto. Me engañé:

—Hablabamos de ese pobre Kermoyan—me dijo la señora B..., invitándome con un gesto á que me sentara frente á ellas.—Decíamos.....

Tranquilizado respecto á lo oportuno de mi noticia, la interrumpí:



—Pues bien, señora, puede estar usted tranquila acerca de él. Acabo de recibir carta suya, aquí la traigo. Como ustedes pueden ver, es posterior en más de una semana al día del pretendido accidente. Por tanto, la noticia era falsa.

Y entregué á las dos mujeres la carta.

Hubo entre sus respectivas actitudes tal diferencia, que me hubiera sido imposible no notarla. La señora B..., naturalmente expansiva, manifestó al punto su gozo:

—¡Ah, buen amigo—exclamó dando un vistazo al pliego, que alargaba á su compañera—qué contenta estoy!..... Nunca sabrá él los malos días que nos ha hecho pasar.....

La señora Herdevin habíase inclinado sobre el papel, que puso encima del manguito sin decir nada. Yo estaba de pie delante de ella: sólo ví el movimiento casi imperceptible de sus párpados bajados, pero me pareció oír que suspiraba varias veces, presa de una emoción que se esforzaba en contener.

—¿Puede leerse?—me preguntó la señora B...

Y al ver mi ademán afirmativo, dijo á la señora Herdevin:

—¿Está usted leyéndola?

La señora Herdevin no alzó los ojos, ni respondió en seguida; pero al cabo de unos segundos tartamudeó:

—Trato de leer..... puesto que se permite..... Me cuesta mucho trabajo..... Esta escritura es horrorosa.....

—Es verdad, son patas de mosca—dijo la señora B...

Después, volviéndose hacia mí, añadió.

—Si tuviese usted la bondad de leérmola, usted que está acostumbrado á toda clase de garrapatos.....

—Con mucho gusto.

La mano de la señora Herdevin temblaba ligeramente al devolverme la carta, que me puse á leer en alta voz, vacilando á veces ante la indistinta letra menuda, que yo conocía mal. Era un relato muy detallado de una semana pasada en San Luis del Senegal, que parecía continuación de narraciones y proseguía con la vida del narrador como en un punto de etapa. A cada instante notas, observaciones y reflexiones inte-





rrumpían ó retardaban la narración; de modo que la carta llenaba ocho ó diez carillas, verdadera carta de ocioso, escrita despacio, en horas de aburrimiento que se trata de abreviar. La señora B..., con su habitual viveza de ingenio, me interrumpía de vez en cuando diciendo, por ejemplo:

—¿Sabe usted que es más largo que en sus libros? No perdona ni un detalle menudo.

O bien:

—¡Qué talento! Se ve todo lo que describe; se está en el Senegal positivamente..... Feo país, en resumen; prefiero París.

La señora Herdevin guardaba silencio; pero, acabada mi lectura, cuando la miré creí que otra mujer estaba delante de mí. Los cuidados, las angustias, los dolores que ha poco surcaban su rostro, habían desaparecido como por encanto: irradiaba un gozo interior más difícil de ocultar que el sufrimiento; había en sus bellos ojos tiernos como un velo húmedo y ligero.

—Me causó algo de extrañeza esta bondadosa carta—dije al terminar.—Nunca hubiera creído que el señor Kermoyan me honrase con tanta amistad.

—Nunca hay que asombrarse de nada con él—dijo la señora B...—Por lo demás, no se engría usted de sobra: le gusta mucho escribir.

Y dirigiéndose á la señora Herdevin, le preguntó:

—¿No ha recibido usted ningún autógrafo suyo?

La señora Herdevin se turbó al oír esa inesperada pregunta, y dijo, palideciendo:

—Pero..... si no espero ninguno..... No somos suficiente íntimos amigos para que me escriba.....

—¡Oh! Creo que la quiere á usted mucho—aseguró la señora B...—Por tanto, estése tranquila: ¡ya le llegará su vez!

Entonces pregunté yo:

—Durante sus anteriores viajes, ¿era tan fiel corresponsal? Porque ahora escribe á menudo.

—Por el contrario—respondió la señora B...—nos dejaba sin noticias. Apenas si de vez en cuando recibíamos una es-



quelita: «Estoy en tal parte, tengo buena salud, me aburro.» Y eso era todo. ¿Qué quiere usted? Era demasiado joven: la afición al papel de cartas no les entra sino á los que envejecen. Apuesto á que usted no tendrá tiempo para contestarle.

—Sí, señora, que lo tendré; he de escribirle largo y tendido.

—No deje usted de manifestarle que hemos pasado mucho miedo por él.

En ese momento nublóse otra vez la frente de la señora Herdevin, quien preguntó con timidez:

—Pero ¿podemos estar tranquilas por completo?

Como la mirásemos con extrañeza, se explicó, rebuscando las palabras:

—Sin duda..... esta carta demuestra que en la fecha indicada por el parte telegráfico no había ocurrido aún accidente ninguno..... Pero quizá haya ocurrido éste más tarde..... Tal vez no hubiese error más que en la fecha.....

Traté de tranquilizarla, y la señora B... vino en mi auxilio.

—¡Vaya una idea descabellada!—exclamó mi anciana amiga.—No cabe duda posible. Es evidente que la noticia era falsa. Kermoyan está bueno y sano, no se olvida de ninguno de sus amigos, y cuando menos pensemos volverá, un poco tostado del sol y las brisas marítimas, pero siempre el mismo..... ¡Todo esto es más claro que el agua!

La señora Herdevin no insistió; pero ví que tenía otra vez inquietud, esa inquietud no razonable que en todo halla puntos donde fijarse, aunque sea contra la evidencia; inquietud propia de quienes aman, y á los cuales sólo la presencia y la voz del ser amado tranquilizan.

Estos incidentes despertaron de nuevo mi atención acerca del misterio probable en la vida de Kermoyan.

—Evidentemente—pensé—escribe tantas cartas y tan largas, para que llegue alguna noticia suya á determinada persona, á la cual, por ciertas razones, no puede escribir directamente.



La actitud de la señora Herdevin, el hecho de ser la única entre sus íntimos que no recibía cartas de él, la naturaleza de su emoción, sus esfuerzos por disimularla, su inquietud aún más viva y más honda que la nuestra, todos estos signos juntos fijaron mis sospechas. Le amaba, no me cabía duda. ¿Era amada? ¿Era en ella en quien Kermoyan pensaba de continuo? Eso es lo que aún ignoraba yo.

Sin embargo, creí conducirme bien hablando extensamente de ella en mi respuesta á Kermoyan. Referí lo poco que sabía de sus recientes apuros, di algunos detalles familiares acerca de su hogar y de la niña Marta, remaché lo de la inquietud que manifestó con motivo de la falsa noticia del naufragio del *Tritón* y el vivísimo interés que la produjo la carta tranquilizadora; hasta me atreví á inducir á mi amigo á que la escribiese, procurando hacerle ver con toda la delicadeza posible que su reserva para con ella, cuando tanto prodigaba su correspondencia, concluiría por extrañar á algunas personas. Era casi un consejo que le daba, en frases muy disimuladas. Nunca supe si lo había entresacado él de mis precauciones oratorias. Sea como fuere, es el caso que la señora Herdevin no nos habló nunca de ninguna carta de él.



## XI

La ausencia de Kermoyan se prolongó aun más de lo que él mismo había supuesto. Entre tanto no cesó de cartearse activamente con sus amigos; de suerte que, digámoslo así, no nos abandonó. Le sentíamos de continuo entre nosotros. A fuerza de seguirle con el pensamiento, acabamos por familiarizarnos con los exóticos paisajes que le servían de fondo en nuestro recuerdo: veíamos las raíces de los árboles sumergiéndose en el río de pesadas aguas; los caimanes dormitando en el légamo; la fauna, la flora, los cielos incandescentes de aquel África ecuatorial que le agobiaba con todo su calor, con toda su inmensidad. Más adelante, sufríamos, con su tedio, una nostalgia que adivinábamos ser más cruel de lo que él confesaba; con su deseo de tener frío, ver nieve, hallar de nuevo los árboles, las flores, las umbrías de nuestras queridas latitudes. Recibí varias cartas suyas y recuerdo haberle escrito que me hacían aborrecer los viajes lejanos. Nunca sentí mejor que debemos permanecer en el rincón de la tierra donde se ha nacido. Sí, estamos rodeados por un conjunto de cosas que forman un poco de nosotros mismos, fuera de las cuales sufre con su privación una parte de nuestra alma. La cálida luz, los árboles inmensos, los animales enormes, en una palabra, todos los incentivos que tienen los trópicos para nuestra curiosidad, no valen lo que los cielos brumosos donde se pintan nuestras fantasías, las dulces umbrías de nuestras hayas ó de nuestros



olmos, las aromáticas rosas de nuestros jardinillos, los gatos domésticos que roncan encima de nuestras rodillas. La señora B... decía, con una sonrisa bondadosa:

—¡No viajemos jamás!.....

Y ví que tenía razón.

¿Fué efecto de aquella especie de continua presencia sostenida por sus cartas? Lo cierto es que el regreso de Kermoyan pasó casi inadvertido: tan discreto fué. Al hallarle otra vez un día en todos los sitios donde se le encontraba antes de su marcha, resultó como si nunca hubiera salido de París. Sin embargo, en un año de ausencia y de fatigas envejeció un poco: su rostro, tostado por el sol del Senegal, habíase enflaquecido y adelgazado aun más; la barba y los cabellos, más canosos, aumentaban el contraste con sus facciones siempre jóvenes; además, tenía movimientos pausados, cierta languidez de gestos y de andares que antes no era en él conocida.

—Kermoyan ha envejecido mucho, — era la voz general.

Eso no era exacto en absoluto, pero manifestaba con una frase sencilla la compleja impresión que producía en todos sus amigos al volver á verle.

Ni que decir tiene si le harían narrar sus viajes; lo cual hizo con gran complacencia, sin desagrado ninguno, sin cansancio aparente, pero sin mucho entusiasmo. Cuando se le provocaba á ello, hablaba en voz casi baja, sin acentuar, pero con tanto arte, que cada una de sus palabras adquiría relieve y parecían surgir mil detalles de colorido. Se le escuchaba con tal interés que un día la señora B..., encantada por una anécdota muy pintoresca y olvidando de pronto sus gustos sedentarios, le dijo:

—¡Dios mío, qué feliz es usted con llevar tal vida, tan bella, tan variada!.....

Y respondió él fríamente:

—En efecto, muy feliz.....

Noté ó creí notar que en ese mismo momento los ojos de la señora Herdevin le seguían con una mirada escrutadora.



Desde su regreso, Kermoyan me daba pruebas de una cordialidad más grande:

—Sus cartas me han causado mucho placer, — me había dicho, apretándome la mano.—No puede usted imaginarse cuánto gusta tener noticias de los amigos, cuando se está separado de ellos por la mitad de la tierra.

Amistosamente se informó de todo lo que yo había hecho durante su ausencia, interrogándome acerca de mis trabajos, proyectos y gustos nuevos, respecto al estado de mis opiniones literarias, casi como un hermano mayor. Y me rogó que fuese á verle á menudo.

No dejé de hacerlo así. Varias veces almorzamos juntos, ya en la fonda, ya en su casa, donde el bueno de Adolfo, satisfecho de reanudar su servicio, dirigía una excelente cocina. Por supuesto, era trabajo perdido.

—El señor no es gastrónomo—me decía el viejo criado en sus accesos de confianzas.—Hoy voy á servirle lechuga romana; ya verá usted como la toma por lechuga ordinaria. Cuando le doy perdigón, nunca deja de decirme: «Adolfo, este pollo está delicioso.»

Así era, exactamente. En ocasiones, cuando la equivocación había sido demasiado grande, el amo hasta tenía que dar excusas al sirviente.

—¿Qué quiere usted que le haga, pobre Adolfo? El *kuskús* me ha estragado el paladar.

No por ser más frecuentes y aun más amistosas mis relaciones con Kermoyan, llegaban á ser más íntimas. Hablábamos de asuntos generales, á veces de mí mismo, nunca de él. Seguía siendo para mí tan enigmático como en la época en que sólo de tarde en tarde le veía, salvo las sospechas que tuve durante su ausencia. Pero, en último término, esas sospechas nunca fueron sino muy vagas; y ahora la sencillez de su conducta las apartaba casi por completo de mi espíritu. Otro nuevo incidente iba á despertarlas.

—¿Sabe usted la novedad?—me dijo un día la señora B...



—¿Qué novedad?

—¡Oh! una gran novedad referente á su amigo Kermoyan.

Respondí á la ligera:

—¡Se casa!

Mi anciana amiga se echó á reir, exclamando:

—¡Siempre tan lince! No, abandona el servicio. Y añadió:

—Al menos, así lo dicen... personas bien informadas... Pero, debiera saberlo usted que no se separa de él.

Kermoyan aún no me había dicho nada de esa resolución. Dos ó tres días más tarde, sin embargo, me confirmó la noticia con aire indiferente, como si se tratase de un asunto de poquísima importancia.

—¡Usted, tan apasionado por su carrera—le dije,—por los viajes, por los países nuevos!....

Paseábase de arriba á abajo en su gabinete, entre las ricas telas, las armas extrañas y los suntuosos cachivaches que le recordaban aquellas comarcas remotas, que ya no volvería á ver más.

—Sí—dijo,—es verdad; fui por ellos apasionadísimo..... Pero, ¿qué quiere usted!, va uno haciéndose sedentario, envejeciendo.....

—Usted no.....

—Yo lo mismo que todos..... Tal vez más deprisa..... Ya ve usted que tengo el pelo enteramente blanco..... En fin, es cosa hecha: he escrito al Ministro. Acabóse; ya no soy oficial, ya no soy marino.....

—Espero que no le pesará á usted—exclamé con imprudencia.

Aún le veo pararse delante de mí, con las manos en los bolsillos del batín, pensativa la mirada y como fija á lo lejos en cosas que yo no percibía.

—No—dijo meneando la cabeza,—no me pesará. En primer lugar, nunca debe pesarnos lo que hacemos: eso no sirve de nada, es perder el tiempo..... Y además, además.....

Rebuscaba las palabras ó vacilaba en hablar. Decidióse



de pronto, por una irresistible necesidad de expansión, hablando con una abundancia que yo no le conocía, accionando mucho y con voz vibrante.

—¡Dios mío!.... ¿Qué quiere usted?.... Esas órdenes de marcha, esos viajes, todo eso quiebra vuestra vida brutalmente..... Está uno tranquilo y bien donde esté. «¡A embarcar para el Africa! ¡En marcha para Tonkín!....» Y vuelta siempre á empezar..... Hombres amarillos, hombres negros, un desfile de feos monos que le hacen á uno dudar de si somos hombres..... ¡Sabe Dios adónde me hubieran enviado de aquí á poco tiempo, á qué mares, entre qué salvajes!.... Ya he visto de sobra; estoy harto de ellos, se lo aseguro á usted. (Tenía aspecto de querérselo probar á sí mismo). Necesito un poco de estabilidad..... sí, de estabilidad..... Eso de dar la vuelta al mundo, para empezar de nuevo una vez concluída..... eso no, no. ¡Ya pasó su tiempo!.... ¿Qué haré?.... Vivir en París, como todo el mundo; esto no tiene nada por qué asustar..... Escribiré, haré libros..... ¡Vaya! no me aburriré..... ¡Oh, no, no me aburriré! En primer lugar, yo no me aburro nunca: ¡el aburrimiento es bueno para los imbéciles!....

Se detuvo, y concluyó con ademán terminante:

—Y luego, en último término, ya está hecho. Por tanto, no hablemos más de ello.....

Sufría á ojos vistos. Estaba menos seguro de haber tenido razón de lo que él decía. Esa ruptura con su carrera también era un desgarramiento, como una marcha, cual un adiós. Y al verle tan agitado, no pude menos de pensar que esa resolución no provenía de él, sino que debía de obedecer al apremio de un ser querido, á quien á toda costa deseaba evitar lágrimas y angustias. ¿Quién sabe si el falso rumor de la pérdida del *Tritón* no era la causa real de esa determinación? Entonces, le admiré. ¿Qué importaba que tuviera ó no tuviera razón al obrar así? ¿Qué importaban su carrera, su porvenir, sus aficiones de viajero, sacrificados de ese modo? A lo menos, sabía amar: eso era lo esencial.



## XII

Vino el estío y nos dispersó. La señora B..... me había invitado á sus posesiones de Turena, donde pasé algunos días encantadores entre los dulces paisajes desplegados bajo un cielo afectuoso. También contaba con Kermoyan; pero éste faltó á su palabra y excusóse de ir, con una carta que no se parecía en nada á las extensas escritas desde el Senegal.

—Piensa en sus amigos cuando está muy lejos de ellos,—me dijo la señora B..... un poco melancólica;—cuando está cerca, los olvida.....

Por tercera persona se supo que iba solo y muy retraído por balnearios y playas. Una carta de la señora Herdevin, que estaba en los Pirineos por motivo de la salud de su hijita Marta, nos hizo saber que había pasado algunos días en Bagnères-de-Luchon, desde donde fué á visitarla, y que se iba á Biarritz para permanecer allí por más tiempo. No realizó su plan, pues pocos días después notábase su presencia en Aix-les-Bains. Algo más tarde, le encontré yo mismo entre la habitual concurrencia de Saint-Germain-des-Fossés. En el primer momento, creí que le desagradaba ver una cara conocida; pero esta impresión desapareció bien pronto, reemplazándola otra enteramente opuesta; y se puso á hablar conmigo de largo, como un hombre que desde mucho tiempo no ha oído su propio metal de voz ni el de una voz amiga.



—¿A dónde va usted?—me preguntó.

—A Royat, donde están unos amigos míos.

—¿Le aguardan allí?

—No he anunciado la hora de mi llegada.

—Pues, entonces, véngase usted conmigo á almorzar en Vichy. ¿Quiere usted? Eso no le retrasará más que medio día.

Acepté, y me pareció que se puso contento. En el tren, mientras observábamos el monótono paisaje, las extensas llanuras donde se ven álamos, lentos riachuelos medio secos, grupos de árboles desperdigados por los campos, me explicó que estaba tratándose el estómago, del cual padecía desde algún tiempo á la fecha.

—Aparte de eso—me dijo—estoy pasando un verano lamentable: me aburro espantosamente, estoy harto de hoteles y casinos; sin embargo, continúo yendo á ellos sin otro objeto más que el de cambiar de lugares, como un enfermo que da vueltas en la cama.

No supe qué responderle. Estuve conforme con sus palabras: reconocí que los ferrocarriles, los hoteles y los casinos son invenciones nefastas; y acabé por preguntarle si en medio de esos cambios de lugar no encontraba alguna distracción en el trabajo.

—¡Pero, si no trabajo!—exclamó, con un gesto desolado.  
—¡No hago absolutamente nada! Imposible escribir una línea..... Además, no se me ocurre una idea, ni una..... ¡Estoy hecho un vago!..... No tengo correspondencia; ni siquiera abro los periódicos.....

Me decía esto con voz triste y ademanes lánguidos.

—¿Por qué no va usted junto á la señora B..., en vez de andar por ahí errante? Se alegraría infinito de ver á usted. Ya no espera á mucha gente: estaría usted muy tranquilo en casa de ella para reanudar el trabajo; muy bien recibido, muy bien cuidado, en el país más bonito que se pueda apetecer.

Pareció vacilar un instante; y respondiendo á su pensamiento más bien que á mi proposición, dijo:



—No, no, resueltamente. No estoy para seguir conversaciones. Necesito sentirme independiente por completo. Momentos hay en los cuales se está mejor solo ó entre extraños. Estoy en uno de esos momentos..... Dispénsenme mis amigos....

Al llegar á Vichy, le acompañé á los dos manantiales de cuyas aguas tomaba con media hora de intervalo. Pasamos esa media hora dando vueltas maquinalmente alrededor de la orquesta, entre el gentío ocioso é insípido que se aburría al son de la opereta de moda, cuyos aires favoritos tocaban los violines por trigésima vez.

—No puede usted imaginarse hasta qué punto me carga esta música—me dijo Kermoyan.—Sin embargo, vengo á oirla dos veces diarias, porque en alguna parte se ha de estar..... Y luego, este ir y venir fatiga un poco y no se piensa en nada; con lo que acaban por pasarse de cualquiera manera las quince horas que median entre la salida y la puesta del sol.

Un instante después de tomar su segundo vaso de agua, estábamos sentados á la mesa en el Círculo Internacional. Comía poco. Me repitió varias veces las mismas frases, reveladoras de un estado de ánimo muy tirante y casi intranquilo. Nunca se había espontaneado tanto: con toda evidencia, creíase al abrigo de toda investigación en aquel sitio lleno de caras desconocidas, donde estaba solo. Parecía como si dijese para sí, poco más ó menos:

—¿Qué me importa que noten mi turbación? ¡No pueden adivinar la causa de ella!

Hablaba para aliviarse. Quejábase de mil pequeñeces insignificantes, por gusto de quejarse, como un hombre herido en las fuentes mismas de la vida, que calla su enfermedad y sólo deplora los menores síntomas. Jamás hubo conversación que me causase una impresión más penosa; ocurríase á veces la idea de que su razón flaqueaba, combatida por hartas tempestades reprimidas sobrado tiempo.

Como se aproximase la hora de la separación, le pregunté



cuáles eran sus proyectos para el fin de la temporada. Encogióse de hombros y exclamó:

—¡No tengo ninguno, no los tengo!..... ¿Qué demonio de proyectos quiere usted que tenga yo?..... Cuando acabe mi cura (si la acabo), volveré á la vida errante que he llevado hasta ahora..... ¡Me parece que va á ser interminable este verano!.....

En la estación, adonde me acompañó, me hizo esta súplica:

—¡Si encuentra usted á amigos nuestros, no les diga que estoy aquí!

En el compartimiento cerrado en que viajaba, me costó sumo trabajo desechar el recuerdo indeleble de su turbación, de su desasosiego, de sus extrañas frases. Y maquinalmente iba repitiendo estas palabras, fijas en mi mente:

—¡Hombre al agua!..... ¡Hombre al agua!.....

Y condolíame de él, con toda mi inútil simpatía.....



## XIII

Aquel año no regresé á París hasta fines de Noviembre. Mi primera visita fué para la señora B..., en casa de la cual estaba seguro de encontrar noticias de todos nuestros amigos comunes. En efecto, me hizo saber que Kermoysan había vuelto, algunas semanas atrás. Luego, como me quisiera informar acerca de la señora Herdevin, entristeciése y me dijo:

—La pobre mujer está amenazada de una nueva pesadumbre, la peor de todas..... Su niña Marta está cada vez más enferma, creyéndose próximo ya un triste desenlace; y ya sabe usted cuánto la ama.....

Al salir de la casa de la señora B..., la casualidad hizo que me encontrase á la señora Herdevin. La detuve para pedirle noticias de su hija.

—¡Siempre lo mismo!—me respondió con una brusquedad indiferente, como si ignorase que estaba cada vez más amenazada.

El día del santo de la señora Herdevin fuí á su casa; no recibía, pues Marta estaba más grave que nunca. El día siguiente volví para saber noticias; la niña había muerto por la noche.

Una especie de instinto me llevó á casa de Kermoysan, á quien aún no había vuelto á ver; la antevíspera había ido á su casa sin hallarle. Estaba yo conmovido, con esa emoción á



la vez egoísta y compasiva que con tanta facilidad se experimenta á cada roce con la muerte, aun cuando nos sean casi indiferentes aquellos á quienes hiere á nuestra vista. Por eso, al acercarme á él, y antes de dirigirle ninguna pregunta de cajón, le comuniqué lo que acababa de saber.

—Lo sé desde esta mañana—me respondió.—He.....

Se detuvo. Después, viendo que aguardaba yo, continuó diciendo con esfuerzo evidente otra cosa que la que al pronto había tenido intención de decir:

—Era una criatura deliciosa, á pesar de sus achaques..... ¡Ya sabe usted que esos débiles seres dolientes tienen á veces ternuras y gracias, que nos conmueven tanto más cuanto que los vemos tan frágiles!.....

Sabía yo que la señora Herdevin dejaba á pocas personas acercarse á su hija; por eso me extrañaron las palabras de Kermoyan.

—¿La veía usted á menudo?—le pregunté.

—Algunas veces..... Me tomó cariño de pronto un día que llegué antes de la hora habitual de recibir visitas y que aún estuvo algunos minutos en el salón..... Quería volver á verme..... Me llamaba «el señor joven de pelo blanco»..... Conmovíame mucho su simpatía, se lo aseguro á usted..... ¡Pobre niña! En lo sucesivo me faltará algo.

Se calló otra vez. Yo tampoco decía nada, cortado, sintiendo en el aire no sé qué tristezas inenarrables. Él fué quien prosiguió con voz profunda:

—¡Qué dolor para la pobre madre! ¡Ella que la amaba tanto!.....

Le miré y no me equivoqué: había una lágrima en sus ojos, una lágrima furtiva que brilló un instante, y la cual no dejó caer. Los hombres fuertes tienen esas debilidades: resisten el sufrimiento mejor que el enternecimiento.....

Pocos días después vi á la señora Herdevin. Habíame incluido entre los amigos íntimos á quienes recibía en muy corto número, elegidos, en mi sentir, entre aquellos á los cuales



juzgaba capaces de compadecer su duelo. Fué un momento penoso, pues el espectáculo de un dolor verdadero despierta los tristes ecos adormecidos en nosotros por el curso cotidiano de la vida; el sentimiento de todo lo que nos amenaza, la intuición ó el temor de los sufrimientos que nos acechan. Pues bien; jamás había yo visto aún una expresión más sincera y mortalmente dolorosa. En tan breves días, había envejecido años; repentinas arrugas surcaban su hermosa frente, cuya pureza no había podido empañar ninguna de sus penas anteriores; manchaban su rostro matices oscuros y malsanos; su voz cristalina, aquella voz hechicera, tenía sonoridades cascadas. Era otra mujer. Sin embargo, yo conocía ya aquella máscara dolorosa hasta ser trágica; habíala visto en otro tiempo, en otras circunstancias..... Pero ¿cuándo?..... Registré mi memoria y lo recordé de pronto: era algunos meses antes, en el momento del falso rumor de la muerte de Kermoyan. Sólo que entonces se contenía, al paso que ahora se abandonaba por no haber motivo ninguno para disimular su dolor de madre, implorando con los ojos una simpatía que estaba cierta de hallar en todas partes; herida en el corazón, pero con una herida lícita, que puede enseñarse, que ninguna calumnia habría de emponzoñar.....

Este repentino descubrimiento, corroborando entonces tantos otros signos anteriormente observados, me turbó hasta el punto de que apenas pude tartamudear las pocas frases convenidas que llevaba preparadas. ¡Cuán mal expresaban mi compasión! ¡Con qué insignificantes palabras revestían á un sentimiento tan fuerte que me ahogaba! Hubiera querido decirla que era sabedor de todo el misterio de su alma, que comprendía sus dos amores (uno de los cuales se desangraba entonces sin que el otro pudiera restañarlo), que me causaba lástima hasta el punto de sentir estremecerse las fibras más hondas de mi corazón, hasta sufrir con ella el sufrimiento infinito que no la era posible confesar. En vez de eso, tenía que limitarme á esas inmutables palabras que sirven para todos los



duelos, como los paños de las funerarias sirven para todos los entierros. Sin embargo, debió de sentir con cuánta viveza tomaba yo parte en su dolor, pues se puso á hablarme largamente de la niña muerta, refiriéndome su valor contra la enfermedad, sus ternezas, sus frases conmovedoras, con una voz apagada que parecía pasar á través de los sollozos.

—¡Pobre, querida mía!—me dijo.—¡No he podido evitarla ni una crisis; no he podido proporcionarla ninguno de los goces que tienen los demás niños, que andan, corren y juegan!... ¡Cuánto hubiera sido menester quererla, para compensar todo eso!... Creo que no la he amado bastante, lo suficiente... Tenía otros afanes, otros pensamientos... Cuando me preguntaba «*Mamá, ¿en qué piensas?*», no siempre podía responderla: «*¡En tí, queridat!*» Pero, á pesar de todo, me tendía los brazos, sus pobres bracitos flacos que ya no veré, estrechábame contra sí con ellos y me decía: «*Mamá, estoy segura de que me quieres por encima de todo.....*» ¡Oh, sí, la amaba más que á todo! ¡Oh, sí, ahora lo sé!.....

La hacía bien hallarme así. La dejé desahogarse, no hablando ninguna palabra para interrumpirla. Prolongué mi visita mucho más de lo que hubiera creído. En el momento de levantarme para irme, entraba Kermoyan; ví pasar por los ojos de la señora Herdevin como un relámpago de consuelo, como una chispa de vida semiapagada que se reencendiese por un instante. Se dieron un apretón de manos, sin decir una palabra. Comprendí que ese silencio estaba lleno de elocuencia; comprendí que encerraba todo el sufrimiento y todo el consuelo, un infinito de dolor con el cual iba á confundirse un infinito de amor; comprendí que ocultaba uno de esos misterios que ningún ojo humano llega á sondear jamás..... Porque, ¿quién podría medir ¡ay! la ternura y la bondad que la culpa obscurece?.....



## XIV

Pasa la vida, se lleva consigo nuestros sentimientos, atenuía nuestras impresiones, tolerable para quienes sufren, indiferente para los espectadores. Por otra parte, á menos de tener una curiosidad viciosa, nos interesan bastante poco los asuntos de los demás y sólo prestamos á ellos una atención distraída. Como la señora Herdevin no salía á ninguna parte, la olvidaban. Yo iba de vez en cuando á visitarla por fidelidad; pero veíame obligado á confesar para mis adentros que me interesaba menos desde que la veía rara vez, y siempre triste. A veces, en casa de la señora B... ó en otras partes, se hablaba de ella en términos amistosos y frívolos, para sentir su desaparición ó para condolerse de ella.

—¡Pobre mujer! ¿Cuándo se repondrá de esa herida?

—¡Ah, ya no volveremos á verla nunca como antes!

Y eso era todo.

En cuanto á Kermoyan, había desaparecido. Presa de uno de aquellos accesos de adustez en él habituales, no se meneaba ya de su entresuelo de la calle de Oudinot.

—Estoy trabajando—decía para explicar su retiro.

Creíasele; no había en ello nada de extraordinario. Sin embargo, no pude menos de reparar en que poco más ó menos correspondía su desaparición á la fecha del fallecimiento de la niña Marta, que nos privaba de la presencia de la señora Her-



devin. Al pronto me chocó esta observación, como un bello descubrimiento que añadir á los que antes hice. Luego, no viendo sino con largos intervalos á los dos héroes de mi novela, no pensé más en ellos; hasta el día en que trágicas circunstancias los impusieron de nuevo á mi atención, y levantaron, para mí, la última punta del velo de misterio que aún los envolvía.

Érase el mes de Enero, en la época en que están de lleno las diversiones. Como todo el mundo, yo no llevaba otra vida sino esa existencia vana y ficticia que se renueva igual todas las noches y hace volar el tiempo á través de su monotonía: comidas, reuniones, visitas, hartura de unas mismas frases, de unos mismos tocados, de unos mismos manjares; fatiga por las vigiliass harto prolongadas, inocupación absoluta.

Un día, esparcióse el rumor de que la señora Herdevin estaba enferma. Al principio sólo se habló de una ligera fluxión de pecho, luego se supo que la enfermedad iba agravándose, y muy poco después que había escasas esperanzas de que se salvase. Pues bien; el mismo día en que empezaron á ser intranquilizadoras, encontré á Kermoyssan en una pequeña tertulia de confianza, á la cual le había invitado la señora B..., sin atreverse á confiar mucho en que asistiese.

—Conque ¿ya ha salido usted de su retraimiento?—le dije, acercándome.

Y me respondió:

—Sí, sí..... Eso no podía durar siempre.....

Tenía mala cara, contraídas las facciones, inquietos los ojos.

—Tiene usted aspecto de hallarse fatigado—le volví á decir.—Sin duda, habrá trabajado usted en demasía.....

—¿Trabajado en demasía?.....—exclamó.—Sí, quizá..... Y luego, vea usted lo que son las cosas, no merece la pena de aislarse..... Siempre se necesita de los demás más de lo que se piensa. Aunque sólo fuera para huir un poco de sí mismo.....

—Entonces, ¿renuncia usted al estado salvaje?

—Por completo..... Es absurdo jugar al solitario..... Voy



á empezar otra vez á salir como antes..... No por eso dejará de hacerse mi libro; si lo hago, que de ello no estoy muy seguro.....

En efecto; á partir de aquel día, le volví á encontrar en todas partes, hasta en visitas de tarde. Pero no recobraba su equilibrio ni aquella absoluta posesión de sí mismo que me admiraban en los primeros tiempos en que le conocí. Llegaba con aire inquieto, como el de quien aguarda ó busca. Tomaba poca parte en la conversación, haciéndolo de un modo nervioso ó distraído, ya respondiendo á tuertas cuando le preguntaban, ya soltando una parrafada larga con que se empeñaban discusiones sin que siguiera él defendiendo su punto de vista.

—El señor Kermoyan se ha vuelto muy extraño—me dijo una vez la señora B...—¿Qué tiene, sabe usted?

—Me parece que ha trabajado con exceso.

Mi anciana amiga se sonrió:

—¡Trabajado con exceso!..... ¡Esto es muy cómodo para los literatos!..... ¡Pone nervioso y todo lo disimula!.....

Siempre había en nuestras reuniones alguien que sacase á relucir el nombre de la señora Herdevin, porque desde su enfermedad la recordaban, ya porque sirviese otra vez de tema para conversación, ya por verdadera bondad y simpatía. Nunca era Kermoyan; pero en cuanto oía pronunciar su nombre se demudaba su rostro, y si estaba siguiendo otra conversación no conseguía disimular que estaba escuchando en otra parte. Por lo demás, las noticias eran invariables: el estado de la enferma iba empeorándose de día en día, aunque resistiendo con toda la fuerza de la juventud y de la anterior robustez. Un médico amigo nuestro nos explicó, con este motivo, que nunca debe desesperarse con la fluxión de pecho; que en su práctica había visto á menudo personas atacadas de esa enfermedad, entrar en convalecencia poco después de haberlas él desahuciado.

—La desgracia está—añadió—en que la enfermedad la pa-



dece un temperamento agotado por un gran sufrimiento moral, por ese luto inconsolable..... Por tanto, está bien preparado para ella el terreno.....

No por eso dejó de quedar una impresión más tranquilizadora, con tanto mayor motivo, cuanto que siempre hay tiempo sobrado para entristecerse.

Esto duró próximamente una semana. Fui varias veces á adquirir noticias, pero los informes que obtenía de los criados no eran más claros ni más precisos que los que circulaban en la buena sociedad. Luego, un día, en el comienzo de un banquete, alguien hubo de hacer la pregunta de costumbre:

—¿Hay noticias de esa pobre señora Herdevin?

Y una voz respondió:

—Ha muerto.

Kermoyan estaba sentado frente á mí. Le miré. Hubo tal fulgor en sus ojos, esbozó tal gesto de espanto y desesperación, que sentí estremecerse hasta el tuétano de los huesos. Dominóse, sin embargo; no llegó á estallar el grito que subía á su garganta, y apelando á toda su energía con supremo esfuerzo, apagó su mirada é impidió que se alterase su fisonomía.

Entre tanto, los criados servían el pescado; y en derredor de la mesa hubo una explosión de simpatía.

—¡Ha muerto!.... ¡Qué pena me da!....

—¡Pobre mujer!.... ¡Tan encantadora, tan buena!....

—¡No ha sido feliz su vida, como merecía!....

—¿Ha sufrido mucho?

Estas frases y otras análogas se cruzaban por encima de las orquídeas que adornaban la mesa, acompañándolas el ruido discreto de los tenedores. A la persona que llevó la noticia invítosela á dar detalles. Poquísimos tenía, sabiendo tan sólo que la agonía fué bastante larga.

Alguien preguntó:

—¿Ha conservado hasta lo último el conocimiento?

Kermoyan, que parecía distraído como si no le interesase



nada de lo que pudiera decirse, hizo un gesto de atención mientras respondían:

—No lo sé..... No sé nada más sino lo que he dicho á ustedes.

En ese momento, su vecina de mesa se inclinó hacia él:

—Usted conocía mucho á esa pobre señora Herdevin, ¿no es así, caballero?

Volvióse hacia ella, la miró y dijo, después de vacilar un poco:

—¿Mucho? No, señora; la veía algunas veces.

Otro comensal prosiguió:

—Nunca tuve el gusto de tratarla, pero siempre he oído hablar muy bien de ella. Era una mujer encantadora, ¿no es cierto?

Kermoy-san estaba lívido, pero contestó:

—Sí, enteramente encantadora..... en absoluto.

Sentí el esfuerzo que hacía para pronunciar estas frases corrientes, y que sus fuerzas se agotaban. Por fortuna, interrumpióse el diálogo. Servíase otro plato y echaban vino, preguntando:

—¿Pomard ó Château-Laroze?

Era preciso elegir.

Fué un precioso derivativo. Cesaron de hablar de la señora Herdevin, con gran satisfacción de la señora de la casa, que temía que fuese triste su banquete. Sucediéronse diversos asuntos, y bien pronto movieron á risa los discreteos de algunos hombres de ingenio.

Kermoy-san guardaba una actitud muy correcta: estaba serio, claro es; pero su rostro impasible no revelaba ninguna emoción. Es cierto que no habló ni una palabra; pero á nadie le produjo extrañeza, pues ya sabían que era bastante huraño. Por otra parte, consiguió pronunciar algunas frases acerca de cualquiera cosa, y entretuvo con conversaciones á su vecina casi tanto como convenía. Creo que fuí el único en reparar que no comía. Dos ó tres veces lo intentó, pero el es-



fuerzo era demasiado grande y no pudo. En cambio bebía de un trago las copas, conforme las llenaban los criados.

Me acerqué á él en el fumadero, proponiéndome decirle con cualquier pretexto algunas palabras cariñosas, pero no dí con las que buscaba. Por lo demás, me miró con ojos casi suplicantes, que parecía decir: «Se lo suplico, no me diga usted nada, no hable.» Por tanto, me limité á alargarle la vela de color de rosa, con la cual acababa de encender el cigarro. Encendió también el suyo y se puso á fumar maquinalmente, con rápidas bocanadas. A pesar de su silencio, permanecí junto á él para defenderle contra la conversación de los demás, que estaban muy alegres.

Volvimos á la sala, donde había reunión é iban llegando caras nuevas. Kermoyan tuvo que dar algunos apretones de manos. Por un momento le ví acaparado por una señora gruesa que gesticulaba con un abanico. Luego se retiró á un rincón; bien pronto, aumentándose el gentío, le ví dispuesto á irse. Sin reflexionar más, me decidí á seguirle.

Estando poco avanzada la tertulia, no se le ocurrió que alguien pudiera salir al mismo tiempo que él. Pidió el gabán, se lo puso á escape y salió sin ver que iba yo tras de sus pasos. Nos encontrábamos en la calle de Jean-Goujon. Pasó por detrás de la fila de coches parados junto á la acera, y tomó con paso rápido la dirección de los muelles. A la distancia á que iba yo de él, veíale accionar entre tinieblas y pararse luego á veces, como un hombre perseguido por una idea fija, que poco á poco le abstrae del mundo exterior y se lo hace olvidar. Después volvía á ponerse en marcha, haciendo eses de una acera á otra cual un borracho. ¿Quién no ha encontrado por las calles fantásticos transeuntes análogos, quién no se ha sonreído al ver su aire, quién no los ha seguido con curiosa mirada? Prolongábanse á veces los altos de Kermoyan, creo que varios minutos. Yo también tenía que pararme; y al reflexionar en ello, me avergonzaba un poco de la especie de espionaje á que iba entregado. Para tranquilizar mi concien-



cia, acabé por decirme que debía seguirle así para defenderle ó salvarle de sí mismo, si, como era de temer, iba á tomar alguna resolución extrema.

Solitarias estaban las calles, donde el invierno paseaba soplos helados. Sólo á largos intervalos se veían escasos transeuntes, con los cuellos subidos hasta las orejas y soplándose los dedos. Nadie se fijó en nosotros.

Al llegar á la orilla del Sena, Kermoyan se puso de codos en el parapeto y se inclinó adelante. Entonces me oprimió la angustia: con toda evidencia, pensaba en la muerte. La muerte le atraía, las negras aguas cantábanle cantos de sirenas; pensaba en las delicias de no sentir ya el dolor que le atenaceaba el corazón, en ser arrastrado por las ondas allá lejos, al misterio, á las desconocidas regiones donde vagaba *ella* ¡esperándole quizá! ¿Qué podía retenerle tan largo tiempo, qué le impedía sumirse en el olvido, del cual sólo una baja pared gris le separaba? Aguardé, oculto detrás de un árbol, pronto á volar en su auxilio, á impulsos de una preocupación, por más que una voz secreta me gritase: «Déjale obrar; si quiere morir, dueño es de hacerlo.» Y no sentía yo el frío, el áspero viento de invierno que hacía crujir las desnudas ramas de los árboles y temblar en la superficie de las aguas el reflejo de los reverberos.

De pronto vi enderezarse con lentitud á Kermoyan y me estremecí.

—Llegó el momento—pensé adelantándome.

Pero no. Estaba de pie y se alejaba del parapeto. Maquinalmente se metió aún más el sombrero en la cabeza y prosiguió la marcha, camino del puente del Alma. Á la sazón iba á paso regular, sin detenerse, con un propósito determinado. Adiviné que quería ver la casa de los Herdevin.

Era un palacio de arquitectura ornamentada, separado de la avenida del Trocadero (á la cual daba su fachada principal) por una gran verja de hierro labrado, con una cifra dorada encima. En efecto, Kermoyan se detuvo en medio de la ave-



nida, frente á la verja. Fué á apoyarse contra uno de los árboles y permaneció allí con los ojos fijos en las ventanas cerradas de la habitación silenciosa. Desde hacía un rato estaba cayendo nieve: una nieve espesa, cuyos grandes copos, estriando la obscuridad de la noche, iban blanqueándole sin notarlo él y sin que tratara de sacudirlos. Era otra forma de la muerte, aún más atractiva; el benévolo sudario preparado por las cosas, la aterciopelada alfombra caída trozo á trozo desde el cielo invitando á la inconsciencia. Pero ésta era una idea para pensarse á sangre fría, y estoy seguro de que no se le ocurrió á Kermoyan. Cuando se sufre realmente, la muerte aparece como manumisión y no como voluptuosidad.

Sin embargo, cansóse de estar inmóvil y se puso á andar de arriba á abajo por delante de la casa, unas veces deprisa, otras despacio. De vez en cuando se detenía, alzaba la cabeza para mirar á una ventana del segundo piso, la única por donde se filtraba un poco de luz á través de las persianas, sin duda del aposento donde velaban á la muerta, y se retorció las manos. De pronto sentí la horrible idea de que no tendría el supremo consuelo de volver á verla; de que el terrible *jamás* se apoderaba de él con todo su horror en un momento en que aún hubiera podido materialmente (pero no podía) contemplarla entre las flores que la rodeaban y besar sus manos rígidas; de que los últimos ojos que en *ella* se posaran no serían aquellos que la habían adorado, aquellos que sus labios tal vez habían besado, aquellos que su imagen llenaba, aquellos que ni siquiera tenían el derecho de llorarla. Y sentí un estremecimiento de odio contra nuestras leyes, contra nuestras costumbres, que proclaman deberes más sagrados que el amor.

Pasaban muy lentos los minutos; también la nieve caía más despacio.

—¿Irás á permanecer ahí toda la noche?—dije para mí.

De hecho, el tiempo no existía ya para él; no debía de tener conciencia de nada, sino sólo de su dolor. Sin embargo, de repente, como si acabase de tomar una resolución brusca,



no volvió á sus paseos, sino que echó á andar adelante muy aprisa. Sin volverse á mirar de nuevo el río, fué á lo largo de los muelles hasta el puente de los Inválidos, lo cruzó, anduvo errante por anchas avenidas oscuras donde estuve á punto de perderle de vista, y acabó por llegar á la calle de Oudinot. Iba tan deprisa, que me costó trabajo seguirle. Por fin se detuvo delante de la puerta de su casa y sacó del bolsillo la llave. Pero, en lugar de abrir, haciendo en el vacío un gran ademán desesperado, prosiguió su marcha infatigable. Sentí nueva angustia. Por desfallecido que estuviese, me hubiera sido imposible abandonarle. Esta vez no era ya curiosidad, puesto que sabía todo cuanto quería saber; era pura lástima, conciencia de que ese infeliz abandonado tenía empero en su mortal tristeza una alma simpática junto á él, cuya compasión quizá le fuese beneficiosa, aunque no la adivinase.

—¡Dios mío!—me pregunté.—¿Qué va á hacer? ¿Adónde va á ir? ¿Ha vuelto á esa idea de muerte que antes desechó, pero que con seguridad anda rondando en torno suyo?.....

Desiertas las calles, dormidas las casas, me sentía solo con aquel desesperado, que, ahogando la nieve el ruido de sus pasos, se deslizaba como un fantasma á través de las tinieblas y del silencio.

No fué muy lejos.

Esquina á la calle de Vaneau permanecía abierta una mala taberna, por más que no se viera ni un parroquiano ante el mostrador de zinc. Entró allí Kermoyan. Un instante después, al pasar junto á las sucias vidrieras, le vi sentado en una mesilla redonda, con una botella de licor. Volví á pasar segunda vez: no bebía, sino que sollozaba, con la cabeza puesta entre ambas manos. Aseguro que era extraño y conmovedor aquel dolor que iba así á desahogarse en aquella tasca, seguro de permanecer allí anónimo.

Le observé un momento á través de los vidrios. El tabernero, de pie detrás del mostrador, también le miraba estupefacto; luego acabó por alejarse para desaparecer por una puer-



ta al fondo, despacito, con precauciones, dejándole á solas. Me conmovió la discreción de ese buen hombre. Pensé que aquellos sollozos que al cabo podían estallar indicaban el fin de la crisis aguda, y me alejé.

Mil ideas confusas bullían en mi cabeza; mil preguntas se apiñaban dentro de mí, á las cuales sólo mi imaginación podía responder. Al regresar á mi casa, hice toda una novela; pero conocía su fragilidad. Sólo una cosa era cierta: Kermoy-san guardaba su secreto hasta la postre, más allá de la muerte. Nadie sabrá nunca lo que hubo entre *ella* y él. Ahora pertenecía ya al pasado, no existía más que una sola memoria y con ella se extinguiría. Yo no ví más que algunas chispas, hoy apagadas, y no tenía derecho ninguno para conocer las cenizas.



## XV

Al día siguiente, inducido por vaga inquietud, fui á casa de Kermoyan para saber noticias de él y sin pensar que me recibiría. En efecto, su criado me respondió:

—El señor ha salido.

Pero el honrado Adolfo no sabía mentir á los íntimos; hízolo con aire harto apurado para que me quedase ni la más ligera duda de ello, y me alejé tranquilo.

Después del esfuerzo de la víspera, que aún había de repetirse, era natural que Kermoyan se encerrase á solas con su dolor. Y me imaginaba las horas tremebundas que ese infeliz pasaría con sus pesares, atenaceado el corazón por una de esas mortales tristezas no adormecidas por ningún pensamiento consolador, y que ningún amigo puede compartirlas. Veíale recorrer su gabinete con ese movimiento de fiera enjaulada que se tiene cuando se sufre, queriendo salir en busca de la embriaguez de los pasos y de las calles, pero no atreviéndose por miedo á los ojos que leerían su secreto en su frente: bestia herida y acorralada, que, no pudiendo arrastrarse hasta la fuente, se esconde en su cubil para lamerse la herida.....

Sin embargo, por la noche le encontré en sociedad, impasible, correcto, intachable. Con voz serena me expresó su sentimiento por no haberle encontrado aquella mañana en su casa, aunque insistiendo algún tanto de sobra en explicarme



á donde había ido. Habló con otras varias personas de asuntos indiferentes, animándose á defender la última comedia de Alejandro Dumas, *Francillon*, que era atacada. Como la víspera, alguien le habló de la señora Herdevin, diciéndole de nuevo:

—Creo que usted la conocía mucho.

—¿Mucho? No,—respondió en seguida.—La veía algunas veces, con sumo gusto.

Hablaba sin el menor estremecimiento de la voz ni del rostro.

—Los que frecuentaban su trato—añadió—sentían que no recibiese más á menudo; por eso, aunque salía poco de casa, su muerte dejará un gran vacío....

Luego, con perfecta naturalidad, cambió de conversación.

Era la época en que Rollinat declamaba sus versos en todos los salones. Aquella noche estaba de un humor muy fúnebre, pues recitó las composiciones más desoladas de su repertorio. Primero dijo las *Lágrimas*:

.... ¡Oh, cuando, devorado por tristes inquietudes,  
gimiendo en los caminos en honda soledad....  
no ser posible entonces sobre sus yertas manos  
consoladoras lágrimas á mares derramar!

¡Tener celosa envidia del duelo de una madre,  
que al cabo puede libre sentir sobre su faz  
correr con desahogo de lágrimas amargas,  
torrente que tan sólo la muerte ha de secar!....

Vino después un soneto titulado *El silencio de los muertos*, para decir el cual puso tétrica y trágica su avinagrada cara el poeta:

Contemplo su retrato y de él espero  
salga un grito que al fin nos ilumine....

Por último, estando ya lo suficiente preparado el auditorio, ahuecó más la voz, hizo girar con espanto los ojos y oyó-sele la *Putrefacción*:



En el fondo de ese encierro,  
que humedad perpetua cuaja,  
¿qué ocurre en aquella caja,  
á los seis meses de entierro?....

Los hombres tomaban actitudes de librepensadores, las mujeres hacían muecas de asco. Kermoyan, con los ojos entornados, parecía escuchar con profunda atención. Pero, al pasar yo junto á él en el momento de acabarse el recitado, me dijo con una especie de escalofrío:

—¡Esto es horrible!...

Luego, rectificando en seguida, añadió:

—¡Qué malos versos!

Y no salió hasta bastante tarde.

La actitud había sido tan sencilla y tan perfecta, que por un instante me pregunté si habría yo soñado la velada de la víspera. Luego comprendí que para guardar su secreto empleaba ese lujo de precauciones propio de las conciencias delicadas, á quienes atormenta el sentimiento de su culpa hasta el punto de mostrarles en todas partes ojos fiscalizadores, y á quienes ese temor paraliza hasta en sus actos más insignificantes. ¡Pobre hombre! Ni siquiera se atrevía á encerrarse en su soledad, por miedo á que ese aislamiento fuese notado en aquellos instantes; y se exhibía, vertiendo sangre el corazón, secos los ojos y serena la frente, á fin de que á nadie se le ocurriese preguntar:

—¿Qué es de Kermoyan? ¿Por qué no está aquí?....

Naturalmente, fui á los funerales de la señora Herdevin. Se celebraron en la Magdalena, con gran ceremonia, como corresponde á una persona muy rica que debe representar hasta en el umbral mismo de la eternidad. Había mucha gente, como siempre la hay en esas ceremonias en cuanto tienen alguna ostentación: parientes, amigos, indiferentes, curiosos, todos con cara de circunstancias calcada por la de los empleados de las empresas funerarias. Esa multitud tomaba no sé qué matiz uniforme: parecíanse los rostros, como los tocados, de suerte



que me costó trabajo descubrir á Kermoyan. Sin embargo, concluí por percibirle un poco apartado, medio oculto por un pilar contra el cual se apoyaba, en una actitud semejante á la que tenía la antevíspera bajo la nieve en la avenida del Trocadero. No se movió mientras duraron los oficios, indiferente á las preces que hacían arrodillarse á la concurrencia, mirando al vacío, ausente de allí el alma. Entre tanto, junto al catafalco, al que no podría aproximarse sino un momento al fin de la ceremonia, del cual sólo podría despedirse con un hisopazo; junto á aquel ataúd donde dormía la hermosa muerta á la que no pudo volver á mirar, desplegábase la importancia del orondo Herdevin, muy encendido, resoplando fuerte, teniendo en la mano un pañuelo del cual no pensaba servirse, probablemente más aburrido que triste (¿quién sabe? tal vez hasta satisfecho de un accidente que le devolvía la deseada libertad).

Asaltáronme de nuevo ideas subversivas, que me asediaban desde dos días antes. Porque, en verdad, ¿cómo asistir á un espectáculo semejante, en la edad en que aún se es capaz de exaltaciones novelescas, sin maldecir la hipocresía de nuestras instituciones, la eterna mentira que las envuelve, las trabas que han puesto á la libertad del corazón en provecho del egoísmo y de la sequedad de alma? Más tarde se razona de otro modo; entonces sentía yo así; quizá por eso me produjeron una impresión tan fuerte los acontecimientos que observaba.

Cuando el desfile por delante del ataúd, me encontré precediendo á Kermoyan; á mí me tocó entregarle el hisopo. En el momento de tomarlo de mi mano, advertí por segunda vez ese mirar desesperado que se le escapaba como un grito: lo único que le hacía traición. Lo reprimió, como quien ahoga un sollozo. Pero lo oí resonar bajo las bóvedas, digámoslo así, hasta llenarlas. Luego resonaron los órganos, cubriendo con sus pesadas armonías aquel grito mudo y perdido. Los conductores echaron el paño funerario cubierto de flores enci-



ma de la caja que llevaban con paso tardo, que resonaba en las losas, mientras se formaba detrás de ellos el acompañamiento.

Permanecí junto á Kermoysan. Salió de la iglesia sin voluntad ninguna, empujado por la muchedumbre, y se detuvo en uno de los escalones, fijando los ojos en el coche empenachado, que bien pronto se movió y se puso en camino, retardando la marcha de los coches de alquiler, arrancando á los transeuntes un saludo anónimo; después se perdió entre los ómnibus en la tranquilidad que había por las rondas.

Kermoysan acabó por notar que estaba yo junto á él. Me miró, movió los labios sin que saliera de ellos ningún sonido y, sin embargo, consiguió pronunciar con voz ronca:

—¡Siempre es triste un entierro!

Le respondí con un ademán vago y me alejé para evitarle otro nuevo esfuerzo. Dió algunos pasos maquinalmente en la dirección que había tomado la desaparecida comitiva fúnebre. Se detuvo después, volvió pie atrás y le ví marcharse en una dirección opuesta, tan deprisa, que parecía huir, huir de un enemigo, invisible para los demás, por el que se sentía perseguido.



## XVI

Los días siguientes no fuí á ninguna parte sin encontrar á Kermoy-san. Diríase que se proponía concienzudamente liquidar una larga deuda atrasada de visitas, ó que una especie de fiebre mundana le llevaba de salón en salón. En todo caso jamás hubo otro ocioso que con mayor exactitud cumpliera sus deberes sociales. Hasta me pareció que exageraba, que á fuerza de querer precaverse de sospechas, corría el riesgo de provocarlas. Por lo demás, no podía infundir sino sospechas muy vagas; imagínese el esfuerzo de razonamiento que hubieran tenido que hacer las personas que antes no hubiesen fijado la atención en ello, para encontrar algún enlace entre las salidas de Kermoy-san y la muerte de la señora Herdevin. Las personas de sociedad, si se toman ese trabajo, saben observar bien; pero su clarividencia no llega hasta la adivinación. Sus maneras chocaron á algunos de sus conocidos; llamaron la atención sus cambios de costumbres; advirtiéronse sus distracciones más frecuentes, sus tristezas repentinas, las arrugas con que una idea fija fruncía su frente y los ángulos de su boca, y que poco á poco cambiaba la antes serena expresión de su rostro en una expresión de tormento. Y no hubo más. Presencí algunas conversaciones de que fué objeto: ninguna se aproximó á la verdad.

—¿No les parece á ustedes que el señor Kermoy-san ya no es el mismo?—preguntaba alguien.—Ha envejecido mucho,



de algún tiempo á esta parte; se arruga, está distraído.....  
¿Qué le pasará?....

Y una voz respondía:

—Dícese que trabaja mucho.

—¡Pero si ya no publica nada!—objetaba otro.

Como hubiese en la tertulia alguna persona malévola, no dejaba de oirse:

—Precisamente, quizá sea eso lo que le aflija..... Se siente vacío, sufre por ello..... Nada agría á un hombre como las contrariedades de la vida literaria.....

Claro es que en más de una ocasión se dijo que sin duda habría por medio en esto una mujer. Pero nadie sabía nada, y ninguno sospechó que aquella mujer había muerto y que él la lloraba. Confieso que sentí cierto placer mezclado con orgullo al saber yo más que todo el mundo; regocijábame también al ver que su heroísmo no era inútil y que conseguía guardar su secreto.

Esto duró así unas dos ó tres semanas. El recuerdo de la señora Herdevin iba borrándose de día en día. Ya no se hablaba más de ella, ó si sonaba por casualidad su nombre en la conversación, parecía venir de lejos. Los mismos que habían apreciado su gracia, sus encantos, su belleza, ya no pensaban en ella; todo eso pertenecía al pasado, eran cosas muertas, y por derecho propio les cuadraba el olvido. Sin embargo, reparóse en el cínico descoco con que Herdevin paseaba con su querida por los sitios públicos. Pero Herdevin jamás había frecuentado la misma sociedad que su mujer, donde nadie se ocupaba de él. Por tanto, limitáronse á decir:

—Dentro de algunas semanas se casará con esa perdida.

Y no se volvió á hablar más del asunto.

Entre tanto, Kermoyan efectuaba una nueva retirada, disponiendo con mucho arte las transiciones. Se prodigó menos, sólo iba algunos minutos á los salones donde aún aparecía, renunció convites y dejó difundirse el rumor de que por fin iba á imprimir otro nuevo libro.



Cuando se le hablaba de esto, no decía que sí ni que no.

—¡Ya verán ustedes como no lo hace!—decían los maliciosos.—Habla de ello con sobrado misterio.....

¡Otro nuevo libro! ¡Ah, ciertamente, no pensaba en tal cosa! Nunca olvidaré la última visita que le hice en aquella época. Le encontré sin hacer nada, en su gabinete lleno de desorden. Varios tomos, que sin duda se había propuesto leer, estaban tirados revueltos encima del diván, de las butacas, de las mesas: poetas, prosistas, hasta libros devotos. El aposento tenía yo no sé qué aspecto desolado de estancia abandonada. Como me aproximase á la gran mesa de trabajo, atestada de papeles, de periódicos con sus fajas, de cartas sin abrir, noté que la tinta se había secado en el tintero de cristal. Dejé escapar un signo de asombro, advertido por Kermoyan, que estaba junto á mí de pie.

—Sí—exclamó—la tinta está seca..... Ya sabe usted que el calor del cok..... Por otra parte, no trabajo..... Poco arranque.... Ninguna idea.....

Y prosiguió, con un tono de afectada indiferencia:

—¡Bien sabe usted que hay momentos así!..... Yo siempre le he tenido..... Sólo que esta vez se prolonga más de lo habitual..... Eso me molesta mucho: mi libro no se acaba, y será muy bueno mi libro.....

Y haciendo un esfuerzo se puso á hablarme de ese libro, del cual estaba muy lejos su pensamiento.

—Trabajaba mucho más cuando era marino—volvió á decir.—Necesito de los viajes..... Cambiar de lugares, moverse, bullir: sólo eso es bueno.....

Me había hecho que tomase asiento, sin sentarse él. Mientras me hablaba, paseábase de arriba á abajo por el gabinete, con esos movimientos de fiera enjaulada que ya conocía yo, y con esa agitación interior que impele á moverse.

Cuando salí, Adolfo vino á acompañarme hasta la puerta de la escalera. Me chocó casi tanto como su amo, cuya disposición de espíritu reflejaba siempre un poco. Llevaba una



barba de ocho días y un delantal no muy limpio; visiblemente iba aguas abajo.

—Temo que su señor no esté muy bien hace algún tiempo,—le dije.

El buen hombre meneó la cabeza, guiñó los ojos y comenzó á decir:

—¡Ah! el señor.....

Pero se detuvo en seco, discretamente.

No volví á la calle de Oudinot, por temor á turbar aquel duelo á quien tan bien sentaba la soledad. Hay dolores que desafían á todo consuelo que no sea el del tiempo, y el tiempo se hace largo cuando se sufre. En cuanto á mí, como no sufría, pasóseme á escape. Un poquillo olvidado tenía tal vez á Kermoyan (en quien, sin embargo, pensaba algunas veces, imaginándomelo retirado y digámoslo así emparedado en su cuarto de célibe, separado del mundo por una barrera invisible, por el infranqueable muro de sus pesares), cuando se esparció el rumor de que iba á marcharse al Sudán.

Era cierto.

—Entonces, ¿por qué abandonó el servicio, si no puede estar quieto en ninguna parte?—se preguntaban sus amigos.

Y vituperaban su inconsecuencia.

Pocos días antes de marcharse, vino Kermoyan á despedirse de mí. Estaba muy cambiado, flaco, escuálido, con el aire más tristemente distraído y la mirada más vaga que nunca; y en su andar, en sus movimientos, en sus ademanes, aquella inquietud continua y amenazadora que había yo notado ya en mi última visita. Aún le veo, sentado en mi única butaca, con sus movibles ojos que se fijaban en todos los objetos de la estancia cual si fuese á hacer su inventario, mientras sus pies se agitaban y sus manos cruzadas se frotaban de continuo una con otra. Estábamos ambos un poco cortados, ocurriéndonos ideas que no podíamos ó queríamos decir; por mi parte, oía siempre otras palabras diversas de las que pronunciaba él con voz indiferente. Le pedí algunas noticias respecto al propósi-



to y á los medios de la expedición á la cual iba á agregarse. Diómelas, sin parecer que le interesasen nada. Salieron de sus lábios nombres de sonoridades desconocidas, Uarglá, Cham-bâa, Tidikelt: hubiérase dicho que él no los oía. Me refirió someramente algunas de las heroicas y vanas tentativas hechas para penetrar en las no exploradas regiones que iba á recorrer. Y como exclamase yo:

—¡Es una loca temeridad, eso que usted se propone!.....

Me respondió:

—¿Loca? No..... Atrevida, sin duda. Pero no más que otras muchas empresas que han salido bien..... Por otra parte, ¿por qué he de titubear?..... No tengo familia ni deberes para con nadie; soy completamente solo; mi independencia es absoluta..... ¿Qué importa, pues, si me dejo la piel allá?

—¿Y los amigos de usted? ¿Y la literatura?

Sonrióse y dijo con dulzura:

—A mis amigos, otros les quedan..... En cuanto á la literatura..... ¡por Dios!..... ¿Qué quiere usted que haga ella de mí?..... ¡Si cree usted que pienso en tal cosa!..... Además, ya no hago nada, ya no escribo; no me distrae lo suficiente..... ¡Acción, acción, movimiento, peligro: eso es lo que me hace falta!

Animábase su mirada, y repitió:

—¡El peligro! eso sí que es un placer..... el último que da algún precio á la vida..... Se aferra uno á ella cuando está á punto de perderla..... Y luego, ¿qué quiere usted? Necesito ocuparme en algo..... Si regreso, al menos habré hecho alguna cosa..... Y si no vuelvo..... ¿por qué no se ha de dormir tan bien bajo las arenas del África como bajo nuestra tierra negra?

Cuando, dichas estas palabras, se levantó alargándome la mano, le miré cara á cara y le dije, recalcando las palabras:

—Temo..... temo que no vuelva usted.

Molesto por mi mirada, apartó los ojos y murmuró con tono de indiferencia:



—¿Quién sabe?..... Tal vez sí, tal vez no..... Más bien creo que volveré..... Vea usted, tengo el alma muy agarrada al cuerpo; no se separará sino cuando no pueda pasar por otro punto.

Luego, al verme conmovido, me dió un apretón de manos con una cordialidad inesperada. Sus últimas palabras, que nunca olvidaré, fueron éstas:

—¡Adiós!..... ¡Buena suerte á través de la vida!

¡Ay! bien sabía yo que no volvería á verle.

Durante varios meses, no hubo ninguna noticia particular de él; sólo pudo seguirse, por informes lejanos é inciertos, la marcha de la columna expedicionaria metiéndose con él en comarcas desconocidas, á lo largo de algún caudaloso río de curso casi ignorado. Después, un día se supo que había muerto en un reconocimiento, tras una defensa heroica y solitaria. De seguro, eso no era un suicidio; y, sin embargo.....



## XVII

Tales son los hechos que recordaba poco á poco en el curso de la conversación que referí en el comienzo. Había dejado de tomar parte en ella y hasta de atender, arrastrado por la corriente de aquellos recuerdos que iban resucitando lentamente en mi memoria. Traté de precisar sus contornos inciertos, á la vez que me abandonaba á algunas reflexiones muy vagas.

«¡Ay, nada sabemos de los demás! Vémosles ir y venir, agitarse, padecer, amar y morir, sin que nuestros torpes ojos consigan atravesar la dura costra de las apariencias para calar más hondo, en las regiones del alma, aquellas donde reside el ser verdadero, eternamente ignorado, impenetrable, inaccesible. Sus pensamientos se nos manifiestan por medio de palabras que creemos comprender, y nunca estamos seguros de haber comprendido su significado. En cuanto á sus actos, ¡ah! mucho peor aún: ¡nos engañan más que las palabras! Los juzgamos, los justificamos, los definimos, diciendo: estos son buenos, aquéllos son malos; estos son justos, aquéllos son injustos; estos son admirables, aquellos no tienen excusa. Y nuestros fallos son casi siempre otros tantos errores inicuos, porque se fundan en las groseras categorías fabricadas por nuestro burdo análisis de los hechos.

«¡Los hechos!..... ¿Qué importan los hechos? No son sino



signos más inciertos que las palabras: y no sabemos interpretarlos. Ellos son lo único que vemos; y, sin embargo, sólo nos importan los sentimientos, los cuales se nos escapan, rodeados de misterio, y de tal diversidad!

»¡Ay! en estas delicadas cosas del corazón, ¿quién deslindará los límites exactos entre el bien y el mal? ¿Quién dirá cuándo el amor prohibido por las leyes humanas lo es también por esas leyes superiores cuya divina indulgencia presentimos á veces? ¿Quién dirá cuándo queda la culpa expiada por el sufrimiento, y aun acaso transformada hasta en su esencia? Porque, en último término, el poder de amar de un corazón dilatado que rompe las cadenas de las preocupaciones, de un alma que se exalta por encima de las trabas sociales, ¿no es acaso una virtud? ¿No hay heroísmos superiores á la fría observancia de las reglas, á la vulgar obediencia de las leyes?

»¡Pobres silenciosos! ¡Cuántas lágrimas cuya amargura habéis guardado para vosotros solos!

»Admírase al herido que, echado en el suelo, tinto en sangre, aguarda la muerte sin exhalar gritos inútiles..... Y vosotros, que ocultais vuestra angustia bajo antifaces intachables; vosotros que sabéis ir y venir, hablar y sonreiros mientras se os desgarran el corazón, ¿no seréis más que unos despreciables embusteros?..... ¡No, no; también sois héroes vosotros!.....»

Otras cosas más pensaba yo entonces. Pero, ¿á qué transcribirlas aquí? Aunque sólo sean hechos, los hechos tienen su elocuencia. Si he sabido narrar los que llevo relatados, deben manifestar su significación; y si hay un juez, ante él defenderán la causa de dos amantes que sin duda sufrieron aún más que pecaron.



## SEGUNDA PARTE

---

### Otra conversación.

Alberto Portal, el tan conocido pintor, habíanos invitado á Santiago D\*\*\* y á mí para que fuésemos á ver su último lienzo, que iba á remitir á América. Santiago D\*\*\* es mi más antiguo compañero en letras; pero existe entre nosotros un lazo mucho más fuerte que el vínculo profesional: una amistad firme, constituida por mutua estimación, esfuerzos comunes, recíproca ayuda en horas difíciles, simpatías y gustos semejantes. En los asuntos en que es preciso entenderse para ser amigos íntimos, nuestros pareceres concuerdan casi siempre; en las cosas de la vida, admiro su rectitud, la seguridad de su juicio, su energía, que nada perjudican para que tenga una sensibilidad ardiente y dulce á la vez, una delicadeza enteramente femenina. Los que sólo por sus escritos le conozcan no pueden de ningún modo sospechar lo que es; porque siempre se ha dedicado á trabajos eruditos, más bien áridos, exactos, minuciosos, impersonales, en los que desaparece él mismo, como si temiera que la literatura de imaginación, para la cual es maravillosamente apto, desarrollase en él ciertas virtualidades, ciertos gérmenes que reprime por diputarlos peligrosos. En cuanto á Portal, cuyo elogio como artista sería superfluo, es ante todo un hombre de mundo, muy frecuentador de los



círculos elegantes, un poco *snob*, socio de varios casinos, excelente *sportsman*. Esto equivale á decir que nuestras relaciones con él, bastante poco seguidas, son por completo accidentales.

Habíamos pagado nuestro tributo de alabanzas á su cuadro, así como á unos hermosos estudios que nos enseñó. Fumábamos axcelentes cigarrillos, medio tendidos en un diván oriental, delante de una botella de Jerez.

Poco á poco cambió el giro de nuestra conversación, que versaba sobre cuestiones de arte. Empezamos á hablar de diversas personalidades muy visibles, cuya historia anecdótica conocía Portal á fondo, y, por último, de un escándalo reciente: la estrepitosa ruptura de unas relaciones, que desde mucho tiempo antes nada tenían de misteriosas, entre un caballero casado y una señora de las más encopetadas. Portal nos dió á conocer todos los detalles del asunto con tanta precisión, que hubiera podido creerse si habría desempeñado algún papel en el mismo. Con los ojos entornados, despidiendo bocanadas de humo en espiral hacia el dosel de telas bordadas que corona su diván, parecía gozarse en su propio relato y con nuestra atención sostenida. Por lo demás, removía esas tristezas sin que pareciese afectarle ni aun la sombra de ellas, con el mismo tono que hubiera empleado para explicar las interioridades de una carrera de caballos ó las peripecias de un *match*. Cuando ya no tuvo nada más que referir, juzgó las cosas de este modo:

—Ya ven ustedes que, en resumen, eso ha ocurrido más correctamente de lo que pudiera creerse por el escándalo que con ello se ha armado.

Como nosotros nada respondiésemos, añadió:

—Una vez descubierta una intriga, debe cesar, ¿no es así?.....

Tuve la debilidad de murmurar:

—Sin duda..... Siempre acontece eso.....

Santiago D\*\*\* me echó una mirada acusadora y preguntó:



—Pero, acabemos; ¿son fundados los rumores que corren acerca de la señora X\*\*\*? ¿Es cierto que está?.....

Interrumpióse dos segundos y prosiguió:

—..... ¿Que está gravemente enferma?

—Loca, loca querrá decir usted,—rectificó Portal.—Creo que se exagera..... Las personas mejor informadas hablan de un ligero extravío del espíritu, pero afirmase que se repondrá..... En todo caso, el hecho es que ha tomado las cosas muy por lo trágico.....

—¿Y el amante?—pregunté.

—¡Oh, ese!—dijo Portal, con un gesto significativo.—Lo que es él no perderá por eso la cabeza, respondo á ustedes de ello. Sin duda le ha fastidiado mucho, muchísimo..... Siempre son desagradables esas aventuras..... Pero, ¿qué querían ustedes que hiciese?..... Una mujer que engaña á su marido ya sabe á lo que se expone: ha de procurar no ser descubierta. ¡Esta señora fué desde el principio tan imprudente!.....

A lo cual repliqué yo:

—Porque amaba de veras, sin duda.....

—Ese fué su yerro,—declaró victoriosamente Portal.—Nunca se debe amar de veras, pues entonces ya no se ve claro.

Santiago D\*\*\* se agitaba desde hacía un momento. No pudo contenerse más y estalló:

—¿Saben ustedes lo que me extraña en historias como esa? Pues bien: la pequeñez de alma y la vulgaridad de sentimientos que revelan..... en el hombre, por supuesto. La mujer ha sufrido; á ella la dispenso..... Pero su amante es un bruto.....

Portal abrió los ojos con extrañeza y preguntó:

—¿Por qué? Haga usted el favor de decírmelo.

Mi buen amigo continuó, arrastrado por su afición á moralizar:

—Demos de lado á la anécdota que acaba usted de contar; no es más ni menos significativa que otras muchas. Veamos cómo pasan las cosas en las nueve décimas de los casos



parecidos. Porque esas historias de adulterio son siempre casi iguales.....

—Para los espectadores, no para los protagonistas,—dijo Portal.

Santiago, sin contestar á la interrupción, prosiguió:

—Un hombre y una mujer á quienes separan las circunstancias, los deberes, la vida entera social, préndanse uno de otro. Admito que sean de una virtud media: no se rinden al primer grito de su deseo, sino que luchan y resisten.

Portal interrumpió otra vez:

—Más ó menos.

—Conformes; más ó menos, pero siempre un poco—repitió D\*\*\*.—Con tal de que eso no sea ya para ellos una costumbre, en cuyo caso no me interesan. Así, pues, resisten algún tiempo. Luego sucumben, porque nunca se ha amado nadie como ellos, porque..... En resumen, por toda clase de buenas razones. Está muy bien..... Por poderosa que sea su pasión, hallan el medio de conciliarla con las exigencias de su vida, regular al parecer, y que no querrian sacrificar. ¡Eso no! Y se dedican de incógnito al perfecto amor durante cierto número de semanas, de meses ó de años.

El insoportable Portal volvió á interrumpir con tono escéptico:

—¡Oh!..... ¡De años!.....

—Nada supone el tiempo—dijo Santiago con un gesto de impaciencia.—Al principio se miran como víctimas del orden social, que es injusto y tiránico, ya se comprende; buscan excusas y las encuentran. Llega después un momento en que ya no las necesitan; practican con plena seguridad la mentira, el disimulo, la hipocresía. Entonces todo se echa á perder. Sobreviene cualquier incidente, una carta extraviada, un embuste sorprendido, una cita torpe, y se descubre su trapisonda. ¡Imaginan ustedes que va á ocurrir algún drama? ¡De ningún modo! Algunas escenas de comedia, y nada más. Entran las explicaciones. El cónyuge engañado, marido ó mujer, reclama



sus derechos, se agita, amenaza; vense apuntar los tribunales, el divorcio, el escándalo. Pero en ese momento, descubren de pronto los amantes que el matrimonio es sagrado; que alguno de los dos tiene hijos cuyo porvenir no debe comprometerse; que los vínculos que les unen con el cónyuge respectivo son más sólidos de lo que sospechaban; que el cocido de familia es un alimento más sano y más indispensable, ya que no más nutritivo y agradable que la caza manida..... Y se separan. ¡Buenos días, buenas noches! Acabóse todo, no hablemos más de ello.....

—Es verdad—dijo Portal;—ese es el curso ordinario de tales asuntos. Pero ¿no es también el mejor desenlace que pueden tener?

—Pues bien—continuó Santiago;—tengo la candidez de parecerme eso miserable..... Sí, me imagino que cuando se ha amado lo suficiente para olvidar..... sus deberes (permítanme ustedes que emplee esta antigua palabra en desuso), debieran aceptarse todas las consecuencias de ese olvido. Aún voy más lejos: imagino que si el amor no tiene ya la frescura y el imperio de los primeros tiempos, todavía debiera sacrificarse todo lo demás en aras de él por el bien parecer, por dignidad, por respeto de sí mismo.

Al oír esto Portal, no pudo menos de reírse y exclamó:

—Mi querido amigo, pero ¿de dónde sale usted?..... Ya no estamos en los tiempos del romanticismo..... Y luego, ¡vaya una moral!..... Vamos, ¿qué sería de la sociedad si se pensara como usted?..... Al más pequeño rasguño hecho con un cortaplumas en el contrato, sería preciso destruir todas sus cláusulas.....

—¡Ah, la sociedad!..... ¡Peor para ella!—respondió Santiago.—La sociedad sigue siempre su curso, bien ó mal, y acontezca lo que quiera. Por otra parte, el individuo me interesa mucho más que la sociedad. Me agrada verle desarrollarse noblemente fuera de lo convencional y de los prejuicios. Ó el amor es un crimen y no debe amarse, ó es lo más hermoso



que hay en la vida, y tiene derecho á los sacrificios necesarios.

Portal alzó los brazos y dijo:

—¡Dios mío, qué lógica!..... ¡No le conocía á usted bajo ese aspecto, querido!..... ¡Es usted un nihilista, un anarquista, un hombre peligrosísimo!..... Yo tomo las cosas con mayor sencillez..... Me parece muy bien eso de tomarse y dejarse con facilidad..... Creo que es una gran fortuna que la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos juzgue en eso como yo. ¿Qué digo la mayoría?..... ¡La totalidad, querido, la totalidad!..... Diez, quince, veinte historias puedo referir á ustedes como la que acabo de contarles..... Usted apenas podría citarme una que se desenlace según su corazón..... á menos quizá de ir á buscarla en la *Gaceta de los Tribunales*.

Santiago D\*\*\* meneó la cabeza, diciendo:

—Es verdad, y lo siento por los hombres de nuestro tiempo. Sin embargo.....

Interrumpióse, pareció reflexionar un instante y prosiguió:

—Sin embargo, si ustedes quieren, voy á contarles una que difiere de esas un poco..... Por ser más rara, paréceme que tiene tanto significado..... Les demostraré á ustedes, si la escuchan, que el alma contemporánea aún es capaz de alguna exaltación..... Tal vez nos codeamos con muchas parecidas..... Pero no se conocen ó se olvidan, porque son de las que sólo se desarrollan en silencio. Una pura casualidad me ha revelado ésta. ¿Quieren ustedes oirla?

—¡Diga usted!—exclamó Portal, ofreciéndonos otros pitillos.

Santiago D\*\*\* nos hizo entonces el relato que va á leerse, tal como he podido reconstituirlo.



## Otra historia.

## HASTA EL FINAL DE LA CULPA

## I

## PRELUDIO

Durante el verano de 188..., tuve que pasar varias semanas en Weimar. Como entonces me ocupaba de Goethe, tenía interés en consultar ciertos documentos que no hubiera podido encontrar en otra parte, y á la vez vivir en la atmósfera donde vivió el grande hombre; parecíame que así llegaría á comprender más de cerca los secretos de su corazón ó los de su pensamiento. El resultado de aquella experiencia fué que en poco tiempo perdí muchas de mis ilusiones acerca de él. Sin embargo, una me quedó: admiré cómo aquel hombre, que por todos conceptos es uno de los precursores del siglo XIX, perteneció siempre al siglo XVIII en todo lo que atañe á la idea y á la práctica de la vida. Hasta el fin, á pesar de haber escrito *Werther* y leído *René*, siguió perteneciendo á aquella linda época que tan bien supo saborear la existencia. Pocos hombres tuvieron más robusto propósito de ser felices; así, siendo el amo de Weimar, rehizo, acomodó, dispuso con pasmosa habilidad su pequeña residencia con la mira puesta en el bienestar, en el placer y en el atractivo. Parece que lleva impreso su sello: todo cuanto allí se ve, el castillo, el parque, el teatro, despierta la idea de una existencia fácil, armoniosa y dulce. Hasta me parece una canción alegre el ligero murmullo



de aquel riachuelo del Ilm, cuyas pardas aguas corren bajo las umbrías espesas de hermosos árboles viejos.

Esa disposición tan estudiada, ese carácter artificial de la pequeña ciudad me desagradaron: hartas tempestades han pasado sobre el mundo, para que aún pueda gustarnos mucho el «*olimpismo*» del gran egoísta. Me cargaba el verle exhibido en todas partes, con apacible indiferencia, como si aún estuviésemos en los buenos tiempos *rococo* de Carlos Augusto, de la duquesa madre y de la señora de Stein. Los personajes de la historia de Goethe, cuyos retratos eran mi continua pesadilla, se me hicieron tan antipáticos como el mismo protagonista. Teníales tirria por haber sido demasiado felices; de buena gana los hubiera abandonado de vez en cuando para irme á vagar sin objeto por los bosques de Thuringia, si no me hubiese corrido prisa acabar el trabajo que me retenía en Weimar.

Estaba aposentado en la fonda del *Principe Heredero*, esquina á la plaza del Mercado, el sitio menos muerto de la ciudad: era un caserón patriarcal, donde se está alojado con limpieza y se come regular. Pero las comidas, muy largas y copiosas, me parecían mustias en un vasto comedor adornado con grandes bustos en yeso de los fundadores del Imperio, pequeños bustos de Goethe y de Schiller, inevitables como el destino, y otros bustos más (también de yeso) de los más populares entre los soberanos del país. Veía desfilar por allá viajeros con su *Guía-Bædeker*, que estaban un día ó dos, visitaban las curiosidades de la comarca y desaparecían. Fuera de algunas insignificantes frases cruzadas acá y allá con esos compañeros por azar, veíame reducido á mi propia compañía, que nunca me ha sido muy grata.

Al cabo de una decena de llevar esa monótona existencia, comenzaba á pesarme la soledad, cuando entré en relaciones con un joven profesor alemán, el doctor Cristián Hort, á quien constantemente encontraba en el Museo de Goethe. Comenzamos por un cambio de reflexiones ante uno de los innumera-



bles retratos de Cristiana. Opiné que con su cara despierta, sus hermosos labios sensuales, sus grandes ojos cándidos y el buen humor de su cara rechoncha, la mujer legítima de Goethe es, en suma, la más simpática en la galería de sus amadas. El doctor Hort no era de mi parecer: sentía debilidad por Bettina, de la cual prefería la mirada revoltosa y el aire picaresco. ¡Cuestión de gusto! Sea como fuere, esta discusión sirvió de punto de partida para algunas otras. Como las salas del Museo de Goethe, con los suboficiales que las guardan y el silencio respetuoso que en ellas reina, no eran á propósito para nuestras conversaciones, acabamos por ir á continuarlas en el parque. Pues bien; un día que pasábamos charlando por delante de una de esas casitas de campo cercadas y rodeadas de árboles que hay próximas á él, ví salir de allí una pareja que me llamó la atención. La mujer, muy buena moza, muy esbelta, era de una elegancia enteramente inesperada en Weimar, realzada aun más por la nobleza de su porte y la armonía de sus movimientos; llevaba un velete espeso, que me impidió ver su rostro. En cuanto al hombre, era de notable hermosura: regulares y bien perfiladas las facciones, mate la tez, contrastando con el bigote muy negro, tranquilo el aire y firme el andar. Iban sin mirar nada, indiferentes, con altivez, al paisaje que por casualidad los circuía, absortos ambos en una cosa invisible que pasaba en el fondo de ellos mismos. Seguían yo con la vista, y me dijo mi acompañante:

—Son franceses.

—¿Cómo es eso?—exclamé, sorprendido de hallar franceses domiciliados en una pequeña ciudad alemana.

—Sí—prosiguió el doctor Hort—franceses. Llevan aquí dos años, según me han dicho.

—¿Qué hacen?

—No se sabe. Salen raras veces. La mujer siempre va con velo, como hoy. Unas diez veces la he encontrado y nunca he visto sus facciones. Por lo demás, no conocen á nadie, no ven á nadie, no hablan con nadie.



—¿Un misterio, entonces?

—De ellos no se conoce nada más que el nombre; y hasta se duda de que sea auténtico.

—¿Cómo se llaman?

—De Sourbelles.

Tuve que hacerle repetir dos ó tres veces este apellido, estropeado por él.

—¿De Sourbelles?.... —repetí yo. — Me parece que me suena.

En efecto, había oído en alguna parte ese nombre, pero en vano intenté poner en claro mis recuerdos.

—Preténdese que hay un drama en su pasado,—prosiguió el doctor Hort.—Por lo demás, no se sabe á ciencia cierta de qué se trata. Unos dicen que no están casados; otros, que han venido aquí después de un grave escándalo. En la ciudad se ocupan mucho de ellos. Pero como su servidumbre no habla, sólo es posible hacer conjeturas.

Aún más que esas noticias incompletas excitó mi curiosidad la verdaderamente fuertísima impresión que la desconocida pareja me produjo en su rápido paso. Volví, pues, á pasearme por los alrededores de la casa de campo. En vano; con las ventanas grises medio cerradas, las paredes de color de ladrillo; los árboles que la escondían, la brionía que trepaba por los balcones y el silencio que reinaba allí, parecíame cada vez más misteriosa. En cuanto á sus moradores, no volví á encontrarlos: ningún signo exterior manifestaba su existencia. Sólo dos ó tres veces vi aparecer en una ventana la cabeza de una doncella de labor, con un gorrito puesto, mientras abría ó cerraba las maderas con rápido ademán. De vez en cuando, el doctor Hort, que estaba enterado al dedillo de los chismes y cuentos de la ciudad, me ponía al corriente de sus dichos y hechos. Pero esos informes eran poco decisivos: nunca versaban sino acerca de una compra hecha en cualquiera tienda, una expedición á Eisenach ó á Cobourg, una asistencia al teatro en el fondo de un palco, ú otros incidentes de tan poca



importancia. Cuanto menos conseguía saber mi nuevo amigo acerca de los misteriosos extranjeros, tanto más le preocupaban.

—Muy pronto tengo que irme—me decía—¡y no sabré nada de esa gente!....

Y agregaba, melancólico:

—¿Por qué será más fácil adquirir noticias acerca de los muertos que acerca de los vivos? Conozco á la señora de Stein como si la viese á diario. Sé el matiz exacto de sus cabellos, la hora de sus comidas, lo que pensaba respecto á todas las cosas, cómo vestía, etc., etc. ¡Y nunca he podido ver la punta de la nariz á la señora de Sourbelles!

—Por eso—le respondí—vale más escribir historia que novela.

Pues bien; cierto día, al entrar yo en el comedor de la fonda tuve la sorpresa de reconocer junto á mi sitio de costumbre el fino perfil del señor de Sourbelles. Acababa de comer la sopa y parecía contemplar con suma atención el busto del duque reinante, que estaba enfrente de él. Le dirigí la palabra en francés: miróme con extrañeza y me respondió, pero sin dejar que se entablase una conversación. Creyendo que estaba resuelto á encerrarse en el mutismo, no insistí; de suerte que la comida prosiguió en silencio. Al levantarnos de la mesa, no cruzamos más que un ligero saludo. Al siguiente día, contra lo que era de esperar, él fué quien rompió el hielo; púsose á hablar y habló mucho, como una persona que desde largo tiempo atrás no ha hecho uso de su lengua materna, que oye con gozo el sonido de su propia voz y presta de pronto desproporcionado interés á mil cosas indiferentes. En seguida reconocí que era hombre de entendimiento y de letras, de carácter abierto y excelente educación; que tenía ideas originales é inesperadas y gustaba de exponerlas. Pero no hablaba sino de cosas y nunca de sí mismo. Después de haber comido juntos varias veces, después de algunos paseos propuestos por él, después de dos ó tres veladas que pasamos en uno de esos



jardines de conciertos donde se mata el tiempo sin mucho trabajo, gracias á la cerveza y los cigarros, mientras una banda militar toca overturas de Wagner, habíamos desflorado casi todos los asuntos en que se complacen las personas ilustradas. Conocía las opiniones políticas y religiosas de mi compañero casual, sus gustos literarios, sus preferencias artísticas, sus juicios acerca de la Alemania moderna, el Emperador, el Reichstag, los socialistas; pero no sabía lo que hacía él en Weimar, ni si hacía allí algo, ni de dónde había venido; es decir, absolutamente nada de lo que le concerniese. Ni una palabra que pudiera servirme de indicio, ni ayudarme á abrigar alguna suposición. Como me quejase del aspecto artificial de Weimar, se le escapó esta exclamación:

—Sí, es una ciudad aburrida y monótona....

Adivinó sin duda la indiscreta pregunta que tuve en la punta de la lengua:—Si eso le parece á usted, ¿por qué vive usted aquí?—puesto que tras una breve vacilación, añadió:

—Pero, ¿qué quiere usted? Aún vale más que otras muchas ciudades alemanas.... No es excesivamente prusiana.... Y se está casi seguro de no encontrar aquí compatriotas conocidos...

Esta última frase excitó mi imaginación, que se puso á trabajar sobre este tema apenas bosquejado: me dije que el señor de Sourbelles había ido á fijarse en Weimar, sin duda para estar completamente solo, al abrigo de esos fastidiosos que se encuentran en todos los sitios de veraneo á la moda, y que para ello tendría razones que probablemente ignoraría yo siempre. Por otra parte, mi curiosidad menguaba conforme iba en aumento la simpatía que me inspiraba. Hubiera concluido por resignarme á tomarle tal como era, con su delicado ingenio melancólico y su aguda inteligencia algo paradójica, felicitándome de haberle conocido y sin preocuparme de su pasado más que del doctor Hort ú otro cualquiera..., cuando un día, después de tomar juntos el café, me dijo bruscamente:

—Debo advertir á usted, caballero, que hoy nos reunimos por última vez.



—¿Cómo es eso?—exclamé.—¿Se marcha usted?.....

Apartó de mí la vista y me respondió con un tono que se esforzaba en hacer indiferente:

—No, no me marchó..... La señora de Sourbelles estaba ausente; estará de regreso esta noche..... Vine al *Príncipe Heredero* para huir de mi soledad..... Ahora, se acabó: vuelvo á mi casa de campo, á reanudar mi vida habitual.....

Buenas ganas me dieron de preguntarle por qué el regreso de su mujer había de interrumpir por completo nuestras relaciones; sin embargo, reprimí la pregunta que la sorpresa iba á arrancarme.

Esperaba alguna explicación y no me dió ninguna. Confieso que me quedé resentido, con tanto mayor motivo cuanto que había hecho todo lo posible por agradarle; y estaba resuelto á separarme de él con frialdad. Pero estuvo tan afable y tan simpático en todo lo que me dijo después, mostró un pesar tan evidente en su último apretón de manos, que me fué imposible ocultarle que por mi parte sentía mucho perder su trato; de suerte que nuestra despedida fué positivamente amistosa.

—¡Esto es rarísimo, más extraño que todo lo demás!—pensé.—Ha parecido gustar de mi compañía; somos extranjeros ambos, compatriotas; estamos perdidos en una ciudad que no nos agrada, entre estos *gæthólatras* cuyo fetiquismo nos irrita los nervios: ¿qué puede impedirle invitarme á ir á su casa ó por lo menos venir de vez en cuando á buscarme á la fonda?

Como aún tuviese que pasar algunos días en Weimar, volví á frecuentar el trato del doctor Hort, á quien tenía un tanto abandonado y que no lo tomó á mal.

El bueno del sabio continuaba yendo al museo de Goethe, pero se modificaban sus gustos: el rostro ajado de Bettina había concluído por fatigarle y se prendaba con vivísimo sentimiento de la despeluznada Maximiliana, de la cual se puso á hablarme con exuberancia.

—Es usted romántico de imaginación,—le dije bromeando. Defendióse lo mejor que pudo, explicándose así:



—No crea usted que me guste Maximiliana á causa de sus mal peinados cabellos, sino porque fué desventurada. ¡Esa sí que era de imaginación romántica, como dice usted! Su imaginación dió un colorido dramático, que no me disgusta, al abandono de Gœthe.

—Vulgar historia, por lo menos en cuanto á Gœthe—respondí.—Por lo demás, vuestro grande hombre nunca tuvo sino sentimientos muy medianos: es de los que no saben amar á nadie sino á sí mismos. Le tengo mala voluntad, desde que estoy estudiándole. Las que engañó (y engañaba á cuantas le amaron) valían más que él.

Me esperaba algunas protestas; porque los *gæthólogos*, en general, no admiten que se toque á su ídolo. El doctor Hort se limitó á menear su bondadosa cabezota rubia, respondiendo, con un relámpago en sus ojos pensativos:

—¿Acaso la mujer no es siempre en estas cosas superior al hombre?..... Siempre es ella quien sufre ante todo..... Y, ¿por qué no he de confesárselo?: siento una simpatía y una curiosidad infinitas por su sufrimiento.....

Ibamos por el parque hablando de esta manera. Llegábamos precisamante á la vista de la casita de ladrillo de Sourbelles, cerrada y silenciosa como de costumbre. Hort apuntó á ella con el bastón, continuando:

—Así, mire usted, daría mucho, muchísimo, por saber lo que ocurre allí dentro. Porque ahí pasa algo, estoy seguro de ello..... Y como siempre, cuando ocurre algo entre un hombre y una mujer, la mujer es la víctima.

Después de un suspiro, prosiguió:

—¡Qué suerte tiene usted, de haber podido hablar con el señor de Sourbelles!.....

—¡Oh!—respondí, encogiéndome de hombros.—¡Para lo que me ha dicho!.....

—No importa; á lo menos ha oído usted el metal de su voz, ha recibido usted una impresión directa de él, está usted en condiciones para comprender algo de su carácter ó de su vida.



—Todo lo que sé es que no produce la impresión de un hombre feliz..... ni la de un verdugo, se lo afirmo á usted.

—¿No le ha dicho nada de ella....., de su misteriosa compañera?..... ¿Por qué se tapa siempre la cara?..... ¿Por qué se ha ausentado?..... ¿Por qué ha vuelto?..... Bien sé que nada de eso me atañe, pero por lo mismo me interesa más.

Había un no sé qué de cómico en esta curiosidad candorosa, harto benévola para producir desagrado y también incapaz de indiscreción.

—Pues bien, consuélase usted—dije al bueno del sabio.—Es probable que sus desconocidos amigos se marchen un día ú otro, como han llegado. Entonces, además de los otros «porqués», se preguntará usted: ¿por qué se han ido? Después, ya no pensará usted más en ello. Así va el mundo. Pasamos junto á muchos misterios; no sabemos casi nada de nuestro prójimo; lo cual no nos impide juzgarle, si llega el caso. ¡Vaya! más vale ocuparnos de nosotros mismos ó de las hermosas mujeres, fallecidas cien años ha, que tuvieron la suerte de excitar la fantasía de vuestro Goethe.

Pasó tiempo, el verano tocaba á su fin, las hojas de los vetustos árboles del parque empezaban á amarillear; y, avanzando mi trabajo, veía aproximarse el momento de partir. Confieso que no dejaba de agradarme: había aspirado más aire gœthiano del que mis pulmones pueden soportar, y sentíame harto de aquella pícara pequeña ciudad, que parece un anacronismo, tan fuera de lugar en la actual Alemania como un tricornio en la cabeza de un general prusiano. Por tanto, no imaginaba que hubiera de volver á reunirme con el señor de Sourbelles, ni saber nada de él.

Pero una mañana, á mi regreso á la fonda para comer, ví delante de ella al doctor Hort visiblemente emocionado. Pareció tan sorprendido de mi tranquilidad, como yo lo estaba de su agitación.

—Conque, ¿no sabe usted nada?—me preguntó.

—¡No! ¿Qué hay?



—¿Es posible?..... ¡Si no se habla de otra cosa desde hace algunas horas.....! ¡La señora de Sourbelles ha muerto.....!

Y añadió, bajando la voz:

—¡Hasta se dice que se ha envenenado.....!

En seguida corrió á hablar con el repostero principal, que paseaba por el vestíbulo, y de quien pensaba que tendría noticias. El repostero contó cuanto sabía: que el comisario de policía había hecho una visita, que era activa la correspondencia telegráfica entre Weimar y París, que estaba probado el suicidio, que la difunta empleó el arsénico y había sufrido mucho, y que el cadáver sería trasladado probablemente á Francia.

—¿Y el marido?—pregunté.

Las más contradictorias habladurías circulaban acerca del estado de ánimo del señor de Sourbelles: según unos, estaba lleno de desesperación; otros repetían que él tuvo la culpa de ese trágico desenlace; en los primeros momentos, algunos hasta habían aventurado la hipótesis de un crimen. Al hablar de él, el repostero lo hacía con una sonrisa casi desdeñosa, con ese aire hostil que suele manifestarse contra las personas á quienes no se comprende.

Sentí entonces inmensa compasión por ese pobre hombre, abandonado, rodeado de desconfianzas, que debía de sufrir horriblemente con uno de esos dolores condenados á devorarse en silencio, sin que nada los alivie. Me le representé encerrado en su casa, á solas con la muerta, con sus recuerdos, con sus reflexiones, con sus remordimientos quizá..... Me dije que una voz humana le haría bien; y que, después de todo, siendo compatriotas, era yo la única persona de quien pudiera esperar algún auxilio. Sin embargo, no me atreví á visitarle; me limité á escribir cuatro líneas en una tarjeta, para expresarle mis simpatías y ponerme á su disposición eventualmente, enviándosela con un mozo de la fonda. Unos instantes después recibí la respuesta: el señor de Sourbelles me rogaba que fuese á verle. Accedí en el acto á su invitación.



La casa tenía ese aire desolado de las mansiones donde penetra la muerte. Por conmovido que yo estuviese, no pude menos de observar su aspecto. Debía de estar amueblada según el antiguo estilo alemán, pues en el vestíbulo había unas pesadas sillas, una mesa y una lámpara suspensión de hierro forjado, de dicho estilo. Reconocí la misma moda en el salón donde me introdujeron; pero allí destruían el acorde numerosos objetos de origen extranjero. Revelaban un gusto elegante: el de una mujer acostumbrada á las delicadezas de un medio distinguido hasta el rebuscamiento, que se había esforzado en trasplantar algo de él en su residencia accidental. Varios cuadros de la escuela francesa atrajeron mis miradas: reconocí uno de Besnard que había admirado en una de las Exposiciones del Campo de Marte, un perfil de mujer, destacándose en sombra violácea sobre un fondo caliente de puesta de sol. Encima de la chimenea, donde se conservaba la vulgar guarnición, reparé en dos preciosos jarrones de Emilio Gallé. Había un libro abierto sobre la mesa, donde esperaban turno otros dos ó tres de cubierta amarilla; el abierto era *La Ilusión*, de Juan Lahoz. De un cesto de labor sobresalía, desbordándose, un bordado complicadísimo, como si momentos antes lo hubieran tirado allí al descuido. Todas esas cosas parecían despedir aún el reflejo de la vida que las animaba la víspera y acababa de extinguirse.

Pero no tuve tiempo para mirar mucho en torno mío: entró el señor de Sourbelles. Al punto fuí presa de una emoción penetrante, que me hizo temblar las rodillas: tan dolorosa fué su aparición. Ya no era el hombre á quien encontraba tan pocos días antes en la mesa del *Príncipe Heredero*, y cuya chispeante conversación desfloraba todos los asuntos en un semiabandono casi familiar. Arrugas, que no le conocía yo, surcaban su hermoso rostro; contraíanse sus facciones en derredor de sus ojos hinchados y ojerosos, que miraban vagamente á todas partes con una movilidad arisca; tenía en desorden los cabellos y entreabierta por el pecho la camisa; su negligencia en



el vestir, cuando antes le había visto de una corrección tan mesurada, era indicio de que se había apoderado de él repentinamente un indiferentismo absoluto. Detúvose en el umbral y me dirigió una mirada llena de desesperación. Luego, como me aproximase á él, me alargó la mano diciendo con voz ahogada:

—Gracias, por haber venido.

Tartamudeé algunas palabras, que no escuchó. Púsose á ir y venir por el aposento con las manos metidas en los bolsillos del batín, sin decir nada, con ese movimiento de fiera en la jaula que manifiesta la excitación interior llegada al paroxismo. Bien pronto no le fué suficiente el estrecho espacio del saloncillo y pasó al comedor, cuyo alto aparador entreví, cargado de piezas de loza, estaño y gres antiguas. Así transcurrieron largos minutos. Comprendiendo que ninguna palabra bastaría á darle alivio, permanecí de pie ante el bordado sin acabar, siguiéndole con la vista. Entre tanto, resonó un campanillazo. Estremecióse el señor de Sourbelles, aguzando el oído. Le traían un telegrama. Lo abrió, lo leyó, lo estrujó, encogiéndose de hombros y prosiguió otro rato su paseo circular. Parece que se había olvidado de mi presencia. De pronto se detuvo delante de mí.

—Dispense usted que le reciba de esta manera—me dijo, haciendo un gran esfuerzo para emplear un tono natural.—Usted me dispensará, ¿no es cierto?.....

Me incliné y continuó:

—¿Sabe usted?.....

Hice una seña afirmativa.

—¿Lo sabe usted todo?—repitió.

Respondí con dulzura:

—Sé que tiene usted una grande aficción.

Retorcióse las manos.

—¡Ach!—exclamó, empleando esta expresiva interjección alemana.—¡No, usted no puede saber!....., porque es espantoso!..... ¡Ha sufrido horriblemente!..... ¡No puede usted ima-



ginar!..... ¡Dios mío, Dios mío!..... ¡Ha sido tan larga la agonía!..... ¡No puede usted imaginárselo, es imposible!

Repetía las mismas palabras, las mismas frases entrecortadas, sin ilación. Luego continuaba su marcha, deteníase delante de mí, me miraba con fijeza y con indecible expresión de dolor, repetía lo que acababa de decir, ó bien tocaba ó hacía cambiar de sitio á algún objeto, maquinalmente.

—¡Ayer aún leía esto!—dijo, levantando uno de los tomos en que me había fijado.—Y luego trabajó en esta labor.....

Se puso á mover el bordado.

—¡Tenía un aire tan tranquilo!..... ¡Su aire habitual, enteramente!..... ¿Podía yo prever?..... Conversamos con afecto, cariñosísimamente..... ¡Dios mío, cuánto habrá tenido que sufrir para..... para causarme este tormento!..... Porque era buena..... ¡Pobre alma mía querida!.....

Dos lágrimas brillaron en sus ojos.

—¡Sí, pobre alma mía, noble y generosa, que conoció tales tormentos!..... ¡Pobre!..... ¡Pobre!.....

Prorrumpió en sollozos; con ademán de niño herido que pide socorro, tendiome ambas manos y se echó en mis brazos. Luego se echó atrás exclamando:

—¡Perdóneme!..... ¡Apenas le conozco!..... Usted no puede comprenderme..... Pero me acongoja no tener á nadie..... ¡nadie á quien decirle..... todo!..... ¡Oh, el silencio!..... ¡Si supiera usted cuán pesado es algunas veces!..... Yo callaba, me callaba todo lo posible..... Sin embargo, ella me ha oído..... ¡Ella, ella que hubiera debido ignorar siempre!..... No es culpa mía, pues hice lo que pude, todo cuanto pude..... ¡Cómo ha debido de sufrir!..... ¡Cuánto habrá sufrido!.....

Esta idea era la que le asaltaba de continuo. Visiblemente pensaba mucho más en los dolores de la muerte que en su propio sufrimiento; olvidábase de sí mismo y la lloraba *por ella*. La compasión que me inspiraba hízose más viva. Pero, ¿qué podía yo decirle? Le apreté la mano y le dije tartamudeando palabras torpes para darle seguridades de mi simpatía.



Por desmañado que fuese yo para ello, mi simpatía era un lenitivo para él, puesto que me dió las gracias diciéndome en un tono más tranquilo:

—Presentí que había entre nosotros algún vínculo..... Sin embargo, estuve casi descortés al abandonarle á usted..... Debí de parecerle estrafalario, ¿no es así?..... Pero, sin duda, usted adivinó que yo no me pertenecía..... ¡Qué quiere usted!..... Si usted supiese, no se asombraría ya de nada..... ¡No, de nada; sino de verme aún vivo, habiendo muerto ella!.....

Detúvose, dió dos vueltas alrededor de la estancia y volvió á acercárseme.

—Pero, ¿por qué no ha de saberlo usted?..... ¿Por qué no he de contárselo todo?..... ¿Qué importa que ahora se sepa?... ¡Ella es quien nunca debió saberlo!..... Dígame, ¿me escuchará usted?..... Quizá me alivie al ocuparme de estas cosas..... Pues entonces, venga usted..... ¡Vamos junto á ella!..... No quiero dejarla sola..... ¡No, no quiero!..... Piénselo usted: ¡tiene toda la eternidad para estar sola, lejos de mí!..... Venga usted, ¿quiere?.....

Salió del salón. Le seguí al primer piso de la casa. Me hizo entrar en una especie de tocador, colgado de telas oscuras, donde cortinas hábilmente dispuestas velaban la luz de dos ventanas. Allí, en una penumbra de crepúsculo, estaba tendida la muerta en una meridiana, rodeada de gran profusión de flores cuyos intensos aromas ponían pesado el aire. Un largo velo la cubría por completo, trasluciéndose bajo él apenas su esbeltez. El señor de Sourbelles la contempló un momento y la cogió una mano por debajo del velo.

—¡No,—dijo,—no permanezcamos aquí!..... ¡No podría hablar delante de ella!..... ¡Venga usted!..... Por otra parte, estaremos cerca, muy cerca.....

Abriendo entonces una puerta de escape, me introdujo en un cuartito que evidentemente le servía de gabinete de trabajo.



—Siéntese usted,—me dijo, señalándome una butaca.—Le contaré..... Le contaré á usted.....

Y tan pronto sentado enfrente de mí, poniendo á veces su brazo encima del mío ó la cabeza entre sus manos, con voz entrecortada, tan pronto yendo de un lado para otro ó interrumpiéndose para desaparecer en la estancia inmediata, me confió el secreto de su vida en estos términos, poco más ó menos.



## II

## NARRACIÓN

—¿Tendré que referírselo á usted todo? No, ¿no es así? Los detalles del comienzo no son necesarios. Además, todas las historias se parecen al principio, ó á lo menos tienen aspecto de asemejarse. Sin embargo, la nuestra no empezó por completo como las otras. Desde su origen hubo en nuestro caso algo repentino, irresistible, fatal; una tempestad de verano preparada en un abrir y cerrar de ojos por un soplo de viento y que estalla sin verla venir.....

Estaba yo de guarnición en una pequeña ciudad del Norte..... Capitán..... capitán de caballería..... Me aburría: no elegí libremente la carrera militar, á la que nunca tuve afición. Seguía mi suerte, sin resistencia inútil, pero no sin pensar en lo que hubiera podido ser y ya no sería; esos pensamientos eran melancólicos. Tenía entonces treinta y cuatro años. Hasta aquel momento, había vivido como todo el mundo..... Aventuras, ni más ni menos que la generalidad de mis camaradas y del mismo orden; en suma: fáciles, vulgares, iniciadas sin esfuerzos, concluídas sin pena, olvidadas de prisa..... Ningún amor, excepto en mi primera juventud: una de esas historietas sentimentales de que creemos morirnos y que sólo dejan un leve recuerdo y un poco de ridículo..... Naturalmente, no me daba cuenta de que ignoraba el amor; antes por el contrario, indignábame haber amado y sufrido mucho, ha-



ber gozado mi parte de exaltación y de felicidad..... ¡Tonte-rías!..... Mis pasiones, interrumpidas por cada cambio de guarnición, por las cuales no hubiera hecho el más pequeño sacrificio, que me causaban un poco de mediano placer y nunca me habían costado una lágrima, no eran amor: eso bien lo sé ahora.

Pues bien; á consecuencia de un movimiento en el personal facultativo, fué trasladado el subprefecto de la ciudad donde llevaba yo varios meses de residencia. Su sucesor se llamaba..... Le llamaré el señor H\*\*\*. Ningún inconveniente habría en decir á usted su apellido, puesto que nuestra historia no permaneció secreta. Sin embargo, prefiero no pronunciarlo.

La llegada y la instalación del nuevo subprefecto fueron un acontecimiento para la comarca; con tanto más motivo cuanto que el señor H\*\*\* disfrutaba de una vaga notoriedad literaria por haber publicado algunos libros, dos ó tres novelas, unos estudios históricos, yo no sé qué. Decíase de él que era hombre de chispa y de su mujer que era muy guapa; se pensaba que darían un poco de animación á nuestra vida de sociedad, desprovista de todo género de esplendores. Llegaron á la entrada del invierno, en el momento de comenzar la temporada de diversiones. No tardé en encontrarles en un baile que en honor suyo daba una familia amiga mía. Fuí presentado al señor H\*\*\* en el gabinete de fumar. Me desagradó hasta ponerme nervioso. Tenía una vocecilla de carraca, que me causaba daño. Hablaba mucho de política, de literatura, de galanteos, bien informado acerca de todo, abundoso en anécdotas y agudezas de ingenio, satisfecho hasta el delirio de lo que decía. Además era muy amable, muy atento, con sus puntas y ribetes de obsequiosidad; sabía interrumpirse para escuchar los dichos de algunas personas principales, con un aire de interés perfectamente representado; en una palabra, conducíase como hombre astuto que penetra en un medio desconocido sin saber á ciencia cierta á qué carta quedarse, pero resuelto á hacerse simpático allí.



No sé cómo fué ello, pero el señor H\*\*\* se cogió á mi brazo y nos dirigimos hacia el jardín de invierno, como dos buenos amigos. Recuerdo muy bien que me hablaba del Emperador de Alemania, cuyo carácter impetuoso le causaba inquietud. Respondíale yo con monosílabos. De pronto, me dijo:

—Allí viene mi mujer. ¿Me permite usted que lo presente?

Miré á la señora de H\*\*\*, que se acercaba despacio á nosotros, mirándonos también, con otra mujer: quedé deslumbrado, deslumbrado hasta perder el juicio. Su marido la dijo mi nombre. Cruzamos unas cuantas palabras insignificantes, sin oír yo ninguna de las suyas: tanto me trastornó el sonido de su voz. Luego, como el señor H\*\*\* ofreciese el brazo á la otra señora, yo la ofrecí el mío maquinalmente. Entramos en los salones.

Cuando la dejé, inclinándome ante ella, bebiendo su mirada, ya nos pertenecíamos uno á otro, aunque no habíamos cruzado sino las frases más corrientes. Creo que ambos temíamos destruir el éxtasis que se apoderaba de nosotros; quizá sintiéramos también ese confuso miedo que da el presentimiento de la suerte futura cuando se encarna y amaga. Nada decíamos, hasta nuestros ojos se esforzaban en callar; pero sentí como un escalofrío imperceptible correr por su brazo, que rozaba al mío; y cada minuto que pasábamos juntos, en medio de la, para nosotros, invisible concurrencia, forjábase más robusta la cadena que iba á unir nuestros dos seres.

Entre tanto, avanzaba la velada. El señor H\*\*\* llevóse consigo á su mujer. La ví alejarse con él; sus ojos se encontraron con mis ojos. ¡Oh, cómo hablaban! ¡Cómo expresaban la mortal angustia de un sentimiento dominante hasta lo sumo! ¡Cómo pregonaban la confesión que no había salido de sus labios! ¡Cómo los oía yo y cómo les comprendí? Fué un relámpago: ya no estaba allí ella; me quedé solo, oprimido el pecho, feliz, desesperado, ebrio, loco y obligado, empero, á reprimirme, á ocultar los pensamientos que imaginaba irradiar



fuera de mí mismo. Traté de observar las caras de las personas que aún circulaban por los salones casi desiertos, de oír las frases sueltas que se pronunciaban en los grupos cada vez menores. Hablábase de la señora de H\*\*\*, como puede comprenderse. Me estremecí con ciertas frases en que sonaba su nombre:

—¡Es admirablemente hermosa!—dijo alguien.

Me sentí lleno de furor contra el desconocido que se atrevía á admirarla. Sin embargo, una voz respondió:

—Sí, es hermosa; pero su aire es frío.

Aún más me irritó esta restricción necia. Evidentemente expresaba la impresión general, pues añadieron:

—¡Hermosura de hielo!

¡Ah, imbéciles!.... ¡Sólo habían tenido ojos de ciego para ella!.... En cambio, á la primera mirada comprendí yo el alma fogosa que se escondía bajo la severidad estudiada de las apariencias. Enardecíame, estaba al cabo de todos mis pensamientos; los agitaba, conducía y arrastraba en torbellino, como un enjambre atacado de vértigo. Dejé de escuchar y huí, para anonadarme en mi único deseo: ¡verla, volver á verla en todas partes y siempre!....

Entonces comenzó una existencia de angustia y de embriaguez. Tuve una vida multiplicada, hipnotizado por un pensamiento único que jamás me abandonaba, que absorbía todas mis fuerzas, y tan intenso que no hubiera podido decir si era dolor ó gozo. Sentía siempre como al final de aquel baile, del que se me pasaba el tiempo en evocar los menores minutos: sólo á ella veía, aunque ya no estuviese allí; sólo pensaba en volver á verla. Sin embargo, necesité mucho ingenio para encontrarla de nuevo. Nada hay sencillo en las ciudades pequeñas: en la nuestra había poco trato social y hasta entonces no me había mezclado en él. De pronto me volví el más sociable de los oficiales de la guarnición: frecuentaba todas las casas donde podía presentarme, iba al teatro siempre que actuaba cualquiera compañía de paso, no perdía ni uno



de los medianos conciertos que se daban dos veces al mes. Algunas veces la veía en el fondo de un palco y apenas me era posible dirigirla un saludo, que me devolvía con la mirada más bien que con el ademán; ó pasaba interminables noches, oculto en el hueco de un balcón, espiondo hasta la hora en que se disipaba toda esperanza de una entrada tardía. Pero, también algunas veces estaba allí ella, la hablaba, oía su voz. Al cabo, me invitó á las recepciones de su casa, á las cuales fuí. Muy luego, llegando á horas desusadas (en las que me aguardaba, bien lo comprendía yo), logré proporcionarme breves instantes de entrevista á solas. ¿Qué era eso? A cada encuentro crecía mi amor: crecía á cada combinación que me aproximaba á ella, á cada palabra, á cada mirada que cruzábamos; crecía de continuo, se hacía más tiránico, más exigente, más impaciente.

Fué aquél un período de fiebre en que tuve horas de locura, pero que no se prolongó. No hubo entre nosotros ningún manejo de galantería, ningún regateo. Nuestra primera declaración fué decisiva. Por mi parte, en aquel momento no conocí la menor lucha interior, la menor vacilación, el menor escrúpulo; y sin remordimiento ninguno me acercaba al señor H\*\*\* y le apretaba la mano, aunque tenía el firme propósito de quitarle su mujer; fuí calculista, embustero, astuto, hipócrita, aun siéndolo muy poco por naturaleza, sin que me costase ningún esfuerzo. En cuanto á ella, que por fortuna no tenía hijos, ignoro lo que pesaron en su ánimo los vínculos de la familia, de la costumbre, de la sociedad; los afectos arraigados, los deberes, todos esos obstáculos que á veces retardan ó hasta impiden el desenlace fatal del amor. Las mujeres tienen siempre más virtud ó preocupaciones que nosotros: ella conoció de seguro luchas ignoradas por mí; sin embargo, creo que pasó con rapidez también por la fase de las vacilaciones y que me quiso como yo la amaba, es decir, en absoluto, sin admitir nada más sagrado ni más fuerte que ese amor, nada que pudiera retrasarlo ni disminuirlo. Respondió á mi primer lla-



mamiento. Se entregó sin aplazamientos, sin coquetería, sin combate, con el único gozo triunfal de ser de aquel á quien amaba y de embriagarle con la posesión de ella.....

El señor de Sourbelles se detuvo un momento; sus ojos se dirigían á mirar lo pasado, resucitaba los recuerdos evocados por sus palabras, meditaba acerca de aquellas cosas remotas, que acaso juzgase muy de otro modo ahora que se había cumplido el destino inaugurado por su dulcedumbre. Pasóse luego dos ó tres veces la mano por la frente, y prosiguió:

—Sí, así fué..... Sin embargo, ni uno ni otro estábamos corrompidos ó éramos perversos..... Ella no había amado nunca antes de conocerme, ni deseado nunca el amor, ni pensado jamás que pudiera separarse de la línea recta de su vida; tenía buenos sentimientos para con su marido, para con su familia, respeto á las leyes sociales, temor á los juicios del mundo, afición al bien; todas las opiniones, todas las creencias, todos los intereses de una mujer honrada..... Yo mismo era bastante escrupuloso en esas materias; no habiendo buscado en mis anteriores amoríos más que distracciones ó placeres, en otro tiempo me hubiera retraído de comprometer, para satisfacerlos, intereses graves y respetables. En dos ocasiones hasta dejé de frecuentar casas amigas por temor á introducir la perturbación en ellas, aunque fué para mí un penoso sacrificio. Por tanto (puedo hacerme esta justicia), yo también era un hombre honrado, tal vez hasta con más delicadeza de lo que esta expresión suele suponer cuando están interesados los sentidos. Sin embargo, creo que nunca se entablaron relaciones pecaminosas con mayor sencillez: aquello fué como si hubiéramos estado siempre destinados uno á otro, como si nuestro encuentro hubiera borrado en un instante todo nuestro pasado, destruido todos los obstáculos puestos entre nuestras dos vidas. Admiré cada vez más á mi amiga, la juzgué generosa y noble, me dije que se confiaba á mi amor con plena candidez, sin poner ninguna reserva á esa dación de su persona que la generalidad de las mujeres acostumbra á complicar con tantas vaci-



laciones mezquinas ó cálculos mediocres; y unido á ella por un lazo más fuerte que ningún vínculo consagrado, me juré que nunca tendría que arrepentirse de su confianza.....

Usted lee novelas, caballero; me lo ha dicho. Pues bien; sin duda habrá notado usted que los autores que describen relaciones de la misma especie que las nuestras, complácense en descubrir en ellas gérmenes de menosprecio ó á lo menos de desconfianza, á veces de odio, como si los seres unidos por el amor fuera de las leyes no pudiesen ser sino enemigos ó cómplices. Algunos de nuestros moralistas, á quienes se atribuye autoridad en tales materias, han desenvuelto esta tesis: que el hombre se inclina naturalmente á despreciar á la mujer que se le entregó á despecho de sus deberes, porque teme que falte á su fe nueva como á la que la hizo él faltar. Estiman que hay en eso una especie de justicia, una moralidad, ¡qué sé yo!, una garantía para el orden social, un peligro capaz de precaver la culpa, de detener en la pendiente á los corazones previsores del porvenir, avaros de la dicha que detentan..... ¡Ah, caballero, cuánto compadezco á las pobres gentes que conocen, experimentan ó suponen tales sentimientos! ¡Cuán baja ó pusilánime, incapaz de los grandes sacrificios y abnegaciones sublimes del amor, es menester que para eso sea su alma!.....

No, no; yo no dudaba de ella, á pesar de la mentira á que yo la arrastré. Leía en su corazón cual en un libro abierto, como estoy seguro de que ella leía en el mío. Estaba cierto de que era puró, á pesar de todo, en fuerza de abnegación. Hubiérame considerado yo mismo como el último de los miserables, si hubiese tenido para con ella algo que no fuese una gratitud infinita y una ternura sin límites.

Fuimos imprudentes, sin cuidarnos de las astucias, precauciones y habilidades habituales. Nada temíamos, sino el no vernos lo suficiente, empero de amenazarnos la curiosidad siempre en acecho de una ciudad pequeña y estar seguros de que vería claro. Por otra parte, á los dos nos pesaba la men-



tira, pareciéndonos la única mancha de nuestro amor, la única falta que cometíamos. Por eso, sin decidirnos á uno de esos escándalos que, cuando se les provoca, tienen un feísimo carácter de bravata y de crueldad, esperábamos tranquilamente á que se produjese por la fuerza de las cosas, aceptando de antemano, sin pavor ninguno, todas sus consecuencias posibles. Por mi parte, yo iba aún más lejos: deseaba ese escándalo, lo llamaba con todas mis aspiraciones. Porque no quería á mi amiga sólo para las citas furtivas en que nos reuníamos, para las breves horas que robaba yo á su existencia, para nuestros rápidos besos, para nuestras intimidades sobrado cortas; amábala con el impaciente deseo de consagrarla mi vida entera, con esa necesidad de duración, esa sed de eternidad que es la señal de un amor verdadero, olvidándome de todo lo que no fuese ella, con un desasimiento completo de mi ser absorto. Amábame ella otro tanto, aunque estaba más temerosa: por grande que sea su amor, las mujeres tienen un miedo insuperable al escándalo. Esta no se eximía de ese instinto de su sexo: estremecíase al pensar en la hora (que ambos preveíamos, que yo deseaba y que ella también deseaba á su manera) en que, descubierto nuestro caro secreto, habría de remacharnos uno á otro. Sin embargo, cuando por fin llegó esa hora, estuvo muy valiente: fué como si el peligro real disipase sus temores, como si sus últimos escrúpulos se desvaneciesen en el momento decisivo. Aún la veo entrar en mi casa, donde nunca había puesto los pies, pálida, pero serena, y decirme alargándome entrambas manos:

—Lo sabe todo.

Me miró confiada, aguardando mi respuesta.

—¡Bueno!—la dije.—¿Vámonos?.....

Vaciló unos cuantos segundos, haciendo por última vez la cuenta de sus sacrificios, con un postrer temblor ante lo desconocido en pos de que íbamos á ir, y me respondió:

—Cuando quieras.

Había previsto yo tantas veces este caso, que en un abrir



y cerrar de ojos hice el balance de los trámites que me permitirían salir con decencia de la vida regular.

—Necesito unos días para arreglarlo todo,—la dije.

—Está bien,—contestó ella.—Yo no vuelvo más á casa.

En seguida convinimos el sitio donde iría á esperarme.

Discutimos con la mayor serenidad nuestro plan de conducta, trazando sus líneas sin titubear, como si se tratase de cosas sencillísimas. Sin embargo, esta discusión me condujo á preguntarla si sospechaba los propósitos de su marido.

—No,—me dijo, mirándome con los más francos ojos.—Presumo que pedirá el divorcio. Lo espero. ¿Qué quieres que haga él?....

Después de una pausa apenas perceptible, añadió:

—..... Puesto que no me ha matado.....

—Es justo—la dije,—no tiene otra cosa que hacer.

En realidad, se me ocurrían otras soluciones posibles; pero quise evitarla el temor á la emoción de ellas, y por eso apresuré cuanto pude su marcha.

Unas horas después, tras una breve salida, al regresar á mi domicilio, encontré allí una tarjeta del Sr. H\*\*\*.

Esto era inesperado, insólito, incorrecto; era el único incidente que yo no había previsto.

—Pero en último término—pensé—un hombre en su caso, si tiene corazón, está en su derecho para ponerse por encima del Código habitual que rige en los pequeños disentimientos de los hombres: es muy dueño de vengarse como le parezca.

Por tanto, en seguida le envié un recado para advertirle que estaba de vuelta, y á disposición suya.

Media hora después entró en mi casa.

Supuse que venía con intención de matarme, y confieso á usted que estaba dispuesto á defenderme, porque amaba mi vida. No tuve más que mirarle para comprender que no tenía nada que temer de él. Era otro hombre, destrozado y como ennoblecido por un inmenso dolor. Jamás hubiera podido



creer que su insípido rostro pudiera expresar tanta angustia, ni que hubiese tal facultad de sufrir en el insignificante funcionario que la víspera aún mariposeaba y cotorreaba por los salones de la ciudad. Esperaba odiarle y le tuve lástima. Sí, me inspiró una profunda lástima, esa compasión casi física que se siente por los heridos ó los moribundos. Hubiera querido decirle alguna frase compasiva; sentí la necesidad de manifestarle no sé qué estrafalaria simpatía. Pero éramos enemigos.....

Me levanté cuando entró y le indiqué una butaca. Rehusó, haciendo una señal con la cabeza; pero luego se dejó caer en el asiento, jadeando. Crispábanse y se retorcían sus manos encima de sus rodillas. Dos ó tres veces entreabrió los labios, sin proferir ningún sonido. Evitaba mirarme. Por fin, murmuró con voz sorda:

—Tengo derecho á matarle á usted.....

En el estado de agobio en que se hallaba, esa amenaza era ridícula, se lo aseguro á usted; por eso no la recogí.

—Pero no tema usted nada—prosiguió.

Al oír estas palabras no pude reprimir un ademán, que detuvo él haciendo una seña con la mano, encogiéndose de hombros, y aún más con la mirada..... una mirada indefinible, mirada que tendré presente siempre.

—No me comprende usted—prosiguió, explicándose.— Bien sé que usted no tiene miedo..... No, lo que yo quiero decir es que, aun cuando tuviera derecho á matarle, nunca seré un asesino.....

Interrumpióse para repetir dos veces estas palabras misteriosas, que sin duda expresaban largas reflexiones incomprensibles para mí:

—Además, ¿acaso se sabe?..... ¿Acaso se sabe nunca?.....

Después hubo silencio. Reanudaba el hilo de sus ideas, distraído de pronto del momento actual, por grave que fuese, con algo más grave todavía. Sentí un malestar indecible. ¡Cuánto hubiera preferido un acto de violencia á ese dolor,



tan hondo, que no pensaba en contenerse ni en ocultarse, y que se desbordaba ante mí, que era su causa, como se habría manifestado junto á un amigo!

—Sin embargo—continuó por fin—uno de los dos está demás..... ¿no es así?..... de sobra en el mundo. Supongo que será usted del mismo parecer.....

Hice una señal afirmativa.

—Por tanto—prosiguió—es preciso batirnos..... ¡Batirnos á muerte!.....

Transformóse de nuevo, brillando en sus ojos un relámpago de odio, con la frente resuelta y enérgica. Prefería verle así: acabábaseme la compasión, tenía á mi vista un verdadero enemigo.

—Cuando usted quiera y como usted quiera—le dije.

—¡Bien—exclamó, como aliviado—muy bien!..... He querido verle á usted, aun cuando eso no está en uso..... Ya comprenderá usted..... para que nos entiéramos bien..... antes que nuestros testigos..... Los testigos nunca tratan sino de disminuir las probabilidades de peligro: por el contrario, tratemos de aumentarlas..... Es menester que impongamos á nuestros testigos nuestra voluntad común..... ¿Tira usted á pistola?

—Sí.

—¡Mejor!..... Yo también..... Bueno: á quince pasos, apuntando..... hasta que uno de los dos no esté ya en estado de tirar, ¿no es así?

—Comprendido.

—Me las arreglaré para no llevar médico; tampoco lo lleve usted..... Quizá nos hiciera suspender el desafío.....

Me costó algún trabajo hacerle comprender que nunca encontraríamos testigos que consintieran dejarnos batir sin médico. Me replicaba:

—Pero, ¿y en el ejército?

Durante un momento discutimos en toda regla esta cuestión, sin violencia, como personas que disienten por fútil motivo



y que sólo desean ponerse de acuerdo. Acabó por ceder, y dijo:

—¡Sea! Pero, entre nosotros, queda convenido que sólo suspenderemos el lance en último extremo..... Uno de nosotros está de más..... de más.....

Luego, pasando á otro orden de ideas, comenzó á decir:

—En cuanto al pretexto del encuentro.....

Pareció meditar un rato y después se encogió de hombros, con un gesto de completa indiferencia, para concluir:

—No hace falta pretexto..... En seguida se sabrá todo..... Entonces, ¿qué importa?

Levantóse más fuerte, más tranquilo, más confortado, como si esa perspectiva de sangre le consolase.

—¿Estamos conformes en todo?—me preguntó otra vez desde el quicio de la puerta.

—Por completo,—le respondí.

Y se marchó.

El encuentro se efectuó al día siguiente, en las condiciones convenidas entre nosotros, en la frontera belga.

Estaba yo muy sereno, resuelto en absoluto, con la conciencia tan tranquila como debe estarse en víspera de una batalla donde se va á matar ó morir en cumplimiento del deber. La vida de aquel hombre, á quien había hecho yo tanto daño y que acababa de hablarme con una generosidad que no me era posible desconocer, parecíame insignificante por completo entonces. Por supuesto, la mía también. Harto se me alcanzaba que si se volvía en mi contra la suerte de las armas, mi amada no me sobreviviría. Pero estaba decidido á defenderme como mejor supiese, es decir á hacer lo posible por matar al Sr. H\*\*\*, que estaba entre ella y yo. Se lo repito á usted: la vida y la muerte me eran indiferentes, pues me constaba que era mía en muerte y en vida. Pero mi única tristeza era el no verla, el pasar lejos de ella las que acaso fuesen mis últimas horas.

De nuevo se detuvo el señor de Sourbelles, para preguntarme:



—¿Acaso le parezco á usted odioso?..... ¡Entonces, usted no ha amado nunca!..... Cuando se ama, sepa usted que se borra todo cuanto no sea el amor..... Y luego, ¿tenemos la culpa de que nuestra vida tenga absurdas exigencias? ¿Si las leyes y las costumbres están en flagrante contradicción con la naturaleza?..... No siento ninguna necesidad de alegar circunstancias atenuantes en mi favor, se lo aseguro á usted. Pero, en último caso, ¿no sublevaba el que esta mujer estuviese unida para toda la vida con un hombre á quien no amaba, y que yo no pudiera tenerla sino á escondidas, vergonzosamente, yo que la adoraba?

Compréndese que no era momento oportuno aquel para discutir las teorías de mi interlocutor. Sin embargo, me miraba como si su conciencia, despierta quizá después de largo sueño, necesitase alguna palabra para tranquilizarla ó absolverla. Pero un hombre de sangre fría es por instinto siempre defensor de la moral establecida y de las instituciones aceptadas universalmente: cuando uno mismo está en una situación normal, cuesta sumo trabajo comprender la exaltación de aquellos que atropellan ya por todo; se les tiene por peligrosos y se siente más bien la necesidad de ponerse al resguardo contra ellos. Aunque estaba yo lleno de compasión por el infeliz que ante mí se agitaba, érame imposible darle la razón. Por tanto, me limité á responderle evasivamente.

—En efecto, hay horas en que se ven las cosas bajo un prisma especial.

Me miró como si quisiese en mis ojos el verdadero significado de esas palabras vagas; comprendió que le vituperaban y encogióse de hombros, diciéndome:

—A pesar de todo lo que sobrevino después, no he cambiado de punto de vista..... Sin duda, á veces me enternecí por la suerte de aquel hombre galante y deploré que hubiera sido mi víctima..... Pero no he tenido ningún remordimiento jamás..... Y nunca lo tendré.....

Su dolorosa actitud desmentía sus palabras.



—Puesto que estoy hablando de ello—prosiguió, como si fuese á reanudar su relato—no necesito decir á usted cuál fué el término de aquel combate..... El Sr. H\*\*\* hizo el primer disparo y su bala me rozó el cuello; contesté sereno, y le dejé seco.

Callóse y volvió á mirarme: no se me ocurría ni una palabra que decirle. Se levantó y desapareció en el aposento inmediato, donde sin duda iba á pedir á la muerta, muda para siempre, las palabras de consuelo que sólo ella sabría tal vez decirle. Permaneció á su lado unos instantes, entró de nuevo, dió dos ó tres vueltas alrededor del gabinetito, retorciendo el pañuelo con dedos nerviosos. Su emoción era extremada. Sin embargo, consiguió vencerla, sentóse haciendo un esfuerzo y reanudó el relato con voz sorda, la cual se hizo poco á poco más firme.

—.....Algunas horas después, me había reunido con mi amiga.

Distaba mucho de esperar semejante desenlace, pues creo que no conocía á su marido; siempre le tuvo por hombre pacífico, prudente, poco propenso á arrebatos peligrosos; nunca sospechó que la amase. No la referí nuestra entrevista: la dejé creer que el señor H\*\*\* había cedido á un impulso de amor propio más bien que á un impulso de amor..... ¡Ay, no podíamos decirnos todo!..... Tampoco ella me lo dijo todo: vi pasar por sus grandes ojos despavoridos todo un mundo de pensamientos, pero no los expresó. Ignoro si se sintió herida en el corazón ó en la conciencia, si en el fondo de ella retemblaron antiguos recuerdos, si una voz secreta la acusó cruelmente por la sangre que acababa de correr. Tengo algún fundamento para sospechar que sufrió más que yo (el señor de Sourbelles no se hizo cargo de que se contradecía), en partes más delicadas de su alma, por el acto irremediable que nos entregaba uno á otro, por esa especie de complicidad en..... el crimen, para dar á las cosas su nombre convenido, que formaba entre nosotros en adelante el más sagrado de los vínculos. Pero no me



lo dijo: su habitual impenetrabilidad la sirvió en eso maravillosamente y también su fuerza de carácter, que debía aprender yo á conocer. Imagino que aceptó el hecho consumado con la enérgica serenidad que tienen las naturalezas vigorosas frente á lo irreparable. En todo caso, ninguna palabra suya me permitió nunca sospechar que ese trágico acontecimiento hubiera dejado sombras en su conciencia; y si sufrió por ello, tuvo el heroísmo de sufrir sola.....

Ya conoce usted el mundo, caballero, y sabe que está lleno de indulgencia para con los tapujos y faltas á medias, para con las situaciones en las cuales sólo hay cobardía, al paso que es implacable con quienes rompen sus moldes y hacen caso omiso de sus hipocresías. Por supuesto, nosotros no tuvimos la ilusión ni el deseo de reconciliarnos algún día con él, ni tampoco pensamos pedirle perdón. Harto comprendíamos que entre el mundo y nosotros había algo más imposible de pasar que no importa qué barrera. Comprendíamos que estábamos irrevocablemente separados, que nuestro castigo y nuestro premio eran el aislamiento absoluto, un aislamiento en que seríamos el todo uno para otro, en que no podríamos tener más esperanzas, goces, ambiciones, fines, ni razón de ser, en una palabra, sino nuestro amor. ¿Sabe usted que estoy orgulloso de haber comprendido todo eso en seguida, sin sentir ningún temor ante el terrible peso que teníamos que llevar juntos, sin echar de menos nada de lo que dejaba detrás de mí, familia, amigos, carrera? Positivamente, parecíame que se me ensanchaba el alma, que me había elevado por encima de la vida, que respiraba un aire nuevo y libre. La tierra no era ya para nosotros más que una decoración cuyo primer término llenábamos nosotros por completo, mientras por el fondo se deslizaban comparsas invisibles.

Entonces pensé á menudo, caballero, en una escena de no sé que comedia, donde un moralista ingenioso pinta con mucha gracia el espanto, el aburrimiento, el cansancio anticipado, y, sobre todo, la cobardía del hombre que había soñado



deshonrar á una mujer burguesamente, según las conveniencias, sin romper nada; y á quien esa mujer (una cabeza ligera, concedido) se le presenta el día menos pensado á ofrecérsele por completo, para toda la vida. Esta situación, muy humana, como suele decirse, me había hecho reir como á todo el mundo y murmurar: «¡Cuán verdadero es esto!» Comprendía que no hubiera podido ni aun sonreirme por eso, que el único sentimiento que hubiesen despertado en mí hubiera sido una conmiseración tierna hacia esas dos almas vulgares y bajas, harto mezquinas para su destino. Yo no temía nada. Abríase ante mí el porvenir con una especie de esplendor. Había entrado en el gran amor eterno y era dichoso locamente por sentirme emparedado en él, digámoslo así, sin probabilidad ninguna de escaparme.

Quizá no le interese á usted sino á medias la descripción de mis sentimientos. Querría usted, sin duda, conocer los de *ella*..... ¡Ah, esa es la cuestión!..... Como todas las verdaderas mujeres, llevaba el misterio dentro de sí: tal vez por eso inspiraba tanto amor..... Y luego, para que algún día pudiese yo conocerla, descifrar el enigma que me planteaban sus palabras, sus silencios, sus miradas, sus caricias, hubieran sido menester..... hubieran sido menester otros sucesos que los que acaecieron..... Compréndame usted bien, se lo suplico: nos adorábamos; pero el amor había sobrevenido tan rápido, tan violento, tan ciego, que había precedido á la intimidad. Aún éramos uno para otro un terreno desconocido. En cuanto á mí, que la había amado sin conocerla, continuaba ignorándola. Entonces no sufría por ello: mi amor podía prescindir de la curiosidad. Hoy es cuando sufro, y sufriré siempre.....

Hubo otra de aquellas pausas febriles que entrecortaban el relato del señor de Sourbelles. Volvió junto á la muerta, como poco antes. Aunque su visita se prolongó varios minutos, no salió por eso de su extraña preocupación, pues á la vuelta repitió:

—¡Nunca había de llegar á conocerla, jamás!..... Porque llega el momento en que todo se confunde y se niebla; apro-



xímase el espantoso choque; vienen las horas de desesperación, peor que la muerte, y cuyo recuerdo es una lanza que me atraviesa, un fuego que me abrasa, un dolor inextinguible, donde hay también rubor; sí, la vergüenza de ser hombre, de tener un corazón cobarde y débil, un corazón de fango.....

Era preciso marcharse, ¿no es así? Pues bien; los acontecimientos que le he referido á usted ocurrieron en otoño. ¿A donde iríamos en el comienzo del invierno? Buscamos qué cielo podía convenirnos y elegimos el de los lagos italianos. Queríamos un paisaje dulce, tranquilizador, propio para el olvido, favorable para la dicha; un paisaje bastante apartado para estar allí solos sin que nos molestase nuestro aislamiento, separados de la muchedumbre enemiga, de los hoteles; uno de esos paisajes que la naturaleza complaciente ha bordado como de propósito para ciertos estados de alma. No conocíamos ninguno que en aquella estación respondiese mejor que él á nuestras aspiraciones íntimas.

En la *villa*, de color de rosa, que habíamos alquilado en la margen italiana del lago de Lugano, transcurrieron días de infinita brevedad. Las olas, verdes por el reflejo de los castaños, cantaban en derredor de los muros de nuestra terraza, embalsamada por el aroma del *olea fragans*. Alfombras de ciclámenes florecían aún en los vallecitos que subían en suaves recuestos desde el lago hasta las cimas. Nosotros no pensábamos en nada. El pasado no existía ya para nosotros, así como el resto del mundo: las mismas montañas que cortaban nuestro horizonte detenían también nuestros recuerdos. «Cuando se han vivido días como estos, decíamos á veces en esas horas en que se quiere sondear lo desconocido del porvenir, se ha realizado el ideal de la vida: ¡ya puede acontecer lo que quiera!.....» Eso creía yo, caballero. Después, figurábame que se puede hacer provisión de felicidad como quien junta dinero para su vejez. Luego aprendí ¡ay! que la dicha pasada no compensa los dolores presentes, y ahora sé que el encanto de las horas más hermosas se desvanece en amargura y desolación.



Todo se enlaza. Mi sufrimiento actual es tan profundo como completa fué mi ventura. Pero será más largo. Durará..... durará.....

Un sollozo, que no pudo reprimir, interrumpió al señor de Sourbelles. Le fué preciso un instante para reponerse, y luego continuó:

—Vivíamos solos en aquella casita de campo. Una mujer del país iba á arreglarnos las habitaciones y á hacernos la comida, que era siempre sumamente frugal. Los quehaceres domésticos que nos quedaban nos divertían en extremo. Todo nos hechizaba, como un idilio. Hay dentro de nosotros un fondo de niñería, que la felicidad hace salir al exterior. ¡Cuánto se hubieran asombrado los que creían conocer á mi amada y la juzgaban fría, indiferente ó demasiado seria, cuánto se hubieran asombrado al verla dedicarse á los quehaceres de la casa riéndose locamente de su propia torpeza, y congratularse de haber roto con las tiránicas costumbres de las mujeres de mundo, igual que con sus usos! Yo mismo me felicitaba como de una victoria decisiva por haber despertado á la criatura que en ella había, criatura voluntariosa y tierna, dulce y caprichosa, impulsiva, inesperada, ardiente, llena de contrastes como los verdaderos niños, contrastes que nadie llegaría á conocer nunca, excepto yo. Ese manantial de goces casi cándidos iba á causar nuestra desventura.

Una noche, después de habérsenos hecho tarde en la terraza, por donde corría un viento frío (llevaba puesto un trajeligerero, un vestido de gasa con una mantilla alrededor de la cara), ocurriósenos la idea de tomar té. Siempre que teníamos que servirnos nosotros mismos, eso nos divertía mucho. Comparándonos á niños que juegan á comiditas, nos reíamos con toda nuestra alma.

—¿Encontraremos lo que necesitamos?—pregunté.

—Vamos á verlo—respondió ella.

Se puso á buscar el té, el azúcar, la lamparilla de espíritu de vino..... Cuando estaba preparándola.....



La voz de mi interlocutor emitióse en notas bajas, como si necesitase un inmenso esfuerzo para continuar. De suerte que apenas comprendí las pocas frases breves, entrecortadas, doloridas, con las cuales resumió todo el accidente:

—De pronto, estalló la lámpara..... La ví rodeada de llamas..... Me arrojé á ella y la envolví en una manta..... No había exhalado un grito..... Sólo me miraba con unos ojos ¡oh!..... con ojos de desesperación..... Estaba cubierta de horribles quemaduras..... La cabeza, la cara, el cuerpo..... toda entera..... toda entera..... ¡Ah, Dios mío!

Hubo un largo silencio. El señor de Sourbelles se había inclinado y retorcido sobre uno de los brazos de su butaca, con la cabeza entre las manos. Representábase sin duda, al detalle, aquella escena espantosa. Oía yo su respiración, jadeante, entrecortar sus recuerdos.....

—Tal vez sepa usted cómo se cuidan esas cosas—prosiguió.—Yo no sabía absolutamente nada..... Hice lo que pude..... Figúrese usted que tuve que dejarla sola un momento; sí, sola..... para pedir socorro..... en casa de unos vecinos, á quienes desperté, con los cuales discutía desde la ventana, que no me comprendían..... Fueron en busca de un médico, muy lejos, á Lugano..... ¡Oh, qué horas, arrastrándose en la agonía!..... Sufrió horriblemente, pero sin quejarse; silenciosa, como siempre la ví en los casos graves, con todo su dolor en los ojos. Seguíanme de continuo sus miradas: cualesquiera que fuesen mis movimientos, las notaba fijas en mí; adivinaba yo sus mudas preguntas..... Dí vueltas en derredor suyo, sin atreverme á tocar sus pobres carnes hechas girones..... Cuando pedía alguna cosa, trataba de dársela; eso era todo lo que yo podía hacer..... Por fin oí rodar por el camino el coche del médico..... Traía lo necesario para la cura..... La examinó, la curó y me tranquilizó, diciéndome:

—Es horriblemente doloroso, pero no hay peligro; sanará.....

Parecióme que el cielo se iluminaba, pues la creía perdida.



La curación fué lenta: entre las quemaduras, las había profundas..... Sin embargo, vivió..... Fué en descenso la fiebre..... Restauróse poco á poco su pobre cuerpo destrozado..... Durante algunos días mejores, hubo la dulzura habitual de las convalecencias..... Pero, cuando se vió..... ¡Ah, cuando se miró al espejo de mano, que no se le podía negar!..... Para pedirselo á la Hermana que velaba á su cabecera, había aprovechado uno de los breves momentos que yo no estaba allí..... En cuanto entré, me llamó á su lado..... Las persianas estaban cerradas, las cortinas estaban corridas: como eran ligeras, unos chales, acababan de quitar la luz..... Al ver así el aposento, todo oscuro, adiviné en seguida lo que acababa de ocurrir..... Cogióme la mano, y me dijo muy quedo:

—¡Vete de aquí!..... ¡Márchate!..... ¡No quiero que vuelvas á verme!.....

Rompí en llanto, cubriéndole de besos la mano que quería retirar. Ella no lloraba; empleando toda su energía para ser fuerte, repetíame:

—¡No, no quiero que me ames; ya no lo quiero!....

Yo le decía lo que podía decirle: le juré que mi amor era eterno, que nada podía disminuirlo, que mi vida era de ella como la suya era mía, ¿qué sé yo? Y como todo lo temiese de su desesperación, le declaré que no la abandonaría ni un instante sin que me diera palabra de desechar esos locos pensamientos..... Diómela más tarde; pero, ¡con qué tristeza!.....

—Permaneceremos juntos, puesto que te empeñas en ello, —me dijo.—Quizá fueses aún más desventurado si nos separásemos..... Pero cuando quieras abandonarme, ¡acuérdate de que eres libre!....

—¡Libre!.... ¡Si supiera usted, caballero, cómo me sentía encadenado por un lazo más fuerte que todos cuantos inventaron los hombres, que ningún juramento solemne, que ninguna palabra sagrada!.... Pertenece á la por virtud de la conmiseración que me inspiraba, y por algo más: la veía tal como la amaba, con su belleza que aún vivía en sus ojos..... Sublevá-



bame ante la sola idea de que un estúpido accidente pudiera amenazar la eternidad de mi amor. Alimentaba también la esperanza de una curación más completa.....

Naturalmente, no podíamos ni soñar permanecer en el sitio donde tanto habíamos sufrido: la alegría serena de aquel paisaje me hacía daño..... Lo abandonamos así que el médico la permitió viajar. Nuestra idea era encontrar un rincón del mundo donde pudiéramos residir sin ver nunca una cara conocida: Italia no se presta á tal capricho. No hay allí ninguna casita de recreo que no sea presa de los que viajan por el placer de viajar. Sin embargo, fué hospitalaria para nosotros hasta el fin del invierno. Después, cansados de ir de sitio en sitio, volvimos á nuestro proyecto de establecernos de asiento. Pensé que en Alemania es donde menos probabilidades hay de encontrar franceses. ¿Por qué elegimos á Weimar? No lo sé..... La casualidad nos trajo aquí, la comarca nos agradó por sus hermosas espesuras, vímosla menos prusiana que las demás ciudades, nos interesaron los recuerdos de Goethe, y así se realizó nuestra elección.....

Esta parte de su relato había costado al señor de Sourbelle visibles esfuerzos. Interrumpióse por un instante, me miró, hizo un ademán vago y prosiguió diciendo de esta manera:

—Hasta ahora, caballero, he podido contarle á usted nuestra historia con sus detalles exactos..... Desde ahora ya no sé nada..... Ya no hay hechos, no acontece nada..... Nos encerramos en esta casa..... Vivimos solos en ella, sin oír otras voces sino las nuestras y las de nuestros criados, sin saber nada de los seres que nos rodean, ni de los que abandonamos, ni del mundo..... Todo lo que acaece pasa en el fondo de nosotros, en tinieblas que sondean nuestras miradas..... Lo que allí encontramos no lo decimos: porque observamos mutuamente nuestras palabras, pesamos su significado, medimos su alcance..... Cada uno se pregunta qué le oculta el otro..... No tenemos confidentes, excepto nuestros silencios, los cuales oímos..... ¡Ah!, es que hay entre nosotros una cosa tremenda:



el amor que muere, no de muerte natural, perdiendo poco á poco sus exaltaciones y ardores, atenuándose, convirtiéndose, convirtiéndose en puro cariño y santa ternura.....; sino que muere de muerte violenta, en plena fuerza, sublevándose contra ella, resistiendo, sin querer..... Igual que un hombre arrebatado en el más bello momento de su vida, en la misma hora en que la saboreaba más, la ve huir y se deshace en esfuerzos desesperados para retenerla.....

¡Oh, cuán miserables somos!.... ¡Débiles, muy débiles, pobres corazones ruines, almas claudicantes! Nos lanzamos con todo nuestro deseo hacia el infinito del sentimiento, hacia el mundo sobrenatural donde el amor se despliega en absoluto, al abrigo de nuestras contingencias..... ¡Inútiles esfuerzos! Dependemos de lo que somos, de nuestros sentimientos, de lo exterior de nuestro ser, de lo más lamentable que hay en nosotros.....

Todo el tiempo que estuvo padeciendo y durante su larga convalecencia, no pensé más que en cuidarla, salvarla, hacer que sanase. Pero, cuando nuestra vida prosiguió su curso regular, no tuve otro remedio sino advertir que ya no era la misma..... Era fea, con esa fealdad de cuerpo lisiado, magullado; con esa fealdad tanto más..... ¡oh, no quiero decir la palabra que se me viene á la punta de la lengua!.... tanto más penosa cuanto que no es natural, sino una afrenta hecha por las cosas á nuestra debilidad..... Era fea, y el accidente que destruyó su belleza no había alterado al mismo tiempo su juventud, ni agotado su fuerza de amar. ¿Y yo?

¡Oh! yo estaba lleno de ternura, de lástima, de cariño, de abnegación..... Experimentaba junto á ella los sentimientos que pueden inspirar la hermosura y la nobleza del alma. Pero eso ya no era amor, se disipaba, ya no existía..... Figurábase cuánto sufriría ella si lograba leer en mi corazón: ¿qué sentimientos pueden reemplazar al amor para aquellas que aún aman?..... Y mentía yo con mis palabras, con mis miradas, con mis besos; representaba la comedia del amor como



mejor podía, con toda mi desesperación, con toda la loca necesidad que tenía de amarla á pesar de todo, hasta la muerte..... ¿Cómo expresar esto? No lo sé. No hay frases para describir tal estado inmóvil, una especie de *statu quo* en que sin embargo se pierde terreno cada minuto; porque, á la postre, ¿qué mujer no nos cala pronto? No podemos engañarlas acerca de nuestros corazones sino cuando ellas quieren que así sea. No estaba en ese caso: ella quería saber, tenía sed de verdades crueles propias de su carácter y que la había inspirado siempre una desconfianza sólo desarmable por el amor triunfante.

El señor de Sourbelles se detuvo. Habíase animado poco á poco, casi hasta la exaltación. Sin embargo, se calmó para continuar con tono más tranquilo:

—No necesito decir á usted que nunca fué ella aquí lo que había sido allá: acabáronse los arrebatos de esa regocijada niñería, que eran mi encanto en nuestra casita de color de rosa; no más alegría, no más abandono. Había vuelto á ser tan silenciosa como en otros tiempos. Comprendí que leía en mí, á pesar mío; que no era engañada, que yo no podía engañarla.... Ahora no tendré más pensamiento que acordarme de sus palabras, ademanes y silencios, inquirir su sentido, interrogar á mis menores recuerdos. Porque, ¿cómo podría yo vivir sin saber lo que pasó por ella durante esa agonía de nuestro amor?..... ¿Comprendió todo y fué indulgente para con esa debilidad de un mísero corazón creído más fuerte y mejor por ella?..... ¿O le parecí un miserable, y sus silencios no eran sino desprecios?..... ¿Ocultarían tal vez un sentimiento análogo al que experimentaba yo por ella, el desesperado pesar por lo que el accidente había destruído de mi alma como de su belleza?..... Nunca lo sabré..... Por más que atormente mi memoria, no lo sabré..... Llevóse consigo su secreto..... Jamás me dijo una palabra que me lo hiciese entrever..... Cerrábase ante mí, se replegaba, se me convertía en persona extraña..... ¡mientras luchaba yo en vano contra mí mismo para dejarla en la ilusión del desaparecido amor!..... Cuando pasó usted



por vez primera por delante de nuestra casita, tan alegre entre las frondas de sus árboles, ¿no es cierto, caballero, que nunca sospechó usted que albergara un drama que hoy le parece á usted harto excepcional, sin duda?.....

¿Excepcional?..... ¿Quizá no tanto?..... Con frecuencia he dicho para mis adentros que en nuestro caso, un azar había sencillamente precipitado, haciéndolo más trágico, el desenlace que de todas maneras nos esperaba. Porque el amor no es eterno: no hay nada eterno, ni aun en el sentido limitado que podemos conceder á esta palabra. Aun cuando hubiera seguido siendo hermosa, de todas maneras nos hubiéramos desamado, ¿no es así? ¡Como tantos otros que antes tuvieron esta misma ilusión de eternidad, como tantos otros que la tendrán después y que también la sentirán quebrantarse en sus corazones frágiles; como tantos pobres seres que han querido lo imposible, á quienes las realidades han detenido, anquilosado, petrificado, hasta que caen, por una caída que es la ley misma de nuestra naturaleza, desde la exaltación hasta el indiferentismo..... ó más abajo! Al menos nosotros nunca rodamos tan hondo: algo nos preservaba, lo mismo que había de raro y trágico en nuestra historia: la soledad que nos rodeaba, nuestro aislamiento en medio de un mundo cuyas leyes habíamos quebrantado, el horror que teníamos á renunciar á nuestro ensueño. Nuestro amor estaba mutilado, pero sus restos se agitaban en nosotros. ¡Si el dolor había reemplazado al gozo, nuestra vida interior seguía siendo vibrante, febril, y sus escalofríos nos aproximaban siempre!.....

Bien sé que á la larga los sentidos se embotan. No se puede seguir mucho tiempo en el estado agudo en que nos encontrábamos; se sale de él, como de todas las situaciones tirantes é insostenibles, por el hábito. Sería nuestro destino, pensaba yo á veces, abdicar lentamente el amor que aún apetecíamos, resignarnos á la existencia que nos cupo en suerte; con auxilio del tiempo hubiéramos llegado de seguro á eso, hubiéramos hallado una especie de equilibrio. Un incidente, cuyas



consecuencias no podíamos prever, vino á cambiarlo todo.

Como ya le he dicho á usted, caballero, había sido completa nuestra ruptura con el mundo. Habíamosla aceptado: á pesar de la desdicha que nos hirió, á pesar de las dudas que nos asaltaron, nunca hicimos ninguna tentativa para reanudar con él nuestras relaciones. Sólo una hermana de mi amiga siguió carteándose con ella. Casada con un escritor conocido y viviendo en París en un medio intelectual é independiente, había, si no excusado, por lo menos comprendido la fuerza irresistible que nos empujó el uno hacia el otro; tanto más cuanto que siempre tuvo entusiasta cariño á la señora H\*\*\*, que era mayor que ella y la más hermosa de las dos. Esa amistad pareció tanto más preciada á mi amiga cuanto que no tuvo nunca más ninguna otra. Cruzábanse entre París y Weimar frecuentes cartas llenas de afecto. Digo afectuosas y no confidenciales, caballero; no era propia la expansión en el carácter de mi amiga. Nunca participó á su hermana lo que pasaba entre nosotros, hasta el punto de dejarla ignorar su accidente, en el momento de ocurrir el cual, encargado yo de escribirle en su nombre, había recibido la orden de hablar sólo de una indisposición sin gravedad.

Pues bien; hace algún tiempo esa hermana queridísima cayó gravemente enferma: un día, un telegrama de su marido llamó á mi amiga, que deseaba volver á verla. La marcha fué repentina, decidida sin que hubiésemos podido discutir sus inconvenientes, que se me presentaron en tropel la noche en que al regresar de la estación me encontré por vez primera, al cabo de dos años, á solas conmigo mismo en esta casa llena de tantos pensamientos.....

Al llegar aquí, el señor de Sourbelles tuvo un inesperado impulso de simpatía, inclinóse hacia mí y me tomó la mano, diciéndome:

—Entonces fué cuando le conocí á usted, caballero. El espanto de la soledad, ó más bien una necesidad imperiosa de huir de mí mismo, me condujo á esa fonda del *Príncipe Here-*



*dero*, donde encontré á usted. Sus conversaciones me fueron muy beneficiosas: ¡hacía tanto tiempo que ignoraba yo el fruto que se saca del comercio con los hombres! Por eso, no sin tristeza ni aun sin rubor, me resigné á romper con usted..... ¡como lo hice!..... Debí de parecerle á usted muy estrafulario, ó algo peor que eso..... Pero ahora comprende usted lo ocurrido; y espero que si mi conducta para con usted le ha causado (¿cómo lo diré?) alguna pena ó algún resentimiento, no me guarde usted rencor ninguno por ello.....

Le apreté la mano, que había dejado en la mía, y murmuré algunas palabras afectuosas, creo que con torpeza, porque siempre se es torpe en esas ocasiones en que faltan las palabras. Aceptólas con gratitud, sin embargo, y prosiguió:

—Habiendo adquirido una marcha favorable la enfermedad de su hermana, regresó mi amiga. Durante su ausencia la escribí á diario; ella me contestaba con menos regularidad. El tono reservado de sus cartas no dejaba de causarme extraña inquietud: á través del silencio sentía mejor que en la vida común lo que nos separaba, los pensamientos, las amarguras, los temores que no me confesaba, el obscuro peligro que se cernía sobre nosotros. Por eso la aguardaba yo con el presentimiento de que su vuelta inauguraría una fase nueva de nuestra existencia; y en lo impaciente de mis deseos de verla otra vez, en cuanto me anunciaron su llegada, había casi tanta angustia como júbilo. Sin embargo, al pronto pude creer que eran infundados mis temores. Compréndalo usted: si ya no existía entre nosotros amor, ¡había tantos otros vínculos aún! ¡Estábamos tan indisolublemente unidos; en el desierto que habíamos formado en torno nuestro, éramos tan por completo uno de otro! Separados, habíamos sentido con nueva intensidad el peso de nuestro aislamiento, no teniendo ya contra lo cruel de nuestros recuerdos el recurso de nuestra unión: en el abandono del regreso, en el reconfortamiento de ser dos contra la sociedad enemiga, tuvimos un instante de olvido, casi de ventura. ¡Ay, sólo duró un momento!



¿Qué había pasado durante su breve reingreso en la vida común?..... ¿Tuvo acaso pesares ó remordimientos, no adormecidos ya por la pasión y despertados por la reflexión? ¿Sufrió tal vez de pronto al verse fuera de la vida social, falta de sus goces, consuelos y costumbres, condenada á perpetuidad á esa comedia del amor que representábamos para nosotros mismos y de la cual no midió quizá nunca los próximos hastíos? ¿Acaso tuvo sencillamente espacio para profundizar las causas de dolor que ambos teníamos y para retroceder ante los abismos que entrevió? Sea como fuere y cuales fueren los motivos causantes de esa mudanza, comprendí que ya no era la misma nuestra situación respectiva: no por signos precisos, por acusaciones mutuas, por durezas de lenguaje, por escenas domésticas, pues nada de eso hubo entre nosotros. Pero nuestro humor se transformaba: tras la muerte del amor venía la de los sentimientos dulces y tiernos que ocupaban su lugar, del cariño, de la intimidad, de la confianza. Complicóse lo mentiroso de nuestra vida: no fué ya sólo acerca de un punto sobre lo que tuvimos que engañarnos, sino sobre todo lo que pasaba en nosotros mismos, y nos veíamos obligados á un continuo gasto de energía para reprimir los secretos impulsos de ese malquerer inicial y para ocultárnoslos. ¡Ay! no nos los ocultábamos: acostumbrados á observarnos de continuo, á espiarnos y adivinarnos, éramos uno para otro un libro abierto, un libro comenzado en la embriaguez, cada una de cuyas hojas que se vuelve aumenta el desengaño..... ¡Ah, qué horror el horror y el espanto de la última!.....

El señor de Sourbelles se había sosegado un poco en el transcurso de su relato. Tal es el resultado habitual de las confidencias: los corazones más agobiados se alivian descargándose en palabras. Pero, al llegar á este punto, sus dolorosas impresiones se despertaron con toda su atormentadora agudeza. Acometido otra vez por la fiebre de movimiento, levantóse, dió con agitación una vuelta por el aposento, pasó á la estancia inmediata y volvió. Ya no se ocupaba de mí. Pude creer



que me había olvidado. Pero como fuese yo á levantarme de la butaca, tomó asiento otra vez y prosiguió despacio, con largos silencios entre sus frases:

—¿A qué referir á usted el detalle de su agonía?..... ¡Si supiera usted, si pudiera usted saber cuánto la adoraba entonces!..... No ví más que su atroz sufrimiento, del cual era yo causa..... Sólo ví la muerte que se acercaba, sin que nada, nada, pudiese apartarla....., la muerte que había buscado ella....., la muerte que terminaría todo, que me dejaría solo, con su recuerdo, sobre la tierra desierta. Y sentí que era mi carne y mi alma..... Todo el pasado giraba en torno mío..... Y sollozaba á sus pies, pedíala perdón, jurábala que la amaba, la suplicaba que no muriese..... Se esforzaba en ocultarme sus sufrimientos y á veces trataba de sonreírseme..... ¡Oh, con qué sonrisa, en la cual había tanta resignación!..... Al principio había rechazado todo remedio; después, á ruegos míos, se dejó cuidar dócilmente, como una niña..... Sabía bien que era inútil, que se aproximaba la muerte.

—Más vale así,—me dijo, un momento en que sus dolores nos dejaban un poco de descanso.—Soy dichosa..... ¡Muerdo en el amor!.....

Tenía cogida mi mano..... No la soltó..... ¡Estábamos tan unidos, tan cerca uno de otro!..... Era como en los primeros tiempos..... No quedaba nada, nada de lo que había destrozado á nuestro amor..... La muerte nos lo devolvía..... ¡la muerte!.....

El señor de Sourbelles se dobló un momento, y enderezándose luego bruscamente, me dijo:

—¡Venga usted á verla!

Le seguí á la habitación próxima, donde flotaba más suave el pesado aroma de las flores mortuorias. Acercóse al lecho y con resuelto ademán apartó el velo. Se me apareció la muerta.

Las huellas de las quemaduras, como anegadas en la uniforme lividez del rostro, apenas eran visibles: las facciones





habían recobrado su hermosura, una belleza tranquila, altiva, serena, ¡que contrastaba tanto con las agitaciones cuya narración acababa de oír! Bien sé que ya no había alma en aquellos ojos extintos, que no podía preguntarle ninguno de sus secretos; pero en vano trataba mi imaginación de figurarse aquel noble rostro deformado por el dolor ó por la pasión.....

Cuando cesé de contemplarla para volverme hacia el señor de Sourbelles, ví que se había arrodillado delante de la cama y que lloraba.



## III

## EPÍLOGO

—Está muy bien, cuenta usted á las mil maravillas,—dijo Portal cuando comprendió que Santiago D\*\*\* había concluído.—Sólo que su historia de usted no acaba. Imagino que el señor de Sourbelles no pasó el resto de la vida llorando á su querida. ¿Qué fué de él, después?

—Hay seres—respondió Santiago—que no parecen vivir sino para un solo momento, como hay plantas que sólo una vez florecen. Después del supremo episodio que desarrolló su alma hasta los últimos límites de su poder, ¿qué importan el rincón del mundo donde van á vivir y el empleo que hacen de sus días? Inmediatamente de los funerales de *su amiga* (como se complacía en llamarla), el señor de Sourbelles marchóse de Weimar, yéndose junto á aquella hermana á quien la difunta había amado. No creí volver á verle jamás. Sin embargo, el año pasado le ví en una de esas residencias veraniegas donde á menudo se tienen los encuentros más inesperados: en Houlgate. Pasamos juntos una tarde lluviosa, dando los cien pasos por el paseito cubierto. El mar, arrastrado adentro por la marea baja, nos enviaba desde lejos sus quejas; y la orquesta del casino sus hálitos de piezas de baile. Me contaba el tedio de sus horas ociosas, de sus actos sin objeto, el recuerdo escondido en su corazón que le llevaba de los pesares á los remordimientos, sin darle tregua ninguna. «¡Y no me muero!—me



dijo, entre otras cosas.—No se muere ni se mata uno, sino que va arrastrándose con su dolor y se habitúa á su buitre. ¡Y yo no soy el único ejemplar de mi especie! Hay muchos seres como yo, estoy seguro de ello, que van y vienen, beben, comen y hasta duermen, que hacen ó dicen cualquiera cosa, y que disimulan invisibles heridas. Acá y acullá he encontrado á algunos. No me han hecho confidencias, ni yo tampoco á ellos: hemos charlado de política ó discurrido acerca de bellas artes, ó jugado al villar ó al *whist*; y á través de la insignificancia de nuestras conversaciones, presentía en ellos unos hermanos míos; sí, hermanos por el silencio ó por el dolor. Siempre hace bien el no estar solo.»—Había envejecido, aun cuando no en extremo; su voz había adquirido sonoridades extrañas, como una voz que viene de lejos. Sentí emoción al separarme de él: ya no era más que un pobre despojo de naufragio, arrastrado por las corrientes.

—¡Bah!—dijo Portal,—la primera vez que vuelva usted á encontrarle estará consolado. Quizá lo estuviese ya en la playa de Houlgate. Parece que la imaginación de usted es quien ha hecho el gasto respecto á la desesperación de él. Y luego, permítame usted que se lo diga, no veo qué prueba esa historia. Usted nos la ha referido para demostrar que los amantes ilegítimos hacen mal en separarse apaciblemente cuando les descubren el lío, y en irse cada uno á su casa. Pero, ahora más que nunca, soy de parecer de que tienen razón mil veces. ¿Quiere usted que ni una aventura se pueda tener sin acabar en catástrofes de tragedia, como la que tanto le ha conmovido? No, no; yo no soy de esos á quienes se les antoja que la muerte es buena hermana del amor. El amor es una cosa exquisita, y no sé cómo haríamos para prescindir de ella; al paso que la otra.....

Y volviéndose hacia mí, me preguntó:

—¿Qué dice usted de eso, caballero? ¿No es usted del mismo modo de pensar?

Crucé una mirada con Santiago y respondí:



—¡Sin duda!

Santiago, comprendiendo mi intención, añadió:

—En efecto, quizá tenga usted razón después de todo.

Y se levantó para marcharse.

—No lo dude usted—volvió á decir Portal;—hemos acabado con el romanticismo. Lo mejor que podemos hacer en este mundo, que sería triste si no tuviéramos en él mucha alegría, es divertirnos todo lo posible.

—Evidentemente—concluyó Santiago, á quien, como á mí, le parecía ocioso discutir tales cuestiones con seres de una especie tan diferente.

Salimos juntos mi amigo y yo. Al estar fuera, quise hablarle de Portal. Cambió de conversación; según había observado yo más de una vez, ofendido Santiago, gustaba de callarse. Por eso no insistí, é íbamos uno junto á otro, siguiendo cada cual sus pensamientos, por una avenida que nos aproximaba al centro. No tardamos en separarnos. Regresé á mi casa pensando en el relato que acababa de oír, en la conversación que lo había provocado y en las conclusiones que Portal sacó de él. Y una vez más sentí honda lástima por los pobres hombres. No son malos, ni aun á través de sus peores faltas; y aunque lo fuesen, la inmensa facultad de sufrir que hay en ellos les excusaría, ennobleciéndoles. ¿Qué rencor puede guardarse por el daño que hagan á la insensible abstracción del cuerpo social, ó aun á sus hermanos? Sí, ¿qué rencor puede guardarse á seres que son sus propios verdugos? Aprendiendo á conocerlos, se les perdona y aun se les compadece. Trataba yo de poner en claro los sentimientos del infeliz cuya historia no se me borraba de la memoria; medía el espacio entre el ímpetu de su arrebato al apoderarse de su amada y su caída en la nada del amor extinto; admiraba su paciencia para conllevar su destino, ocultando todo lo mejor posible el vacío que un cruel azar formaba en él de pronto; comprendía lo infinito de su desesperación cuando el desastre de la muerte iba á rematar el desastre del amor. Y hubiera querido encontrarle en



una esquina de la calle, reconocerle á primera vista y alargarle la mano, ofreciéndole el bálsamo de mi conmiseración.....

.....Y luego le olvidé. Pensé confusamente en otras historias más ó menos semejantes á la suya, que había yo entrevisto ó presentido ú oído referir, que conocía mal, á cuyos protagonistas juzgué severo y á veces con malevolencia, á la vez que recordaba estas palabras de un poeta: «Si yo fuese Dios, tendría lástima del corazón de los hombres.....» ¡Hermosas palabras, de hondo significado é infinitas resonancias! Porque, en último término, ¡qué riquezas de sentimiento, qué tesoros de ternura, de bondad, de valor, se pierden tan á menudo en esto que llamamos *el mal*! ¡Qué nobles energías gastadas á veces para unirse dos corazones, separados por hartos obstáculos y que se rompen al romperlos! ¡Cuántos lazos condenados por nosotros valen más que los tejidos por nuestras leyes! ¡Cuántos sacrificios hechos en pro de la culpa son tan puros ó acaso más que los hechos en aras de la virtud!..... Sin embargo, juzgamos, condenamos, menospreciamos, odiamos, sin saber, sin comprender, orgullosos de nuestros códigos, seguros de nuestras leyes..... Y al meditar acerca de estas cosas, me puse á soñar por un instante un mundo donde, á falta de Dios, los hombres mismos se apiadasen del corazón de los hombres.....

FIN.



EDUARDO ROD

POR

EMILIA PARDO BAZÁN







# I

## EL PENSADOR

La publicación, en lengua castellana de la novela de Eduardo Rod, *El Silencio*, me ofrece ocasión propicia de consagrar algunas páginas al notable autor, apenas conocido aquí y, en Francia, más que popular, estimado de la gente delicada de gusto y de los críticos que calan hondo. Entre los nombres nuevos que insensiblemente han ido colocándose en primera línea desde la reciente transformación de las letras francesas, es el de Eduardo Rod de los que merecen mayor atención y respeto, por la sinceridad y seriedad de su labor y la alta aspiración moral que en ella se descubre.

Mi simpatía hacia Eduardo Rod no es de ahora; empezó con la impresión que me produjo su original y discutida novela *La course á la mort* (*Correr á la muerte*), que leí hace más de doce años, y que me impulsó á buscar y leer también lo que sucesivamente iba dando á luz su autor. Lo que ni entonces ni ahora supe ni traté de averiguar, fueron la vida y milagros, el carácter y costumbres de este escritor, que ya se cuenta en el número de mis predilectos. Tal ignorancia era fácilmente vencible: tardaría en disiparse el tiempo que media entre la carta que va á París y la respuesta que de París tor-



na; pero, aunque ningún género de ignorancia me parezca recomendable, no sé por qué he preferido seguir conociendo de la biografía de Rod únicamente dos datos: que no debe de ser viejo, ni siquiera muy maduro, y que es suizo, paisano de Rousseau y Benjamín Constant. Dije que no sé por qué, y me retracto: sé muy bien que, de diez veces cinco, me estorba la biografía de los escritores. Si puede iluminar á la crítica, también puede extraviarla; si puede completar la idea que de un autor nos formamos, también puede llenarnos de confusiones y de dudas. A muchos autores, por sobra de información biográfica, nos inclinamos á no verles en sus libros, sino en su vida; la anécdota, la leyenda, el drama pasional, la rareza, la manía, la frase feliz, la trágica desventura, nos escamotean, por decirlo así, el elemento literario é intelectual, ó se mezclan é identifican con él de tal suerte, que borran las líneas y falsean y tuercen nuestro juicio. Por otra parte, las semibiografías de gente que vive, y acerca de la cual á menudo no es lícito contar todo lo que se sabe y se piensa, lo que quizás expresaría mejor las ramificaciones del carácter, esas semibiografías que los escritores padecemos, arregladas para diccionarios, plagadas de inexactitudes y de ambigüedades, no son el faro que guía, sino la hoguera que lleva al escollo con su reflejo intermitente. Antes no saber nada de un escritor, que saber cosas sin conexión ni enlace posible con sus libros.—Los de Rod encierran mucho que nos importa, que nos induce á reflexionar, que nos obliga á sentir: ¡quizás de su biografía no puede decirse otro tanto!

He observado, además, que los críticos franceses que consagran á las obras de Rod detenidos análisis, de su persona no dicen palabra, y esto me induce á suponer que Rod tiene el buen gusto de detestar el reclamo de las indiscreciones, la exhibición de la personalidad, no de la artística (que esa puede y debe exhibirse, como que es lo que ofrece de *ejemplar* el artista), sino de la otra, la que sólo suele preocupar á la familia y á algunos amigos íntimos. Si ocurre que el vulgo quiere



curiosear esta personalidad que, á mi juicio, debe permanecer envuelta en discretos cendales, el susodicho vulgo generalmente no aspira á más, y reemplaza con el recuerdo adulterado de cuatro menudencias chismográficas la lectura y la consideración de lo que producen el escritor ó el artista. El silencio de los críticos de Rod me enseña á imitarles, y á no ver en él más que una inteligencia y un alma que se me revelan al través del espacio. El alma de Rod, verosíblemente es superior á su vivir y á su historia; en abono de esta opinión recojo un párrafo del propio Rod, en el libro antes citado, *Correr á la muerte*. Dice así: «La vida intelectual está completamente separada de la práctica. Haga cada cual examen de conciencia, y verá qué distancia media entre lo pensado y lo realizado. Nadie ignora que Schopenhauer vivía como cualquier ciudadano pacífico; Hartmann, que trazó con negrísima tinta el balance entre el bien y el mal y sacó el irreparable déficit, es, según dicen, un excelente padre de familia; y la mayor parte de los escritores cuyas tendencias parecen alarmantes y corruptoras, pasan una existencia laboriosa, sana y honrada.» No faltará quien arguya que la exhibición de esta vida sería más ejemplar que los libros de Rod ó de los propios Schopenhauer y Hartmann: la tesis puede defenderse, pero yo observo que millones de ciudadanos pacíficos y de apreciables padres de familia desaparecen del mundo sin que nadie se acuerde de consagrarles un estudio biográfico, y sin que su oscura vida sirva á nadie de ejemplo ni de enseñanza, y de deleite muchísimo menos.

Eduardo Rod empezó su labor de pluma por donde la empezaba la juventud hará unos cuatro lustros. Así como hoy los principiantes van á engrosar las filas de los neomísticos, los neuropsicólogos ó los decadentistas, entonces salían los muchachos á tambor batiente y bandera desplegada, proclamando la guerra naturalista. La primer novela de Rod, *Palmyre Veulard*, está dedicada á Emilio Zola en cuanto maestro y doctor sumo, y escrupulosamente ajustada á los procedimientos de la



escuela. Al presente, Rod, desdeñando aquel momento en que giró en la órbita del pontífice de Medan, borra á *Palmira Veulard* de la lista de sus obras, y no la anuncia en la cubierta; no sé si andará por los puestos de viejo decomisando ejemplares, pero es probable que sí. El agudo y donoso crítico francés Renato Doumic, á quien tendré ocasión de volver á citar, dice á este propósito: «El error de Rod me es simpático: no le falta gracia, y es lindo ejemplo de literario fervor: Rod era casi un niño; lanzábase á la carrera con ese entusiasmo que la mocedad de ahora deja caer en desuso; cedía al furor de imitación, primer síntoma revelador de la vocación literaria; bonitamente se situaba á la cola del maestro que se hallaba á la cabeza de todos, sin inquirir si le unían con él afinidades de talento, sino por mera necesidad de sentirse discípulo.»

Por cierto que Doumic, al expresar estos conceptos, asegura que el ejemplo de celebridades tan estruendosas como la de Zola basta para despistar eternamente á los chicos de talento y porvenir. Precisamente el caso de Rod es clara muestra de que no sucede así, y que la espontaneidad del temperamento artístico acaba por sobreponerse á la admiración y al fervor del prosélito. Rod era irreductible al molde de Zola, porque el autor de *Germinal* es ante todo un gran poeta, ya lírico, ya épico, y Rod un pensador, que expresa sus reflexiones por medio de la ficción novelesca (y no siempre). Sin tardanza sacudió el yugo y descubrió su rumbo propio. Ya que por este rumbo, al través de la novela, suele guiarnos Rod á regiones más elevadas de moral, estética y filosofía, antes de considerarle como novelista debemos tomar en cuenta sus dos libros de crítica ideológica, ó, adoptando el nombre que se le ha querido dar, de crítica *intuitivista*. Titúlanse *Las ideas morales de nuestros días* y *Jacobo Leopardi*.

*Las ideas morales de nuestros días* las entresaca Rod de las obras de varios escritores, de diversa magnitud, cuya lista es la que sigue, por el mismo orden en que los cito: Ernesto Renan, Schopenhauer, Emilio Zola, Pablo Bourget, Julio Le-



maître, Edmundo Scherer, Alejandro Dumas hijo, Fernando Brunetière, el conde Tolstoy y el vizconde de Vogüé. Rod estudia el concepto que estos hombres, guías ó *leaders* del pensamiento francés contemporáneo, tienen de los problemas esenciales de la moral, absteniéndose de hablar de los filósofos y moralistas de profesión, porque estos no ejercen acción eficaz y directa en el público, mientras los escritores de carácter literario difunden sus ideas con sutil é indirecta propaganda. Reconoce sin embargo Rod, adelantándose á las objeciones que se le pudieran dirigir, que la mayor parte de los escritores cuya moral investiga, no la tienen en la acepción sistemática de la palabra, y sólo poseen opiniones, á veces incoherentes y contradictorias, por lo cual teme Rod, al analizarlas y resumirlas, haber introducido en ellas una facticia cohesión. También comprende (Rod padece la enfermedad novísima de comprenderlo todo) que en nuestros días existen, diseminadas entre la colectividad, infinitamente más ideas morales de las que encierran los escritores designados por él para representar la moral nueva; pero no pudiendo abrazarla toda, se concreta á un episodio de la lucha moral contemporánea, el episodio literario.—La idea fundamental de Rod es ingeniosa y profunda. Entiende que la concepción moral en las letras ha venido describiendo, desde hará sesenta años, una especie de semicírculo, cuyos dos extremos son el escepticismo de Renán y el neocristianismo de Vogüé. De Renan arranca una corriente *negativa*, la cual va en aumento, reforzada por el torrente pesimista que se deriva de Schopenhauer, y el naturalista, que procede de Zola, hasta que la escuela de la moral independiente, capitaneada por Alejandro Dumas hijo, y los defensores de la tradición, por ejemplo Brunetière, abre senda á los que ya francamente se apoyan en la fe, los que, al aspirar á que retornen las cigüeñas á los desiertos campanarios, forman la corriente *positiva*. Aunque Rod no se resuelve á sumergirse en las refrigerantes aguas del neocristianismo, no oculta que este movimiento le atrae, y espera vagamente que en esos



manantiales de vida se bañarán las generaciones futuras. La reacción tiene pues en Eduardo Rod, á falta de un apóstol, un catecúmeno, ó que desearía serlo (si bien yo creo que no puede).

A mi parecer, desde los mismos orígenes de la corriente negativa,—desde Renan,—estaba en germen la reacción que hoy presenciamos. El que bajo el Renacimiento recibiría el nombre de heresiarca, y hoy se contenta con el calificativo mucho más modesto de exégeta racionalista, en nada se parece—Rod lo reconoce—á aquellos incrédulos á carga cerrada del siglo pasado, los Volney, los Holbach y los Cabanis. Renan, apartado de la Iglesia, no deja ni un instante de sentir la nostalgia profunda del divino bien que ha perdido. Impregnado de fe, como de incienso la ropa de los devotos, derrama religiosidad al querer sembrar blasfemias. De ahí sus transportes en Palestina; de ahí su confesión enigmática, restrictiva, acaso involuntaria; de que verdaderamente Jesús, en un momento dado, fué hijo de Dios, y su religión no sólo la buena, sino la absoluta religión de la humanidad. Pero Rod, ya lo hemos dicho, estudia á Renan como moralista, y al hacerlo pone de manifiesto la aristocrática y desdeñosa inutilidad de una ética estética que se recrea en el esfuerzo hacia el bien porque constituye un bello espectáculo, y antepone la concepción pura del bien, el deseo de lo bueno, á su realidad y efectos activos. Con razón anuncia Rod que el frágil edificio de la moral renanista nació ruinoso.

Schopenhauer—no el verdadero, el autor de *El mundo como voluntad y representación*, sino el que conocen los eruditos á la violeta, el de los *Aforismos*, las paradojas, las doloras y las humoradas en prosa, poéticas y relumbrantes — merece todavía de Rod más severo juicio, á pesar de que en las máximas del filósofo poeta suele Rod inspirarse, y de su jugo está impregnado sin querer. Las causas de la propagación de la doctrina de Schopenhauer y de que haya influido en el pensamiento francés como no suelen influir los extranjeros, son, en efecto, las que señala Rod. Los desastres de 1870, la guerra, la



Commune, el fracaso general del régimen á que Francia esperaba deber siempre la hegemonía del mundo civilizado, prepararon á la muchedumbre á escuchar la voz del que en forma tan clara, tan latina, tan lapidaria á veces, glosaba las tristezas eternas, que nos parecen nuevas cuando es nuestra alma la que para ellas nace, la que de nuevo, en cada hombre, empieza á sufrir dolores ya conocidos, comentados y ahondados en los días de Salomón y de Job. Acaso el francés es un ser tan comunicativo é impresionable, que, sin ser tonto, puede encontrar consuelo en el mal de muchos, en la comprobación de la universal desventura. Cada época tiene sus elegiacos, sus satíricos y sus moralistas; Schopenhauer fué todas estas cosas juntas para Francia, después del desastre que siguió á la caída del segundo Imperio.

Más curioso que el juicio de Renan y Schopenhauer, es el que Rod consagra á Zola, su antiguo maestro, su primer ídolo. Entre los innumerables aspectos y estados del alma humana, más fértil en combinaciones que la naturaleza, no conozco ninguno que se preste á la sonrisa de la ironía, como el de disecar en frío el amor desvanecido ó la extinguida admiración. ¡Fase del sentimiento que debería demostrarnos la vanidad de nuestros afanes; fase que conduce al pesimismo, ó, mejor dicho, al nihilismo absoluto! Así como nuestro andar es una caída continua que antes de terminar se detiene, y nuestra respiración lucha no interrumpida contra la asfixia que se nos quiere entrar en los pulmones,—nuestros entusiasmos, las quintesencia más exquisita de nuestro espíritu, también son algo que oxidamos y eliminamos sin advertirlo, hojas que se nos caen, elementos que llegan á figurársenos tan extraños y tan ajenos á nosotros, como si antes no hubiesen formado la raíz y la razón de ser de nuestra vida psíquica!

Lo más desconsolador, es precisamente la severidad con que juzgamos el prestigio de ayer. Sospecho que á Rod, su propia lucidez, tratándose de Zola, ha debido de infundirle melancolía. Digo lucidez, y debo añadir que á la lucidez se



une mucha dureza y apasionamientos nuevos, los del rigor, á veces tan engañosos como los transportes del entusiasmo. Pinta á Zola prosternado con supersticiosa devoción, como el salvaje ante el fetiche, ante la ciencia, cegado por su anhelo hasta figurarse que la posee, y empeñado en establecer leyes mediante la observación de un caso aislado, olvidando el axioma escolástico, que «los particulares no hacen ciencia». Le ve inventando, más que estudiando ó retratando, los entes de razón que forman la serie de los *Rougon Macquart*, y—en nombre de una sabiduría quimérica, sin base ni fundamento,—negando lo sobrenatural, suprimiendo la metafísica de *enmarañados cabellos*, y haciendo tabla rasa de innumerables disciplinas que sólo de nombre conoció. Le describe coleccionando tipos de humanidad cual se coleccionan sellos ó insectos, siéndole indiferente en el hombre la dignidad, el porvenir, la moralidad,—impasible á guisa de director en el laboratorio;—y esta apatía del moralista es lo que sulfura é indigna á Rod, escritor de tendencias morales ante todo. Su celo de convertido le lleva á olvidar, á no mencionar siquiera lo que hace tan grande á Zola: la amplitud casi homérica, la fuerza, don y privilegio de los dioses.

La curva de la negación empieza, en opinión de Rod, á cambiar de dirección cuando aparece Pablo Bourget: con él renace la psicología y se restaura lo que el naturalismo había proscrito y desdeñado.—Aquí también encuentro una objeción: si Bourget plantea resueltamente ciertos problemas morales, Alfonso Daudet, sin alardear de psicólogo, había sostenido durante todo el período naturalista el estudio de los caracteres individuales,—pura psicología,—y los derechos del sentimiento. No basta, para ser psicólogo, preciarse de serlo: en Alfonso Daudet la psicología es indirecta; no hay mecanismo, no hay *operación del trépano*; hay, en cambio, almas verdaderas, reveladas en actos, en movimientos, en gestos, en palabras, en todo lo que realmente nos sirve de guía para conocer la vida interior. La diferencia entre un psicólogo á lo Bour-



get y un psicólogo á lo Daudet, es la que había entre las predicaciones de San Antonio de Padua y San Francisco de Asis: San Antonio hablaba, se estaba hablando horas enteras; San Francisco cruzaba los brazos dentro de las mangas del sayal, bajaba la cabeza y salía á la calle así, sin pronunciar palabra: los dos habían predicado.

No sin desviaciones é inflexiones numerosas, sigue la curva la dirección positiva por medio de Scherer, Lemaître, Dumas y Brunetière, y adopta ya la posición espiritualista hasta el ultramisticismo, con Tolstoy y en general con los autores rusos, que llegaron á tiempo, cuando el público los pedía con mucha necesidad, cuando la tierra seca anhelaba la lluvia celeste. Tenía que suceder que la gente se hartase de lo material, sanguíneo, carnal y corrompido. No fué, con razón lo dice Rod, el humor antojadizo de unos cuantos escritores engolosinados por lo exótico; fué ley de nuestra naturaleza, cambio previsto y anunciado por síntomas que no engañan. El nuncio y evangelista de los rusos, Melchor de Vogüé, hombre de la raza de Chateabriand, Bonald y De Maistre, atento á las cuestiones que agitan y conmueven á su siglo, se hizo cargo de lo que se había perdido en la refriega: la alhaja perdida, pisoteada, era el cristianismo nada menos; que reapareciese, y la literatura sería renovada hasta sus últimas fibras. Por algo se dijo que la gran deficiencia de Zola y de sus secuaces incondicionales, era escribir absolutamente lo mismo que si Cristo no hubiese venido al mundo.

Esta renovación de la literatura mediante la nueva infusión del cristianismo, su historia, su porvenir, es el fenómeno estudiado en el libro á que vengo refiriéndome, la idea que presta unidad á los trabajos de Rod, por otra parte muy delicados y sentidos, donde abundan las certeras observaciones críticas, los matices finos y penetrantes de una pluma que comprende la belleza, aunque no la prefiere á todo. Resumen de la obra puede considerarse el párrafo que transcribo: «Sucede, pues, que hoy el mundo, que parecía precipitarse con vertiginosa ra-



pidez hacia el materialismo y la negación, el radicalismo y la anarquía, se ha detenido, y, tras fuerte sacudimiento, empieza á desandar lo andado, á moverse en dirección inversa. Esta reacción, cuyos albores son recientes, y que los historiadores tal vez fecharán desde el advenimiento de Alejandro III, que la inició en Oriente, ó de Guillermo II, que en Occidente la representa, ha sido tan rápida y decisiva, que ya amenaza barrer, amén de las corruptoras doctrinas que en su camino encontró, algunas de las más bellas conquistas del liberalismo, de sus más generosos sueños.» Mirando á lo futuro, Rod no logra entrever siquiera las consecuencias probables de esta reacción general, ni menos se atreve á afirmar que traiga aparejado uno de esos períodos de coherencia, solidez y grandeza, como fué entre los franceses el siglo XVII y el XVI entre nosotros.

Tampoco pretendemos nosotros profetizar, que es oficio deslucido y arriesgado; pero si es lícito juzgar del porvenir por el presente; si nos han de dar luz los auspicios buscados en las entrañas palpitantes de las nobles víctimas que Rod en su libro abre y despedaza (y aun en las mismas entrañas del autor del libro), nada duradero ni estable podemos esperar de una reacción, por otra parte natural, simpática y prevista.— No logro persuadirme de que los moralistas *positivos* se diferencien de los negativos en lo más importante, en lo que Rod declara esencial: la sencillez y unidad de la conciencia, la robustez de la fe. Sin exceptuar ni á Vogüé, tengo para mí que ninguno posee la única regla fija, la que estriba en verdades que están fuera y por encima de la razón humana, verdades que el corazón puede sentir, á las cuales puede abrazarse sin verlas evidentemente, como niño que en lastinieblas corre hacia donde suena la voz de su madre, pero que no acierta á demostrar el raciocinio. Hácese cargo de esta dificultad Rod, al hablar, por ejemplo, de Scherer, al notar la contradicción que en el eminente crítico existía cuando resistiéndose á reconocer los fundamentos absolutos de ciertos principios de mo-



ral, y hasta de ciertas leyes de decoro artístico que de la moral dimanaban y son su flor social por decirlo así, retrocedía atemorizado ante las consecuencias prácticas de su negación; al proponernos el enigma sin clave del alma de Tolstoy y notar cuán impropriamente llamamos *místico* á un hombre que no cree en la vida futura, y por falta de un ser divino ha divinizado al hombre y al sufrimiento; al estudiar el dogma de Lemaître, comprobando que en él no existe idea de Dios; al analizar uno por uno el credo de los supuestos afirmativos, y darse cuenta de que ó son juguete de su propia sensibilidad, como Tolstoy, ó juegan, como Lemaître, con los prismas y las pompas de jabón de un agudo ingenio. Tristeza causa escribirlo, pero la reacción actual, en las esferas de la inteligencia, nació agrietada, hendida y sin cimiento. ¿Qué haríamos con ocultarlo? Todos hemos esperado en ella.....

Examinemos al propio Rod; hagamos la crítica de su crítica de críticas, y nuestra inquietud y desaliento subirán de punto. La confesión más explícita y también más desconsoladora, la hace á propósito de Bourget. Es página en que remanece el suizo austero, que respiró el ambiente semiespartano de aquellas montañas agrestes, glaciales y descarnadas, y renueva, sin querer, la tesis de Juan Jacobo, condenando el progreso, el bienestar, la hermosura, en nombre del bien y de la virtud. Escuchemos sus discursos. «La afición al lujo y la elegancia se aviene mal con la virtud; la virtud, según la concibe el mundo moderno desde el advenimiento del cristianismo, es humilde, pobre, popular, y desde que Jesús habló, es ardua cosa para un rico entrar en el reino de los cielos.» ¿Qué tal la muestra? Pues ahí va otra: «Y si los refinamientos de la elegancia no son compatibles con la virtud, tampoco lo son los de la inteligencia. Toda riqueza, sea material ó inmaterial, lleva en sí misma un germen de destrucción, castigo de los goces que nos proporciona; el reino de los cielos sólo está franco para los pobres de espíritu. Así como la fortuna no se hace sino de ruinas, la inteligencia sólo se adquiere disolviendo.» Tal es, sin atenuación



alguna, el credo de Rod. A propósito de Vogüé, insiste y refuerza el argumento. «El heroísmo—escribe—hállase amenazado de muerte: no le son favorables ni el exceso de comodidades, ni el exceso de cultura intelectual. El heroísmo es una planta rústica y recia, que puede crecer en los desfiladeros del Taigeto, y sucumbe en tierra cálida.....»

La teoría no peca de nueva, pero trabajo le mando á Rod si pretendiese apoyarla en datos históricos.

No solamente la elegancia y refinamiento no influyen sensiblemente en la disminución de la virtud, sino que en ocasiones á la virtud sustituyen, dando el resultado práctico de evitar acciones que son malas, pero no repugnan tanto por malas cuanto por bajas, viles y groseras. Y si la inteligencia sólo se adquiriese disolviendo, y si sólo fuesen buenos, santos y heroicos los necios, ó al menos la gente de escaso caletre, y los hombres toscos y rudos, los católicos tendríamos que borrar del santoral á santos tan finos y caballerosos como San Francisco de Sales y San Francisco de Borja, y á santos tan grandes filósofos y pensadores, y tan sutiles psicólogos, como San Agustín, Santo Tomás y Santa Teresa de Jesús. Si el objeto de estas páginas que emborrono no fuese sencillamente dar á conocer los méritos de Rod, en vez de refutar los que considero sus errores, mucho diría aquí acerca de los pobres de espíritu y las supuestas virtudes de la gente zafia, ignorante y comedora de bodrio. En cuanto al heroísmo, las ciudades de mayor refinamiento artístico nos han dejado de él sorprendentes ejemplos; y aunque nos olvidásemos de París, alimentándose, durante el sitio, de carne de ratas—recuerdo bien contemporáneo—basta evocar los anales de Atenas, Florencia y Roma, para saber que la cultura, á veces, fomenta la dirección ideal que el valor exige para demostrarse con actos dignos de loa eterna.

El libro titulado *Giacomo Leopardi* no expresa la personalidad de Rod como el que acabo de reseñar; ó, por mejor decir, expresa sus opiniones estéticas y filosóficas, en vez de las intelectuales y morales. El estudio sobre Leopardi descubre la



predilección hacia el poeta que ha sabido dar forma á nuestra manera de concebir la vida y nuestros más íntimos sueños, que no son los placenteros, sino los dolorosos. Aquel alma de auto-crucificado, que devoró y torturó el cuerpo de Leopardi, muestra afinidades con el alma apenada y enfermiza de Rod. Son ambos mártires de sí mismos, pero Leopardi es ante todo poeta lírico y subjetivo; Rod tiene más de objetivo; le interesan el mal del mundo y las penas de la vida, no sólo por sí mismo, sino también por los demás (no digo por el prójimo, que sería la palabra cristiana, porque Rod no es todavía cristiano á boca llena y acaso, lástima grande, no llegará á serlo nunca). Un estudio sobre los prerrafaelistas ingleses, hecho con amor, inteligencia y claridad; otro sobre el arte y el simbolismo wagnerianos; otro, que haría saltar á nuestros hugólatras, sobre Víctor Hugo, son lo más significativo de este volumen, en el cual se incluyen algunos artículos más, con carácter de estudios bibliográficos. La devoción de Rod por Leopardi; su simpatía por los prerrafaelistas, que en vez de pintura hacen literatura pintada, pintan ideas; su entusiasmo por Wagner; su campaña contra Hugo, todo brota de la misma fuente: Rod estima y saborea en la literatura y en el arte el elemento intelectual, la concepción reflexiva y profunda que se traduce en inspirada forma. Mientras despliega una severidad implacable para condenar la vulgaridad de pensamiento y la superficialidad de sentimiento de Víctor Hugo, y, ante las deficiencias del pensador, parécenle secundarias las inmensas dotes del poeta, el vigor de las imágenes, el esplendor de la frase, la soberana densidad y bronceada resonancia de las estrofas, la fuerza de las metáforas y la titánica energía de las antítesis, quema incienso en el altar de Leopardi, elegante y sobria ara griega, donde arde el fuego de la mente. Leopardi, Wagner, son devociones de idealista, de pensador. Y obsérvese cómo Rod no se exime de esa contradicción que convierte á los *positivos* en *negativos*, y acabará por identificarlos, ya que no en doctrinas, en los amargos frutos de ellas. Obsérvese



cómo, incapaz de ponerse de acuerdo consigo mismo, mientras aspira al dictado de moralista, prefiere en arte el elemento idealista é intelectual, después de haber reconocido, á ejemplo de Rousseau, que la inteligencia no adquiere sino disolviendo. El desenlace funesto del drama moral de la inteligencia viene á ser, para Rod, el que Wagner quiso expresar en su tetralogía por medio de un símbolo: la redención, no por la expiación, ni por la fe, ni aun por la gracia y misericordia divina, sino por la disolución en el seno de la *nada*. «La voluntad, que quiere hacer un mundo á su imagen, no puede llegar á satisfacerse sino en el aniquilamiento final.»

Tal es la desesperada conclusión de todos estos moralistas de la reacción antimaterialista y antinaturalista, y, no cabe duda: á su manera, se dejan muy atrás en inmoralidad al viejo naturalismo, tan pasado de moda y tan puesto en solfa. Era el naturalismo, á ratos y como por obedecer á una consigna, crudo, limitado, rastrero, sin ventanas, sin luz, sin aire; los neoidealistas y neomísticos de hoy, entre los cuales Rod ocupa, por derecho propio, señalado lugar, abren ventanas, respiran hacia lo infinito, respiran, sí..... pero es á la parte del abismo, del eterno dolor..... y no diremos del *infierno*, por no herirles el oído con vocablos del lenguaje teológico, que tampoco está muy en alza. La lucha que sufrió Edmundo Schérer, Rod la sufre: es pensador, investiga, duda, se inquieta, vive dentro de sí, anhela certidumbres, busca senderos, se arrodilla ante el bien, como los paladines de Wagner ante el santo Grial; no estima sino las obras intelectuales..... y sin embargo cree que la inteligencia es el mal, el disolvente, el veneno. De esta contradicción nace la incurable tristeza que veremos revelada en sus novelas, de las cuales trataremos en el artículo siguiente.



## II

## EL NOVELISTA

Quien haya leído lo que antes dije de Eduardo Rod, barruntará que las novelas de este escritor no son lo que suele entenderse por libros de entretenimiento, para pasar el rato y engañar las penas. Sin que Rod cultive el género cruel, y menos el género brutal y tabernario; sin que nos ponga ni por casualidad en relación con gentes de baja ralea, con la plebe moral, sino con personas intelectual y socialmente finas, con almas escogidas y aristocráticas, sus obras ¿de *imaginación*? sugieren la desconsoladora idea de que la vida es un mal negocio y el mundo una especie de pesadilla. He subrayado la palabra *imaginación*, porque no afirmaría que Rod tenga de ella un adarme, al menos en la acepción de *fantasía dorada*. Lo que distingue á Rod no es la inventiva ni la plástica, sino el sentimiento intenso y la sugestión de la melancolía; los sentidos, las imágenes, el juego de las formas sensibles, son cosas que desconoce; el ingenio ó *esprit* francés no chispea en sus escritos; la observación es justa, sobria y al par dolorosa, y el conjunto de la labor recuerda el género de hermosura peculiar del paisaje suizo, austero, frígido, con impensados efectos de luz del sol y la luna sobre las agujas de hielo, con sordos estremecimientos volcánicos allá en el subsuelo, bajo las densas capas de nieve.

El estudio de las novelas de Rod me ha demostrado una



vez más que los neoidealistas actuales no son sino rezagados del romanticismo, el cual se ha transformado, pero no ha muerto, y después del período naturalista retoña en las escuelas modernísimas, dando nombres nuevos á sus añejos achaques. Si después del cristianismo el mundo tenía que ser romántico, la literatura no ha podido sustraerse á esta ley, y el romanticismo, perecedero en algún aspecto, sigue siendo en otros, y esencialísimos, á manera de fondo eterno del arte en general, y sobre todo del arte literario. Obra romántica en cierto sentido es la celebrada de Rod *Correr á la muerte*. Para justificar el aserto, necesito hacer una distinción, que no me satisface á mí misma, pero me ayuda á explicarme: necesito dividir el romanticismo en *excitante* y *paralizador*. El romanticismo excitante implica plétora de sentimiento, embriaguez de vida, y hace la apoteosis del amor; el paralizador, al contrario, lleva consigo la atracción de la muerte y se resuelve en el pesimismo y el nihilismo contemporáneos. A esta última clase de románticos, que son los de nuevo cuño, pertenece Rod, y *Correr á la muerte* es el diario de un caso de la epidemia nihilista, la parálisis del corazón. *Correr á la muerte*, que tiene forma autobiográfica como tantas joyas del romanticismo, como *La confesión de un hijo del siglo*, como *Adolfo*, es más triste que ninguna de ellas; aunque parezca increíble, las supera en amargura.

«Los sucesos de mi vida», dice el héroe de *Correr á la muerte*, «se transforman inmediatamente en sensaciones, y un análisis inconsciente é inmediato se apresura á descomponerlas.» La enfermedad del desdichado podría llamarse el *mal del diablo*, diagnosticado por Santa Teresa: imposibilidad de amar. ¡Sufrimiento infernal de veras! El héroe conoce á una interesante señorita, Cecilia, de quien desea enamorarse, y para conseguirlo hace esfuerzos increíbles, pero vanos; se aplica á sí mismo toda especie de electricidad moral, y es inútil; su médula está atrofiada; no hay reacción; no hay chispazos de energía y de vitalidad en los centros nerviosos;



es un cadáver que, por horrible castigo, *se ve* tendido en la sepultura. El héroe de Rod envidia á los desesperados del romanticismo, á quienes devoraba una pasión fatal, los René, los Antony, los Werther; es más: envidia á los hombres gastados, á quienes roe el hastío. «¡Felices ellos!» exclama. «Si el tedio les consume, al menos un día poseyeron aquello que desestiman ahora; gozaron los bienes que su cansancio desdeña. Más compasión merezco yo, ahito y fatigado de lo que jamás conocí, persuadido de que el tedio yace en el fondo y raíz de todas las cosas, lo mismo de los placeres fáciles que de las alegrías soñadas. Apenas voy á *entregarme*, la espantosa imagen de ese tedio me detiene, y tedio y deseo se amalgaman y confunden, hasta que el primero triunfa y queda único dueño de mí.....»

Basta este pasaje para caracterizar las diferencias entre el romanticismo que excita y el que paraliza. Werther deseaba algo: el héroe de Rod ha llegado á no desear, ó, mejor dicho, á desear sólo no desear. Sentimientos análogos, en forma muy vibrante, manifestó nuestro Espronceda cantando á *Jarifa*:

.....  
 ¿Por qué, si yazgo en indolente calma,  
 siento, en lugar de paz, árido hastío?  
 .....

Sólo que el gran poeta no vió morir por completo sus energías, puesto que siguió, desvanecida la ilusión, sintiendo todavía el estímulo del deseo «eterno é implacable», mientras Rod, ni experimenta deseos ni acaricia ilusiones: triste caso de adinamia, al cual los fisiólogos darían quizás otro nombre.

Cecilia, la mujer á quien el héroe desearía amar, se le asemeja: enfermiza y retraída, enigmática y triste. «En ella se condensan—dice Rod—las dudas torturadoras, los ideales cojos, las indecisas aspiraciones, las desilusiones refinadas y desesperanzadas, todas las ulceraciones parásitas que torturan y exorran á la vez el alma actual, y le comunican una belleza de mo-



ribunda, prestándole las resonancias de la cuerda que un soplo agita sin cesar, cuerda dolorosa hasta lo inefable.»—Ya se colige cuál puede ser el idilio entre estos dos enfermos. El se contentaría, no con ser amado, sino con poder amar; á ella le basta con transmitirle á él su nostalgia y su incurable pena, por medio de las sonatas de Beethoven que en el piano ejecuta. No atrae Cecilia al héroe por ningún motivo de los que generalmente hacen atractiva á la mujer para el hombre; lo único que despierta en él es curiosidad intelectual: el afán de saber «lo que hay detrás del misterio de su sonrisa». «Mi temor es que apenas la comprenda, la desamaré», piensa el sutil atormentador de sí mismo. «Estoy seguro de que detesta la vida; ese es el secreto que duerme en sus ojos.» Naturalmente, á hombre semejante ha de ocurrírsele la idea del suicidio; pero hasta para tan fúnebre aspiración se siente enervado: *querer no ser* es un rasgo de vigor, y ese vigor le falta. Abrevio el análisis de *Correr á la muerte*, porque es una obra penetrante y aguda hasta lo increíble, y sería preciso citar páginas enteras para demostrar lo delicado del estudio, la precisión con que desarrolla y descompone la vida interior de un hombre que «aspira al sufrimiento como otros aspiran á la dicha». El mísero, después de algunas tentativas frustradas de celos y de ternura, al fin renuncia, desalentado como el ave que quiso volar alto y sólo consiguió caer rendida al suelo; y únicamente cuando Cecilia sucumbe á la tisis que la minaba, adquiere el convencimiento de que estaba realmente enamorado de aquella mujer, y contrae una especie de extraña pasión por la muerte. «La tierra me llama,» dice al final del libro, «y más vale pedirle una parte de su inconsciencia, que seguir contemplando su inútil florecimiento.»

Bien se ve que si la novela moderna no disfrutase de tanta libertad y amplitud que caben en ella las más variadas formas y estilos, y, por derecho propio, la anatomía de la intimidad psicológica en toda su complejidad y riqueza inagotable, no deberíamos llamar novela á *Correr á la muerte*. Allí no pasa



nada; ni aun hay drama del corazón; sencillamente *un caso* (y vuelvo sin querer á los términos propios de la ciencia médica). Si hubiese de precisar escuetamente la impresión que me produce este libro de Rod, diré que al leerlo creo estar hojeando el diario de un enfermo del estómago..... muy inteligente. Sólo una afección crónica de órgano tan importante, un desorden de esos que atacan la fuerza vital en sus mismos centros, puede generar las ideas y determinar el estado psíquico en que se encuentra el héroe de *Correr á la muerte*. Digiriendo bien (perdónese el prosaísmo) no cabe pensar ni sentir así. Hay una fuente de alegría y de serenidad en las funciones que normalmente se cumplen, y acaso el romanticismo depresivo y paralizador no es sino carencia de alguno de esos jugos maravillosos que allá en lo recóndito de nuestro cuerpo realizan la operación de asimilar los alimentos y reparar las constantes pérdidas de la máquina animal. Así como muchos explican por el largo ayuno las visiones de los ascetas, yo explico por la debilidad de estómago ese flato moral de las generaciones contemporáneas, ese hastío *anterior á la letra*, que precede al goce y á la ilusión misma. Cuando el estómago funciona como Dios manda, la vida se aparece tal cual es: con sus males y sus bienes, sus horas ya blancas, ya grises, ya negras, sus espinas y sus flores, las flores de cada estación..... Aunque Rod ni una sola vez mienta el estómago, aunque todo lo refiere al alma, no puedo menos de creer que hay mucho de gastralgia y dispepsia en el caso de *Correr á la muerte*. En la novela encuentro pasajes que confirman mi suposición: el sufrimiento sin nombre que por las noches impide al héroe conciliar el sueño; la barra de hierro que le cruza el cuerpo; la atonía al lado de una mujer casi amada; la plétora dolorosa del cerebro atestado de lecturas.... síntomas evidentes de la enfermedad. Los que padecen del estómago duermen mal, sienten peso intolerable, no pueden leer ni estudiar, su cerebro se cansa, y la atracción de la mujer disminuye ó se anula para ellos.—Temo que Rod, al leer este párrafo,



me considere muy ruda y material, pero arrostro el peligro: tan convencida estoy de que su héroe podría aliviarse por medio de unas gotas de nuez vómica ó una infusión de cuasia amarga.

*El sentido de la vida* es la otra faz de *Correr á la muerte*. En *Correr á la muerte* son las fibras del sentimiento individual las que no responden: en *El sentido de la vida* son las del colectivo: el héroe, no encontrando dentro de sí razón suficiente para vivir, la busca fuera de sí, en los demás. Este libro, del cual hizo Lemaître una crítica tan chispeante y donosa, responde al anhelo del héroe de libertarse de sí propio, huyendo del *yo* ergotista, despótico, escéptico, é indagando las razones que pueden determinarnos á la aceptación de la vida. Desde el primer momento se adivina que tampoco es empresa fácil. El héroe empieza por calificar de *absurdos* los derechos y los deberes, y de lícito el abandono de la vida siempre que place dejarla.—Buen principio de semana cuando ahorcan el lunes.—A pesar de tan desconsolador convencimiento, trata el héroe de apegarse á la vida, justificando el apego y fundándolo en móviles poderosos. Las condiciones en que se halla son muy propicias y favorables para el ensayo. En un recién casado por inclinación, con hacienda, juventud y salud, no se concibe la hipocondría. «Existo, amo, tengo horas de contento..... ¿Por qué? ¿Cómo? No puedo resignarme á que queden sin respuesta mis interrogaciones; no sé respirar sin darme cuenta del móvil de mis actos; no soy un maniquí movido por cordeles.»

Singular género de preocupación, que sólo existe para los espíritus superiores y es asaz indiferente á la inmensa mayoría de los hijos de Adán. Cuando menos, puede afirmarse que si muchos se proponen confusamente tales enigmas, poquísimos aciertan á plantearlos con la claridad y el enlace que distinguen á Rod. He dicho que Rod es más pensador que artista, y sin embargo, las cualidades del escritor, la vibración del estilo, su armonía y fuerza sugestiva, prestan realce



al pensamiento en *El sentido de la vida*, como en *Correr á la muerte*.

A fin de escudriñar «el sentido de la vida», el héroe va probando sucesivamente las efusiones del matrimonio, las dichas de la paternidad, el altruismo ó «religión del sufrimiento humano», la caridad, el interés por los problemas sociales. Puede decirse que adopta todos los medios de que dispone el *yo* para salir de sí, ó, como dice bellamente el Evangelio, para negarse á sí propio, y que no pierde coyuntura de afirmar los derechos del *no yo* y la fraternidad humana. ¡Y es en balde! Fáltale la chispa que enciende, el omnipotente amor, que es más fuerte que la muerte y anula su victoria.—El cariño conyugal no satisface á ese *yo* funesto, que se goza en desgarrarse á sí propio por un juego cruel; á ese *yo* que de antemano bastardea la dicha y la desflora con frío examen. La paternidad, aunque trae consigo los sentimientos que le son inherentes, tampoco llena, tampoco da objeto y finalidad al vivir del héroe. Los dogmas humanitarios no logran subyugar su conciencia. La *humanidad* se le aparece bajo forma de *muchedumbre*, en la cual, por ineludible ley, domina lo feo, lo vil, lo bajo, los sentimientos innobles, las malas pasiones, los apetitos desenfrenados; asiste á un *meeting* socialista, y lo que le salta á los ojos es el énfasis embustero de los discursos, la ridiculez del orador que habla de «la santidad de las manos callosas» equivalentes á nuestra «digna blusa» de por acá; lo que nota es la inquina feroz con que acusan de traidor á la causa á un desdichado cuya inocencia es patente. Sale de la sesión descorazonado, convencido de que siempre el odio impedirá el advenimiento de la justicia, el egoísmo el de la igualdad, y las escorias de la concupiscencia mancharán el ideal más puro; y él, que entró guiado allí por un impulso sincero y leal de bondad y de desinterés, jamás logrará vencer la desconfianza que infunde su cáscara, su ropa. «¿Quién soy yo? El burgués, el enemigo; he visto caer sobre mí miradas de odio, y un obrero que me rozó al pasar, se limpió el codo inmediatamente».



te.....» El remedio verdadero á los males de la humanidad sería el amor; pero ¿dónde está? ¿Cómo se crea, cómo se nutre? El héroe lo reconoce: para ser apóstol hay que nacer; es una gracia, un don que no puede adquirirse por gimnasia y disciplina, ni menos por raciocinio. La emoción fraternal causada por la lectura de algunas novelas rusas se desvanece, y la convicción de que sólo es grande el individuo, jamás la multitud, echa por tierra la utopia altruista. «Poco tardé en recontar los insuperables obstáculos que surgen ante el que persigue el bien de su especie, y cuán fatalmente se quiebra la buena voluntad contra el escepticismo ajeno..... y el propio. No, no me es dado sentir como quisiera. Estudio, por ejemplo, hasta dónde llega mi fuerza compasiva, mi facultad de sufrir con los que sufren, y noto que el aullido de un perro cuando una rueda le estruja una pata, me conmueve lo mismo que el grito de un albañil al desplomarse de un andamio.... En suma, *los otros* son extraños para mí; no puedo vibrar de lástima desinteresada y profunda....., y sólo tengo la falsa compasión del Fariseo que pasa ante la desgracia y la necesidad cerrando los ojos.....»

Hay que leer estas páginas y toda la novela, para admirar el arte magistral con que se analizan, no ya los sentimientos de un individuo, sino los de una generación. Cierta humorístico *causeur* dijo una vez, al oír discutir el socialismo: «El socialismo es una cosa muy mala, pero que no puede hacernos mucho daño, porque no somos muy buenos». Esta frase resume el libro de Rod. No se desborda el fervor altruista en los corazones secos y agostados, y la llamada «religión del sufrimiento humano» no puede imponerse sino al pie de la cruz donde muere un Dios. Sí: toda la sangre divina era necesaria para reconciliar al género humano consigo mismo; pero prescindiendo de esa efusión magnífica que estremeció de alegría á cielos y tierra, no hay sino egoismo y odio, el odio que observaba Rod en el *meeting* donde un obrero se limpió el codo por haber rozado la levita de un burgués. No cabe infundir amor



invocando solamente los derechos de la humanidad: no es fácil ni lógico ser, como Tolstoy, místico de tejas abajo y ateo de tejas arriba. Rod reconoce esta imposibilidad, y su héroe, por fin, trata de hallar *el sentido de la vida*, la clave de nuestro existir, siguiendo las huellas de los pobres de espíritu; penetrando en una iglesia, y rompiendo á pronunciar las palabras del Padre Nuestro...—pero con los labios; únicamente con los labios.—El corazón del héroe resiste, empedernido y helado, y el libro termina sin que tengamos el consuelo de verle tocado por la gracia, esa fuerza misteriosa que inmuta el alma, y que á veces tan cerca anda de los que entre lágrimas la buscan.

De lo que acabo de decir resultará para el lector una impresión extraña: no podrá menos de preguntarse si hablamos de una novela, ó de un libro de filosofía social y religiosa. Ya lo he advertido: estas dos obras de Rod no son lo que suele entenderse por novelas: nada sucede en ellas; no hay enredo, no hay drama externo, no hay elementos pintorescos; no hay ni siquiera novedad en el insignificante asunto; el conflicto de *El sentido de la vida* es el mismo de *Rolla*, sólo que Rolla, á fuer de romántico incorregible, acaba por el suicidio en medio del libertinaje, y el héroe de Rod, que lleva la fecha del renacimiento místico, va á parar en el templo.—Deban ó no clasificarse como novelas, estas dos obras de Rod son dos joyas de análisis fino y de lucidez amarga. Conozco una cosa que puede ser para el artista más terrible que la bajada al infierno dantesco, y es la bajada á los círculos de su propio corazón. Sumergirse en los mares interiores; descender, como el buzo, á las profundidades insondables, y comprobar á cada instante el vacío del abismo, lo fugaz del ensueño, la eterna decepción humana, no es cosa que reanime ni que conforte. En esta labor cruel del *intuitivismo* aguza Rod la sensibilidad ajena á compás de la propia, por lo cual, desde cierto punto de vista, no conozco libros más enfermizos que los de moralista tan severo, ni lectura que más derechamente pueda conducir á la sima del nihilismo absoluto. A quien tanto mira, más le valdría cegar.



Entre las penosas disquisiciones del psicólogo, como flores de ninfea sobre la haz del pantano, resaltan á veces las dotes peculiares y nativas del escritor: una descripción graciosa, una página vigorosa y de bella factura; por ejemplo, el trozo musical de *Correr á la muerte*, el cuadrito de la niña tirándole de la cola al gato, en *El sentido de la vida*. En la serie de las novelas de Rod, veremos afirmarse las condiciones del novelista, equilibrarse el elemento psicológico y el interés dramático. Por este concepto, las mejores obras de Rod son *La sacrificada*, las dos *Vidas de Miguel Teissier*, *El último refugio*, *Las rocas blancas* y el *Silencio*, que ya es conocida aquí por haberse publicado en *La España Moderna*.

Desde la revolución romántica ha sido frecuente buscar la fórmula de la vida,—no en el deber, ni en el derecho, ni en el patriotismo, ni en el bien, ni en el trabajo, ni en la fe, ni en el arte, ni en ninguno de los grandes ideales colectivos hoy tan quebrantados por desgracia—sino en el lirismo de la pasión, en una especie de trascendentalismo amoroso. Próximo el mundo á desvanecerse como se desvanecen las creaciones de la fantasía, se ha pretendido reconstruirlo por la energía del sentimiento sexual. Este nuevo problema se presenta á Rod, y le sugiere las interrogaciones que necesariamente lleva consigo. ¿Puede la pasión suplir á todo y compensarlo todo? ¿Basta la pasión para llenar la existencia? Si la pasión aparece en pugna con los deberes morales y con el criterio social, ¿á quién corresponde de derecho la victoria? ¿Es la pasión una fuerza superior á las demás que actúan sobre nuestro espíritu, y se da en ella la conjunción suprema de la naturaleza y el ideal, conjunción que encierra el sentido de la vida?

Al plantearse á sí mismo estas cuestiones, al estudiarlas, Rod se contradice: mientras *La Sacrificada*, las dos *Vidas de Miguel Teissier*, *El último refugio* y el *Silencio* demuestran que la pasión, sola y aislada, en lucha con el deber, no es bastante para llenar la existencia, ni aun para hacerla tolerable, *Las rocas blancas* dicen lo contrario y son un himno á la última



religión lírica, á la pasión como fin de toda actividad psíquica y clave del mundo.

En *La Sacrificada*, la tesis está presentada con arte sumo. El protagonista, Pedro Morgex, médico, tiene un amigo de colegio, el abogado Audouin. Son los dos de opuestísima condición. Mientras Morgex, descendiente de una familia puritana, de camisardos, lleva en la masa de la sangre la austeridad y el escrúpulo, Audouin es un vividor, atento sólo á gozar, aunque gaste y consuma pronto su capital de salud, y tan enemigo del sufrimiento, que ha arrancado á Morgex la promesa de que, en caso de enfermedad dolorosa é incurable, le administrará cualquier droga mortífera. Audouin contrae matrimonio con una señorita fina, buena, delicada, de elevado espíritu; Morgex la mira con simpatía desde el primer instante; la simpatía se transforma en amor puro y tenacísimo cuando ve que Audouin la engaña y abandona con grosera brutalidad y se entrega á vicios y desórdenes; y al caer el marido bajo el golpe de la hemiplegia, al ver que sin embargo no muere, que la enfermedad se prolonga, que su amada Clotilde se estenua y consume en la fatigosa asistencia, al oir las súplicas del enfermo que pide á toda costa un poco de bienestar ó de alivio, Morgex cede á la tentación de administrar á su antiguo amigo fuertes dosis de morfina, y, por último, en un momento de locura, la dosis mortal. Apenas cometido el crimen, la conciencia alza su voz. Ningún remordimiento sentiría Morgex, á no ser porque la muerte de Audouin le hace dueño de Clotilde. Creería hasta humanitario haber abreviado los padecimientos de un agonizante; pero siente que en abreviarlos tenía interés personal; siente que no procedió por humanidad, sino por egoísmo, y apenas logra su felicidad casándose con Clotilde y encontrando en ella la realización de todos sus sueños y la más completa armonía con su temperamento y carácter, el remordimiento se concreta y le ataraza y devora el espíritu; el drama interior se precipita, y el culpable advierte la necesidad profundamente humana, prevista por la Iglesia,



de la confesión. Acude primero á un amigo—que representa la sociedad—y el amigo responde que en casos tales no hay más juez que Dios, y á Él compete el fallo: apela entonces Morgex á un sacerdote, y éste habla así: «Aunque no tenga usted fe, la moral eterna existe para los impíos lo mismo que para los creyentes, y las condiciones del perdón son para todos las mismas. Yo no puedo decirle á usted sino una cosa: hay que expiar.» Al preguntar Morgex en qué puede consistir la expiación, el sacerdote le señala como única posible y adecuada renunciar al fruto del crimen, apartarse de Clotilde para siempre.—No he consultado este caso con ningún teólogo, pero así á primera vista dudo que un sacerdote católico prescribiese tal género de expiación á un culpable. La Iglesia es poco inclinada á desbaratar matrimonios, y en general propende á apretar el lazo, no disolviéndolo sino en ocasiones tan contadas y excepcionales, que positivamente confirman la regla. Sea como quiera, á Morgex se le impone la necesidad del castigo, y resuélvese á perder el bien que codició y por el cual se dejó arrastrar al pecado. Las palabras del sacerdote se le graban en la mente, y más enamorado que nunca de Clotilde, sepárase de ella para no volver á verla jamás, «sintiendo confusamente que cumple un mandato superior y justo, ineludible, y descubriendo la ley cristiana de que en renunciar á sí mismo se encuentran mayores bienes que en desarrollar la energía y el espíritu de conquista y lucha. Hay un decreto de lo alto que nos manda desempeñar el alma á fin de tenerla pronta á recibir la gracia ó la muerte, á entrar libre y pura en la nada ó en la eternidad.»

*El último refugio* extrema más todavía las consecuencias de la afirmación de que no cabe dicha si no está plenamente satisfecha la conciencia, y no sólo la conciencia individual, sino la colectiva y social. Dos amantes, Marcial y Genoveva, han roto todos los lazos, han saltado por cima de todos los obstáculos y han huído juntos, refugiándose lejos del mundo, en el delicioso rincón de Porto Venere, donde nadie les impor-



tuna; pero, aunque libres y tranquilos, aunque no pesa sobre su alma, como pesaba sobre la de Morgex, el recuerdo de haber envenenado á un esposo, no logran ser felices. «Evadidos del mundo, según quisieron, lo sentían aún oprimiéndoles el corazón; victoriosos, la pasión no les emancipaba. En vano —pensaba Marcial— la sabiduría de los siglos ha alzado contra el amor poderosos diques; en vano las leyes lo han encerrado en macizas fortalezas. Destructor y vencedor, libre como la tempestad que sopla donde quiere, no reconoce límites ni orillas. Pero después del triunfo, desmaya y cede; no da la libertad á los que se la pedían; sobre el prisionero fugado se proyecta aún la sombra de la prisión, y el fantasma de la dicha, apenas entrevisto, se desvanece.» Y, poco á poco, entre las momentáneas venturas amorosas, surge y toma cuerpo la idea, ya antigua en Marcial, de la muerte, único desenlace posible en situaciones como la suya. No es posible librarse de la vida por la ilusión y el sueño: sólo la muerte previene el desencanto, suprime las decepciones y termina dignamente, á modo de sublime estrofa, un poema amoroso. Marcial oye en espíritu el dúo fascinador de Tristán é Iseo: «Unidos para siempre.»—«¿Sin fin?»—«Sin despertar.»—«¿Sin miedo?»—«Sin nombre, confundidos en el seno del amor.» Y los amantes se encierran para morir juntos.

Las dos *Vidas de Miguel Teissier*, por otro camino, conducen al mismo fin: á probar que, cuando la pasión estalla y lo arrasa todo, no tiene terminación decorosa y estética sino la muerte. Miguel Teissier, político de talla, elevado á un alto puesto, famoso, popular, á impulsos del amor arroja por la ventana nombre, posición, reputación, doctrinas, principios, compromisos de partido, amigos, admiradores; retuerce su propio corazón, abandonando á su buena esposa y á sus inocentes hijas; solicita el divorcio, y, ya obtenido, se casa con su predilecta y en compañía de ella se aleja de Francia, expatriándose voluntariamente y renunciando á cuanto fué objeto y realce de su vida, actividad de su ser. Pero no basta este sa-



crificio: hubiese sido indispensable el de la vida, si se había de evitar el hastío y el torcedor que al fin reemplazan, tarde ó temprano, á la pasión satisfecha y triunfadora. Miguel Teissier echa de menos la órbita política en que giraba, el ruido y las aclamaciones que coronaban sus arranques oratorios, la simpatía y el respeto con que era saludado su nombre; ocioso, olvidado, el hombre de acción que se sacrificó al hombre sentimental sufre y se consume, ocultando su tenaz melancolía, hasta que, á la primera ocasión favorable, sacude el yugo, vuelve á su centro, se lanza otra vez á la batalla,—pero rebajado ya por el cambio de opiniones y de programa social que le imponen las consecuencias de paso tan decisivo como un divorcio.—Y disminuído, degradado, insensible al ajeno dolor, pasando por encima del cadáver de una de sus hijas, destruyendo el alma de Blanca, que comprende que la pasión se ha extinguido, Miguel Teissier recae en la vida activa, enlaza su primera etapa con la última, y deja al amor, á quien tantas víctimas sacrificó, relegado al papel episódico que sólo evita la «unión sin despertar» de los amantes wagnerianos.

Muchos libros se han escrito contra el divorcio en Francia, pero no conozco ninguno tan persuasivo, tan hondo, como las *Vidas de Miguel Teissier*. Rod sabe presentar estos conflictos de modo más directo y menos artificioso que otros novelistas, los cuales, acaso por exceso de habilidad y deseo de interesar al lector, conceden más al elemento literario, á la fábula y á la factura, y menos á la íntima emoción del moralista. En este particular no me es posible comparar á Rod con ningún escritor francés contemporáneo, sino con uno inglés, Jorge Elliot, la eminente y severa autora de *Adam Bede*.

¿Por qué inconsecuencia se hace Rod, en *Las Rocas blancas*, abogado del amor sin restricciones, entonando la canción romántica, el himno á la pasión, señora del mundo? Antes había dicho, por boca de Morgex, de Marcial Duguay, de Miguel Teissier: «Mejor es seguir el camino derecho; parece árido, pero al final los bienes y goces no son menores, y los corona



el sumo bien de la conciencia pura». La moraleja de las *Rocas blancas* es la contraria: si los dos enamorados no hubiesen renunciado á verse, á hablarse, á vivir; si no hubiesen cumplido su deber evitando el mal, si hubiesen cedido sin reparo á su culpable afición, ¿qué sucedería? Sentenciados á eterna reprobación, girarían en el torbellino que arrastra á la maldita pareja de Rimini; pero no serían de roca, «no se hubiesen convertido en piedras», repite irónicamente el novelista. En vano Trembloz, el enamorado que se sacrifica, trata de consolarse pensando: «Hice bien, debo estar contento»....., en vano busca la alegría interior de la victoria moral; la victoria, para él, es un dolor nuevo añadido á los anteriores; cansado y exhausto, se siente más débil que antes del triunfo. «Con el tiempo Dios me enviará la paz» murmuran sus labios, mientras allá dentro una voz repite: «Si hubieses cedido al amor, no te convertirías en piedra!»

Esta contradicción es única en Rod. Sus demás libros—incluso el último, *Allá arriba*—aspiran todos á demostrar que el amor culpable, al satisfacerse, es sólo vanidad de vanidades y aficción de espíritu. Son las novelas de Rod, como ha dicho muy bien Doumic, «libros de pasión»; y tan de pasión, que causan vértigo, por la contenida intensidad del sentimiento; pero en sus efectos, altamente moralizadoras, si puede ser moralizadora una obra «de amena literatura». La pluma de Rod es casta, y aun cuando retrata la pasión culpable con suma energía, con calor y expresión honda, no es fácil sorprender en las páginas más ardientes un detalle escabroso, una frase libre, una crudeza ó una inconveniencia de mal gusto. En este punto considero un modelo á Rod, y califico de arte consumado el que tanto sugiere y tan poco dice.

Las dos primorosas novelitas comprendidas bajo el título general de *El silencio*, me parecen de lo más perfecto que este escritor ha producido. Una de ellas, la que lleva por subtítulo «Hasta el extremo de la culpa», envuelve una lección de terrible ejemplaridad, que podríamos llamar clínica. No quiero



referirla aquí, ni aun sucintamente. Es tan breve, tan patética, que vale más saborearla y sentirla. Tampoco sería fácil dar cuenta en pocos renglones de la otra historieta, *Kermoy-san*. La maestría, la sobriedad, la *sugestión* de tal relato no se pueden apreciar sino directamente. Lo que más me ha sorprendido en estas novelas y en otras de Rod es que no parezca jamás verboso ni difuso un escritor que apenas pinta, que apenas narra, y que desentraña continuamente y sin apresurarse sentimientos y estados psíquicos.

En cuanto á *Allá arriba*, el libro más reciente de Rod,—que ofrece curiosa coincidencia con las tesis de *Peñas arriba*, de Pereda, y *La tierra baja*, de Guimerá,—he de declarar que lo encuentro muy inferior á sus hermanos. Abunda en él la descripción, domina el color local, y hay ¿por qué no decirlo? como un retroceso inexplicable á los procedimientos de la escuela naturalista, para los cuales Rod no ha nacido. Es lo que Rod ha escrito más *fuera de sí*, más atento á lo exterior, á lo perceptible por los sentidos; y creo que debe volverse á su *caverna*, encerrarse otra vez en el *yo* egoísta y tiránico, no abandonar el método intuitivista, no emprender lo que repugna á su genialidad. Lo que le pasa á Rod allá dentro nos importa bastante más que las rivalidades de los hosteleros en las montañas de Suiza y las ascensiones á picos y á ventisqueros de la montaña. Eso toca á los que saben ver con los ojos, y sobre todo con los ojos; á los que son pintores y escultores, no pensadores ni psicólogos. Si Rod entendiese el castellano, y pudiese recorrer ciertas salientes páginas de *Peñas arriba*, comprendería la lealtad de la advertencia.

Resumiendo mi juicio sobre Rod, he de decir que, si por las dotes del escritor y del artista, por la forma rica, por la observación objetiva, serena y desinteresada, no puede competir con otros escritores franceses,—el inmortal Alfonso Daudet, y en ocasiones el mismo Bourget, con quien tiene afinidad en sentimiento personal, en sugestión apasionada, en introspección—debo colocarle, no al mismo nivel, sino más alto



aún, más cerca de esas esferas en que la inteligencia contempla lo que la belleza literaria no siempre sugiere. Si las obras de Rod son sanas y provechosas, si en cuanto medicina del alma dañan ó curan, es cosa que no acierto á definir. Depresivas, descorazonadas, nihilistas de una parte; de otra, severas, honestas y elevadas hasta el puritanismo; de atmósfera tan clara y limpia como la de las montañas cubiertas de nieve, y al mismo tiempo delicuescentes y pasionales; impregnadas de esos sentimientos que dignifican al que los experimenta y le colocan en las alturas del arte y de la ejemplaridad sentimental, y juntamente escépticas y tristes..... estas novelas podrían ser triaca ó ser ponzoña, si ponzoña ó triaca muy activas fuesen los libros—de lo cual no estoy segura tampoco.—Las novelas, caso de surtir efectos perniciosos, los surtirán en la gente indocta; y esta gente no ha de recrearse mucho leyendo á Rod, que escribe para personas refinadas y cultas. Lo que sí puede afirmarse, es que no recae en Rod la censura fulminada por Tolstoy contra tres de los grandes escritores franceses del presente siglo—Zola, Dumas hijo y Guido de Maupassant,—á quienes acusa el novelista ruso de haber convertido en único fin de la vida y en única aspiración humana: el erotismo. En Rod no cabe duda, late otro ideal, que relega á la pasión á puesto muy secundario, exaltando el deber, el sacrificio de los apetitos, la superioridad del goce moral, que ni se gasta ni se acaba; y si investigásemos cómo, por tales medios y con tales condiciones, Rod produce obras asaz perturbadoras, lo explicaríamos con palabras del vizconde de Bonald, que encierran una sentencia estética profunda: «La felicidad es vulgar y casera; con la felicidad se escriben canciones, madrigales y epitalamios. No hay nada noble en el mundo sino la desventura—la desventura, no el castigo—y se necesitan desventuras, y de las mayores, para crear lo suprahermoso en la belleza de las artes».

---







# ÍNDICE

## EL SILENCIO

### PRIMERA PARTE

	<u>Páginas.</u>
I.—UNA CONVERSACIÓN.....	5
II.—UNA HISTORIA: KERMOYSAN.....	11
I.....	11
II.....	21
III.....	27
IV.....	32
V.....	36
VI.....	46
VII.....	53
VIII.....	61
IX.....	65
X.....	67
XI.....	73
XII.....	78
XIII.....	82
XIV.....	86
XV.....	96
XVI.....	101
XVII.....	107



## SEGUNDA PARTE

	<u>Páginas.</u>
OTRA CONVERSACIÓN.....	109
OTRA HISTORIA.— <i>Hasta el final de la culpa</i> .....	115
I.—Preludio.....	115
II.—Narración.....	130
III.—Epilogo.....	159

## EDUARDO ROD

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

I.—EL PENSADOR.....	165
II.—EL NOVELISTA.....	179

---



# LIBROS PUBLICADOS

POR

## LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo,  
16, principal.—MADRID

**Aguanno** (José D.)—*La Génesis y la evolución del Derecho Civil*, según los resultados de las ciencias antropológicas é histórico sociales, con una introducción de G. P. Chironi. Traducción de P. Dorado. Un gran vol. 4.º m., 15 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades.

**Idem.**—*La reforma integral de la Legislación Civil*; traducción de P. Dorado. Un vol en 4.º m., 4 pesetas

**Alcofurado** (Mariana).—*Cartas amorosas de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamill y*. Un vol. impreso en cartulina, edición de bibliófilo, tirada de 200 ejemplares, á 3 ptas.

Son las más bellas cartas de amor que existen impresas.

**Anónimo.**—*¿Academicas?* Curiosísimo librito anónimo, una peseta.

**Anónimo.**—*Currita Albornoz al Padre Coloma*. Un vol. una peseta.

**Araujo y Sánchez** (Ceferino).—*Goya*, estudio biográfico crítico, con el catálogo de sus obras. Un vol. en 4.º m., edición de bibliófilo, tirada de 300 ejemplares, á 3 pesetas.

**Arenal** (Concepción).—*El Visitador del preso*, 3 pesetas. *El Derecho de Gracia ante la justicia y El reo, el pueblo y el verdugo*, 3 pesetas. *El Delito colectivo*, 1,50 pesetas.

**Arnold** (Mateo).—*La Crítica en la actualidad*, 3 pesetas.

**Asensio** (J. M.)—*Fernán Caballero*, una peseta. *Martín Alonso Pinzón* (estudio histórico), 3 pesetas.

**Asser** (T. M. C.)—*Derecho internacional privado*; obra completada por Alfonso Rivier; traducida, prolongada y anotada por J. F. Prida, profesor de esta asignatura en la Universidad de Valladolid. Un volumen en 4.º m., 6 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades.

**Balzac** (Honorato).—*Eugenia Grandet. Papá Goriot. Ursula Mirouet. César Birotteau. La quiebra de César Birotteau*. Cinco volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

**Barbey d'Aurevilly** (J.)—*El Cabecilla. El Dandismo y Jorge Brummel. Venganza de una mujer. Las Diabólicas. Una historia sin nombre. La Hechizada*. Seis volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

**Baudelaire** (Carlos).—*Los paraísos artificiales*, un vol., 3 pesetas.

**Becerro de Bengoa** (Ricardo).—*Trueba*, biografía, una peseta.

**Bergeret** (Gastón).—*Eugenio Mouton (Merinos)*, una peseta.

**Bourget** (Paul).—*Hipólito Taine*, biografía, 50 céntimos.

**Burgess** *Ciencia política y derecho constitucional comparado*. Dos volúmenes en 4.º m., 14 pesetas.

**Buylla** (Adolfo A.)—*Economía*. Un vol. en 4.º m., de 676 págs., 12 pesetas.

Esta obra comprende ocho partes que constituyen la Economía política, cada una de ellas á cargo de un profesor especialista, en la siguiente forma: I. Concepto de



la Economía y carácter de su ciencia, por Adolfo A. Buyla. — II. Los conceptos fundamentales de la Economía Social, por J. G. Neumann. — III. La producción económico-social, por F. Kleinwaechter. — IV. La formación del precio, por F. G. Neumann. — V. La Moneda, por E. Nasse. — VI. El Crédito y los Bancos, por Ad. Wagner. — VII. La distribución económico-social, por F. Mithoff. — VIII. El consumo económico social, por G. Lexis.

Sirve de texto en varias Universidades.

**Campe** (Enrique). — *Historia de América*, con notas y aclaraciones de Fernández Duro: dos volúmenes, 6 pesetas.

**Campoamor** (Ramón de). — *Ternezas y Flores, Ayes del alma, Fábulas*. En un solo volumen, 3 pesetas. *Doloras y Humoradas*. Todas en un solo vol., 3 pesetas. *Cánovas*, estudio biográfico, una peseta.

**Carnevale** (Manuel). — *La cuestión de la pena de muerte*. Un volumen, 3 pesetas.

**Idem.** — *Filosofía jurídica*. Un vol. en 4.º mayor, 5 pesetas.

Contiene: Ciencia criminal y ciencia penal. El Derecho. La pena en el Derecho. Noción de la pena. Función de la pena. El principio ideal en la pena. Auxiliares de la pena. Decadencia de la pena.

**Caro** (E.). — *El pesimismo en el siglo XIX. El suicidio y la civilización. Costumbres literarias. Littérature y el positivismo. El Derecho y la fuerza, ó Kant y Bismark*. Cinco vols., á 3 pesetas cada uno.

**Collins** *Resumen de la filosofía de Spencer*. Dos grandes tomos en 4.º m., 15 pesetas.

**Coppé** (Francisco). — *Un idilio*, 3 pesetas. Delicadísima novela.

**Cherbuliez** (Victor). — *Mis Rovel. La Tema de Juan Tozudo. Amores frágiles. Paula Meré. Meta Holdenis*. Cinco volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

**Daudet** (Alfonso). — *Jack*, dos tomos. *La Evangelista. El sitio de París. Novelas del lunes. Cartas de mi molino. Tartarin en los Alpes. Cuentos*

*y fantasías*. Ocho volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

**Dorado** (Pedro). — *Concepción Arrenal*, una peseta. *Problemas jurídicos contemporáneos*. Un vol. en 4.º m., 3 pesetas.

**Dostoyuski** (Fedor). — *La Casa de los muertos*, 3 pesetas. *La Novela del presidio*, 3 pesetas.

En estas dos obras relata de mano maestra, el ilustre novelista ruso, todos los trágicos incidentes de sus prisiones en Siberia.

**Engels** (Federico). — *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Un vol. en 4.º m., de 336 páginas, 6 pesetas.

Es la obra más notable que ha producido el socialismo, después de *El Capital* de Marx.

**Fernán Flor** — *Zorrilla*, una peseta. *Tamayo*, una peseta.

**Fernández Guerra** (Aureliano). — *Don Juan Eugenio Hartzenbusch*, una peseta.

**Ferrán** (Augusto). — *Obras completas*, 3 pesetas.

Comprende: Prólogo, por Gustavo Becquer, y Cantares del pueblo, La Soledad, la Pereza, Una inspiración alemana, El Puñal, Epitafio de una joven y traducciones é imitaciones de Enrique Heine.

Es un precioso libro que debe conocer todo el que haya leído las obras de su émulo Becquer, á quien supera muchas veces.

**Ferri** (E.). — *Estudios de Antropología*, 3 pesetas. *Nuevos estudios de Antropología*, 3 pesetas.

**Idem** (en colaboración con Lombroso, Garofalo y Fioretti). — *La Escuela criminológica positiva*. Un vol. en 4.º mayor, 7 pesetas.

**Flaubert** (Gustavo). — *Un corazón sencillo*, 3 pesetas.

**Foillée** (Alfredo). — *Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

**Idem.** — *La Ciencia social contemporánea*, traducción, prólogo y notas de Adolfo Posada. Un vol. en 4.º m., 8 pesetas.

**Idem.** — *Historia de la Filosofía*, dos vols. en 4.º m., 12 pesetas.



**Framarino dei Malatesta** (Nicolás).—*Lógica de las pruebas en materia criminal*. Dos grandes vols., 15 pesetas.

Esta obra, digno complemento del *Tratado de las pruebas en materia civil*, de Ricci, ha tenido un éxito enorme en Italia y viene á llenar completamente entre nosotros la necesidad sentida por los profesores de Derecho, abogados, jueces y magistrados, de un buen tratado rigurosamente científico y eminentemente práctico acerca de las pruebas en materia criminal. Ninguno de los problemas relativos á la indicada prueba queda por estudiar en este precioso libro. Empieza por una preparación lógica; luego estudia las cuestiones generales de la prueba, su naturaleza, sus reglas, su clasificación, el peso de la prueba; siguen las diferentes pruebas particulares, directas é indirectas (especialmente las indirectas), reales y personales, dedicando todo el tomo segundo á hacer un examen, el más completo que existe, sobre la prueba testifical, la documental y la material.

**Garofalo** (R.).—*La Criminología*, estudio sobre el delito y sobre la teoría de la represión, con un apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli, traducción por P. Dorado. Un gran vol., 10 pesetas.

**Idem.**—*Indemnización á las víctimas del delito*. Traducción y estudio crítico, por P. Dorado. Un volumen en 4.º m., 4 pesetas.

**Idem.**—*La superstición socialista*. Un vol. en 4.º m., 5 pesetas.

**Idem** (en colaboración con Lombroso, Ferri y Fioretti).—*La escuela criminológica positiva*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

**Gautier** (Teófilo).—*Bajo las bombas prusianas. Nerval y Baudelaire. Madama de Girardin y Balzac*, tres tomos, á 3 pesetas cada uno.—*Enrique Heine*, biografía, una peseta.

**Gay** (Sofía).—*Salones célebres*, 3 pesetas.

**Gladstone** (W. E.).—*Los grandes*

*nombres*. Un vol. en 4.º m., 5 ptas.

Ocupase el insigne político inglés en esta obra de los hombres ilustres que han contribuido al progreso de la humanidad.

**Idem.**—*Lord Macaulay* (biografía), una peseta.

**Goncourt** (Los hermanos).—*Querida. Renata Maupérin. Germinia Lacerteux. La Elisa. La Faustin. La Señora Gervaisais*. Seis tomos, á 3 pesetas cada uno.

**Idem.**—*Historia de María Antonieta, reina de Francia*. Un vol. en 4.º m., de 384 páginas, 7 pesetas.

**Idem.**—*Historia de la Pompadour*. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas.

**González** (Carlos).—*Derecho usual. Resumen de los principios generales del Derecho y del Derecho positivo español*. Un vol. en 4.º mayor, encuadernado en tela, 5 pesetas.

Esta obra es de utilidad grandísima para quien quiera conocer el Derecho sin estudiar la carrera, para quien desee recordar los conocimientos adquiridos, y principalmente para repaso de las asignaturas con objeto de tomar el grado. A este fin la emplean con grandísimo éxito los estudiantes.

**Goodnow** *Derecho administrativo comparado*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

**Goschen** (C. J.).—*Teoría sobre los cambios extranjeros, con una introducción del marqués de Villaviciosa de Asturias*. Un vol. en 4.º m., de 320 páginas, 7 pesetas.

**Grave** (Juan).—*La sociedad futura*. Traducción del Dr. Marco. Un volumen en 4.º m., 8 pesetas.

En esta importantísima obra se estudia lo que será la sociedad anarquista.

**Gross** (Hans).—*Manual del Juez*, para uso de los jueces de instrucción y municipales, Gobernadores de provincia, Alcaldes, Escribanos, Oficiales y Subalternos de la Guardia civil, Agentes de policía, etc. Obra traducida del alemán é ilustrada con multitud de grabados. Un vol. en 4.º m., 12 pesetas.

Los grandes progresos realizados últimamente en el descubri-



miento y captura de criminales en todas las naciones, se deben á la publicación de esta obra.

Trata, entre otras muchas materias: Del conocimiento de los hombres. Del interrogatorio. De los testigos. De la inspección ocular. De los peritos. De los médicos. De los casos que entran en el dominio de la medicina legal. De las huellas. De las manchas. De la fotografía. De la antropometría. Prácticas de los rufianes. Robos y secuestros. La superstición. La criptografía. La prensa periódica. Las lesiones. Las armas. Las estafas. Autores, cómplices y encubridores. De los incendiarios. Delitos cometidos empleando procedimientos científicos. Daños y perjuicios, etc.

**Gumplowicz (Luis).**—*Derecho político filosófico*, traducción del alemán, prólogo y notas, por P. Doado. Un vol. en 4.º m., 10 pesetas.

De texto en varias Universidades.

**Idem.**—*La lucha de razas*. Un volumen en 4.º mayor, 8 pesetas.

**Guyau (M.).**—*La educación y la herencia*, estudio sociológico traducido, prolongado y anotado por A. Posada. Un vol. en 4.º m., 8 pesetas.

**Haussonville** *La juventud de Lord Byron*. Un vol. en 4.º m., 5 pesetas.

**Heine (Enrique).**—*Memorias*, 3 pesetas.

Pocos libros más encantadores que este, en el cual el gran poeta nos cuenta sus aventuras.

**Howard Collins (F.).**—*Resumen de la filosofía de Herbert Spencer*, con un prólogo de Herbert Spencer. Dos vols. en 4.º m., 15 pesetas.

El ilustre filósofo inglés ha declarado que este Resumen está muy bien hecho, y que es indispensable para quien quiera conocer á fondo su filosofía.

**Hunter (Guillermo A.).**—*Sumario de Derecho Romano*. Un vol. en 4.º mayor, 4 pesetas.

No hay estudiante inglés que no curse por este libro, al que llaman *the little Hunter* (el pequeño Hunter), dándole el nombre de su ilustre autor, que actualmente ocupa la cátedra de Sumner Maine.

No existe libro que resuma mejor, ni con más claridad, ni en menos páginas, 220, el Derecho romano; por esto se valen de él para aprender muy bien en pocos días la asignatura los estudiantes ingleses, y ha sido aceptado con igual éxito por los españoles.

**Janet (Pablo).**—*La familia*. Obra premiada por la Academia francesa. Un vol. en 4.º m., 5 pesetas.

**Kells Ingram (Juan).**—*Historia de la Economía política*, traducida del inglés por M. de Unamuno. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

**Kidd (B.).**—*La evolución social*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

**Kropotkin (Príncipe Pedro).**—*La conquista del pan*, 3 pesetas.

**Lange (A.).**—*Luis Vives*, traducción del alemán, revisada por M. Menéndez y Pelayo. Un vol. en 4.º mayor, 2,50 pesetas.

El mayor elogio que puede hacerse de esta obra es recordar que su autor escribió la célebre *Historia del materialismo*.

**Laveleye (E.).**—*Economía política*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Esta obra del ilustre profesor de Economía en la Universidad de Lieja, es completísima, alcanzando hasta el socialismo y la anarquía en sus últimas manifestaciones.

De texto en varias Universidades.

**Lombroso (César).**—*El hipnotismo. Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología. Últimos progresos de la Antropología*. Tres volúmenes, á tres pesetas cada uno.

**Idem** (en colaboración con Ferri, Garofalo y Fioretti).—*La escuela criminológica positiva*. Un volumen en 4.º mayor, 7 pesetas.

**Lubbock (Sir John).**—*La vida dichosa*, 3 pesetas.—*El empleo de la vida*. Un vol. en 4.º m., 3 pesetas.

**Macaulay (Lord).**—*Estudios jurídicos*, dos vols., 6 pesetas.

**Manduca (F.).**—*El procedimiento penal y su desarrollo científico*. Traducción, prólogo y notas por A. Pintós. Un vol. en 4.º mayor, 5 pesetas.

**Martens (F. de).**—*Tratado de Derecho Internacional*. Prolongado y anotado por F. Prida, profesor de



esta asignatura en la Universidad de Valladolid. Tres volúmenes en 4.º m., 22 pesetas.

Esta obra del ilustre profesor de San Petersburgo, es el mejor tratado de Derecho internacional, público y privado, que actualmente existe.

De texto en muchas Universidades.

**Maupassant y Alexis.**—*Emilio Zola*, biografía, una peseta.

**Max-Müller.** *Origen y desarrollo de la religión.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

**Menéndez y Pelayo** (Marcelino).—*Núñez de Arce*, una peseta.—*Martínez de la Rosa*, dos biografías, cada una, una peseta.

**Meneval**—*Maria Stuardo*. Su vida, su proceso y su degollación. Un volumen en 4.º m., 6 pesetas.

**Merimée** (Próspero).—*Colomba*, 3 pesetas.—*Mis perlas*, 3 pesetas.

**Meyer** (F.).—*Derecho administrativo. La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria, seguida de la organización administrativa en España*, por Adolfo Posada. Un vol. traducido del alemán, 5 pesetas.

II tomo.—*La Administración social. Exposición crítica de las teorías y legislaciones administrativas modernas más importantes*, por A. Posada. Un vol., 5 pesetas.

**Miraglia** (Luis).—*Filosofía del Derecho*: dos volúmenes en 4.º mayor, 15 pesetas.

Hermosa obra que compendia todos los adelantos en la materia.

**Molins** (Marqués de).—*Bretón de los Herreros*, una peseta.

**Neera**.—*Teresa*. Preciosa novela. Un vol., en 4.º m., 3 pesetas.

**Neumann** (Barón Leopoldo de).—*Derecho Internacional público moderno*; obra traducida del alemán, prolongada y anotada por A. Sela, profesor de esta asignatura en la Universidad de Oviedo. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y en la Escuela superior de Guerra.

**Pardo Bazán** (Emilia).—*El Padre Coloma*, 2 pesetas. *Alarcón*, 1 peseta. *Campoamor*, 1 peseta.

**Passarge** (L.).—*Ibsen*, 1 peseta.

**Picón** (J. O.).—*Ayala*, 1 peseta.

**Posada** (Adolfo).—*Derecho Administrativo. La Administración política y la Administración social. Exposición crítica de las teorías y legislaciones administrativas modernas más importantes*. Un vol., 5 pesetas.

*La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria*, obra escrita en alemán por F. Meyer, con introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada. Un vol., 5 pesetas.

**Renán** (Ernesto).—*Mi infancia y mi juventud*, 3 pesetas. *Memorias intimas* (dos tomos), 6 pesetas. *Estudios de Historia religiosa*. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas. *La vida de los Santos*. Un volumen en 4.º m., 6 pesetas.

**Ricci** (Francisco).—*Tratado de las pruebas (en derecho civil)*. Traducción aumentada con notas y apéndices relativos á la legislación y á la Jurisprudencia española, por Buylly y Posada. Dos vols. en 4.º m., 20 pesetas.

Comprende: De la prueba en general. De la prueba por escrito. Del documento público. Del documento privado. De la prueba testifical. De la confesión. Del juramento decisorio. Del juramento de oficio. De la cosa juzgada.

**Sainte-Beuve** (C. A.).—*Tres mujeres* (Madama de Staël, Madama de Sevigne y Juliana de Krudner. Apéndice: El salón de la Baronesa de Staël.) Un vol., 3 pesetas. *Retratos de mujeres* (Madamas de Souza, de Pontivy, Durás, Roland y Guizot.) Un vol., 3 pesetas.

**Sardou** (Victoriano).—*La perla negra* (novela) 3 pesetas.

**Savigny** (F. de).—*De la vocación de nuestro siglo para la Legislación y para la Ciencia del Derecho*. Un vol. en 4.º m., traducido del alemán, 3 pesetas.



**Schopenhauer** (Arturo).—*Estudios escogidos*, 3 pesetas.

**Idem.**—*Fundamento de la moral*. Un vol. en 4.º m., 5 pesetas.

**Idem.**—*El mundo como voluntad y como representación*. Tomos 1.º y 2.º en un vol. en 4.º m., 12 pesetas.

**Sighele** (Scipión).—*El delito de dos*: ensayo de psicología morbosa. Un vol. en 4.º mayor, 4 pesetas.

Comprende: La sugestión en el delito. Sugestión de un delincuente sobre otro. La pareja sana. La pareja suicida. La pareja demente. Los Goncourt. Eloisa y Abelardo. Carlyle y su esposa. Ideas de Schopenhauer, Espinas y Roger. Los esposos asesinos. Los amantes asesinos. La pareja infanticida. El infanticidio. El aborto. La cortesana y el *souteneur*. La pareja tribadita y la pareja cinédica, etc.

**Idem.**—*La muchedumbre delincuente*, ensayo de Psicología colectiva. Un vol. en 4.º m., 4 pesetas.

**Idem.**—*Teoría positiva de la complejidad*. Un volumen en 4.º m., 5 pesetas.

**Spencer** (Herbet).—*La Justicia*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *Las Instituciones eclesiásticas*. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas. *La moral de los diversos pueblos y la moral personal*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *La Beneficencia*. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas. *El organismo social*. Un volumen en 4.º m., 7 pesetas. *Instituciones sociales*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *Instituciones políticas*. Dos vols. en 4.º m., 12 pesetas. *El Progreso, su ley y su causa*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *De las leyes en general*. Un vol. en 4.º m., 8 pesetas. *Exceso de legislación*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. (Contiene: Exceso de Legislación. Para qué es bueno el sistema representativo. La reforma parlamentaria. Intrusión del Estado en la circulación monetaria y fiduciaria. Administración especializada. Stuart Mill contra Hamilton. De la libertad á la esclavitud). *Ética de las prisiones*. Un vol. en 4.º m., 10 pesetas. (Contiene: Ética de las prisiones. La Ética de Kant. Ética política absoluta. Moral del

Comercio. Moral y policía de los ferrocarriles. La sabiduría colectiva. Fetichismo político. Ensayo de Estética. Filosofía del Estilo. Uso y belleza. Las fuentes de los tipos arquitectónicos. La gracia. La belleza personal. Origen y función de la música. Fisiología de la risa. Las maneras y la moda. Los americanos.)

**Sthal** (Federico Julio).—*Historia de la Filosofía del Derecho*, con prólogo de E. Gil y Robles, profesor en la Universidad de Salamanca. Un vol. en 4.º m., 12 pesetas.

Esta es la mejor obra del sabio profesor de la Universidad de Berlín, Federico Julio Sthal.

**Stendhal**.—*El amor*, 3 pesetas.—*Curiosidades amoratorias*, 3 pesetas.

**Stuart Mill** (John).—*Mis memorias*, 3 pesetas. Precioso volumen en el cual el gran filósofo nos cuenta su vida con absoluta sinceridad.

**Sumner-Maine** (Sir H.).—*El antiguo derecho y la costumbre primitiva*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

**Idem.**—*La Guerra según el Derecho internacional*. Un vol. en 4.º m., 4 pesetas.

**Idem.**—*Historia del Derecho*. Un volumen en 4.º m., 8 pesetas.

**Idem.**—*Las Instituciones primitivas*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

(Contiene: El antiguo Derecho. El parentesco considerado como fundamento de las sociedades. La tribu y la tierra. El jefe y la aristocracia. El jefe y la tierra. Antiguas divisiones de la familia. Cómo se propagan las ideas primitivas. Formas del procedimiento en derecho romano, teutónico, brehon é indio. Historia del régimen de los bienes de la mujer casada. La Soberanía. Los Imperios).

**Supino** (David).—*Derecho Mercantil*, traducido y anotado extensamente por Lorenzo Benito, catedrático de esta asignatura en la Universidad de Valencia. Un volumen en 4.º m., 12 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y Escuelas de Comercio.

**Taine** (Hipólito).—*Filosofía del Arte*. *La pintura en los Países Bajos*.



*El Arte en Grecia. El ideal en el Arte. Viaje á Italia: Nápoles, Roma* (2 tomos), Florencia, Venecia, Milán. Diez volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

**Idem.**—*Historia de la literatura inglesa contemporánea.* (Dickens, Thackeray, Macaulay, Carlyle, Stuart Mill, Tenyson). Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

**Idem.**—*Historia de la literatura inglesa.* Los orígenes, Un vol., en 4.º m., 7 pesetas.

**Idem.**—*La Inglaterra.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

**Tarde (G.)**—*Estudios penales y sociales.* Un vol., 3 pesetas.

Comprende: El sufragio universal. El amor morboso. El atavismo moral. La arqueología criminal. Despoblación y civilización).

**Idem.**—*La criminalidad comparada.* Un vol., 3 pesetas.

(Comprende: El tipo criminal. La estadística criminal. Problemas de la penalidad. Problemas de la criminalidad).

**Idem.**—*El duelo y el delito político.* Un vol., 3 pesetas.

(Comprende: El duelo. El duelo en lo pasado. El duelo en lo presente. El duelo, sus causas y remedios. Los duelos en Italia. Los duelos en Francia. El delito político).

**Idem.**—*Las transformaciones del Derecho.* Traducción, prólogo y 120 notas, por A. Posada. Un volumen en 4.º m., 6 pesetas.

(Contiene: Derecho criminal. Procedimiento. Régimen de las personas. Régimen de los bienes. Obligaciones. El derecho natural. El Derecho y la Sociología.)

**Torold Rogers (James E.)**—*Sentido económico de la Historia.* Un vol. en 4.º m., 10 pesetas.

Esta es una de las más importantes obras de nuestra colección. Explica la Historia á través de la economía política.

**Tcheng-Ki-Tong.**—*La China contemporánea,* 3 pesetas.

**Tolstoy (Conde León).**—*La sonata á Kreuer. Marido y mujer. Dos generaciones. El ahorcado. El príncipe Nekhli. En el Cáucaso. La muer-*

*te. El sitio de Sebastopol. Los cosacos. Iván el Imbécil. El canto del cisne. El camino de la vida. Placeres viciosos. El dinero y el trabajo. El trabajo. Mi confesión. Los hambrientos. ¿Qué hacer? Lo que debe hacerse. Mi infancia. Fisiología de la guerra. La escuela de Yasnaia Poliana. Mi juventud.* 23 vols., á 3 pesetas cada uno.

**Turgueneff (Iván).**—*Humo. Nido de hidalgos. El judío. El rey Lear de la Estepa. Un desesperado. Primer amor. Aguas primaverales. Deme-  
trio Rudin. El reloj. Padres é hijos. La guillotina.* Once vols., á 3 pesetas cada uno.

**Uriel Hancock (Anson).**—*Historia de Chile,* traducida del inglés. Un vol. en 4.º m., 8 pesetas.

Esta interesantísima historia alcanza hasta el año 1893.

**Valera (Juan).**—*Ventura de la Vega,* 1 peseta. *Currita Alborno al Padre Coloma,* 1 peseta.

**Varios autores.**—*Cuentos escogidos.* «El gallo del campanario», por Eugenio Moutón (Merinos.) «La Criadita», por Cástulo Mendes. «Sganarelle», por Teodoro de Banville. «La obra maestra del crimen», por Juan Richepin. «Los Generales y el Mugik», por Chchedrine. «La partida de Chaquete», por Próspero Merimée. «El Ayuno», por Emilio Zola. «Christel», por Sainte Beuve. «El pan bendito», por Francisco Coppé. «Una Condesa», por Alfonso Daudet.

**Varios autores.**—*El Derecho y la Sociología contemporáneos,* por Agnanno, Alas, Azcarate, Bances, Benito, Bustamante, Buyla, Costa, Dorado, Pello, Prida, Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pellay Forjas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña, etcétera.

Esta hermosa obra, de 800 páginas en 4.º mayor, contiene todos los progresos y el estado actual del Derecho y la Sociología; precio, 12 pesetas.

**Varios autores.**—*La Escuela criminológica positiva,* por Lombro-



so, Ferri, Garófalo y Fioretti. Un volumen en 4.º m., 7 pesetas.

Renombrada obra, en la cual exponen sus teorías los cuatro jefes de la escuela positivista de Derecho penal.

**Varios autores.**—*Estudios de higiene en general*, traducidos del alemán por F. Murillo. Un vol. de 300 páginas, 3 pesetas. Comprende: «Desarrollo histórico de la Higiene pública», por A. Hirsch, profesor en Berlín. «Patología comparada de las razas», por J. B. Stokirs, profesor en Amsterdam. «Las infecciones en la guerra», por R. Koch, profesor en Berlín. «Cómo degeneran las naciones: Causas y remedios», por A. Wurzberg, jefe de estadística en Berlín.

**Varios autores.**—*Novelas y caprichos*. Comprende: «Sopas de ajo», por el doctor Thebussem. «El collar de Perlas», por Manuel del Palacio. «Virtudes premiadas», por Jacinto Octavio Picón. «El Poder de la Ilusión», pequeño poema, por Campoamor. «El mechón blanco», por Emilia Pardo Bazán. «Tisis poética», leyenda, por José Zorrilla. «Chucho», aguafuerte, por A. Palacio Valdés. «La Risa del Payaso», anécdota, por Emilio Ferrari. «El novenario de ánimas», por Narciso Oller. «Placidez», por Eugenio Sellés. «La Condesa de Palenzuela», por Antonio de Valbuena.

Este precioso libro, ilustrado con más de 200 grabados y multitud de *Historias mudas*, vale 3 pesetas.

**Varios autores.**—*La nueva Ciencia jurídica, Antropología, Sociología*, por Agnanno, Altamira, Arenal, Dorado, Ferri, Fioretti, Lombroso, Oliva, Posada, Salillas, Escartín, Silió, Torres-Campos, Vida, etc.

Esta obra consta de dos volúmenes en 4.º m., con grabados, y da á conocer las aplicaciones de la Antropología y la Sociología á la Ciencia jurídica. Precio, 15 pesetas.

**Varios autores.**—*Ramillete de cuentos*. Comprende: «Malachka y Akulina», por el Conde León Tolstoy.

«Muerte voluntaria», por Francisco Copé. «Cavallería rusticana», por G. Verga. «El verdugo», por Balzac. «El libro japonés», por Eugenio Monton. «Un animal sarnoso», por Pedro Loti. «El babeiaca de la seña Antoñica», por Juan Richepín. «Mateo Falcone», por Próspero Merimée. «Fragmento de una carta de mujer», por A. Daudet. «El baño de la Malibran», por A. de Pontmartin. «La canción del peral», por Paul Feval. «Cálculo exacto», por Dostoyevsky. «Cómo se engaña á las mujeres», por Teodoro Banville. «Un jugador», por Paul Bourget. Un vol. 3 pesetas.

**Varios autores.**—*Tesoro de cuentos*. «El cura de Cucuñán», por A. Daudet. «Las dos margaritas», por Cástulo Méndez. «La miniatura», por Teodoro Banville. «El miedo», por G. de Maupassant. «Cuento histórico», por Teófilo Gautier. «Los ladrones y el asno», por Emilio Zola. «El asesino desnudo», por Juan Richepín. «Un veterano de la veterana», por Francisco Copé. «La Marquesa de Aurebonne», por A. de Pontmartin.

**Vivante (César).**—*Derecho Mercantil*, traducción, prólogo y notas, por F. Blanco Constans, profesor de esta asignatura en la Universidad de Granada. Un vol. en 4.º mayor, 10 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y Escuelas de Comercio.

**Wagner (Ricardo).**—*Recuerdos de mi vida*, un tomo, 3 pesetas. En este hermoso libro refiere el ilustre músico sus memorias íntimas.

**Wolf (Fernando).**—*Historia de las literaturas castellana y portuguesa*, traducción del alemán, con notas y adiciones de M. Menéndez y Pelayo. Dos vols. en 4.º m., 15 pesetas.

**Ybsen (Enrique).** *Casa de muñeca*, con biografía del autor y estudio preliminar, por L. Passarge, 3 pesetas. *La Dama del mar y Un enemigo del pueblo*, dos dramas en un solo vol., 3 pesetas. *Los Aparecidos, Edda Gabler*, dos dramas en un solo vol. 3 pesetas.



**Yhering** (Rodolfo von).—*Cuestiones jurídicas*, traducción del alemán por Adolfo Posada. Un vol. en 4.º mayor, 5 pesetas.

**Zola** (Emilio).—*Biografías de Jorge Sand, Victor Hugo, Balzac, Alfonso Daudet, Sardou, Dumas (hijo), Gustavo Flaubert, Chateaubriand, Los Goncourt, Alfredo de Musse, Stendhal, Sainte-Beuve, Tefilto Gautier*, 13 tomos, á peseta cada

uno. *Las veladas de Médan*, 3 pesetas. *Estudios literarios*, 3 pesetas. *La Novela experimental*, tres pesetas. *Mis odios*, 3 pesetas. *Nuevos estudios literarios*, 3 pesetas. *Estudios críticos*, 3 pesetas. *El naturalismo en el teatro*, 2 tomos, 6 pesetas. *Los novelistas naturalistas*, 2 tomos, 6 pesetas. *El doctor Pascual*, 2 tomos, 6 pesetas. *Los hombros de la Marquesa*, 3 pesetas.



# LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XI

Esta publicación ve la luz todos los meses en tomos en 4.º de más de 200 páginas, escrita por los mejores publicistas españoles y extranjeros.

---

## CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En España, seis meses, **diez y siete pesetas**; un año, **treinta pesetas**.— En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, **cuarenta francos**, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París y Londres.—Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números atrasados.—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO

---

**RICCI**

---

## TRATADO DE LAS PRUEBAS

Dos grandes volúmenes, **20 pesetas**.

---

**FRAMARINO**

---

## LÓGICA DE LAS PRUEBAS

Dos grandes volúmenes, **15 pesetas**.

ID. 1200087232

Ayuntamiento de Madrid



# BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcofurado.**—Cartas amoratorias, 3 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito Colectivo, 150 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
- Buylia, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización a las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 ptas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 7 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 250 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
- Meneval y Chantelaunce.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
- Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—Las Instituciones eclesásticas, 6 pesetas.—Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las Leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la literatura inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Los orígenes de la historia de la literatura inglesa, 7 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.
- Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylia, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres Campos y Vida).—La Nueva Ciencia jurídica, dos tomos, 15 pesetas.) Contiene grabados.
- Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylia, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sella, Uña y Sarthou, etc.).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
- Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
- Wolf.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.



## VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

- |   |   |  |
|---|---|--|
| 1. Jorge Sand, por Zola, 1 pta.               | 15. Hartzbusch, por Guerra, 1 pta.          | 25. Sainte-Beuve, por Zola, id.              |
| 2. Victor Hugo, por idem, id.                 | 16. Cánovas, por Campoamor, idem.           | 26. Concepción Arenal, por Pedro Dorado, id. |
| 3. Balzac, por id., id.                       | 17. Alarcón, por E. P. Bazán, id.           | 27. Heine, por Teófilo Gautier, idem.        |
| 4. Alfonso Daudet, por id., id.               | 18. Zorrilla, por Fernán-Flor, idem.        | 28. Ibsen, por L. Passarge, id.              |
| 5. Sardou, por id., id.                       | 19. Stendhal, por Zola, id.                 | 29. Taine, por Bourget, 50 céntimos.         |
| 6. Dumas (hijo), por id., id.                 | 20. M. de la Rosa, por M. y Pelayo, id.     | 30. Bretón, por Molins, 1 pta.               |
| 7. G. Flaubert., por id., id.                 | 21. Ayala, por J. O. Picón, id.             | 31. Campoamor, por E. Pardo Bazán, id.       |
| 8. Chateaubriand, por id., id.                | 22. Tamayo, por Fernán-Flor, idem.          | 32. Fernán-Caballero, por Asensio, id.       |
| 9. Goncourt, por id., id.                     | 23. Trueba, por Becerro de Ben-<br>goa, id. | 33. E. Zola, por Maupassant y Alexis, id.    |
| 10. Musset, por id., id.                      | 24. Lord Macaulay, por Gladstone, id.       | 34. Mouton (Mérimé), por Ber-<br>geret, id.  |
| 11. El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 ptas. |   |  |
| 12. Núñez de Arce, por M y Pelayo, 1 pta.     |   |  |
| 13. Ventura de la Vega, por Valera, id.       |   |  |
| 14. Teófilo Gautier, por Zola, id.            |   |  |

## LA ESPAÑA MODERNA

AÑO X

Esta publicación ve la luz todos los meses en tomos en 4.º de más de 200 páginas, escrita por los mejores publicistas españoles y extranjeros.

### CONDICIONES DE SUSCRIPCION

En España, seis meses, **diez y siete pesetas**; un año, **treinta pesetas**.—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, **cuarenta francos**, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París y Londres.—Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números atrasados.—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO

**RICCI**

## TRATADO DE LAS PRUEBAS

Dos grandes volúmenes, **20 pesetas**.

**FRAMARINO**

## LÓGICA DE LAS PRUEBAS

Dos grandes volúmenes **15 pesetas**.